Las Cortes del Caos
Serie Ámbar V
Roger Zelazny



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Carl Yoke, primer lector...
Desde Lucetania a Euclid Park,
desde Sarcobatus Flats a Cygnus X-1...
Espero que vivas otros diez mil años.
Espero que las deidades menores
se rompan su pierna colectiva.

I

Ámbar brilla en lo alto de Kolvir al mediodía. El camino negro, allí abajo, siniestro, atraviesa Garnath desde el Caos hacia el sur. Yo maldigo y doy vueltas en la biblioteca del palacio de Ámbar, leyendo ocasionalmente un libro. La puerta de acceso a la biblioteca está cerrada y asegurada.

El iracundo príncipe de Ámbar, sentado ante el escritorio, vuelve a enfrascarse en el volumen que tiene delante. Se escucha un golpe en la puerta.

-¡Fuera! -exclamé.

-Corwin. Soy yo... Random. Abre, ¿quieres? He traído el almuerzo.

-Espera un momento.

Me puse otra vez de pie, pasé alrededor del escritorio y crucé la habitación. Random asintió cuando abrí la puerta. Llevaba una bandeja, que acercó hasta una pequeña mesa al lado del escritorio.

-Traes demasiada comida -comenté.

-Yo también tengo hambre.

-Pues remédialo.

Lo hizo. Cortó la carne. Me pasó un trozo en una rodaja de pan. Sirvió el vino. Nos sentamos y comimos.

-Sé que todavía estás enfurecido... -observó después de un rato.

-¿Tú no?

-Bueno, tal vez yo esté más acostumbrado. No lo sé. Sin embargo... Sí. Fue un poco abrupto, ¿verdad?

-¿Abrupto? -bebí un largo trago de vino-. Es como en los viejos tiempos. Incluso peor. Llegó a caerme bien cuando interpretaba el papel de Canelón. Pero ahora que tiene otra vez el control, se muestra tan autoritario como antes... nos dio una serie de órdenes precisas y ni se molestó en explicárnoslas, para desaparecer de nuevo.

-Dijo que pronto se pondría en contacto.

-Supongo que también pensaba hacerlo la última vez.

-No estoy seguro.

-Además no nos dio ninguna explicación sobre su anterior ausencia. De hecho, no ha explicado nada.

-Tendrá sus razones.

-Es lo que estoy empezando a cuestionarme, Random. ¿Crees que finalmente su cerebro ha cedido?

-Ha demostrado ser lo suficientemente inteligente como para engañarte.

-Eso se debe a una simple combinación de astucia animal unida a su capacidad para cambiar de forma.

-Pero funcionó, ¿no es cierto?

-Sí. Funcionó.

-Corwin, ¿no será que no deseas que tenga un plan que pueda ser efectivo, que no quieres que tenga razón?

-Eso es ridículo. Quiero que toda esta confusión se arregle tanto como cualquiera de la familia.

-Sí, ¿pero no preferirías que la solución viniera de otro lado?

-¿Qué estás insinuando?

-No quieres confiar en él.

-Lo admito. No lo he visto -en su verdadera forma- durante mucho tiempo, y...

Sacudió la cabeza.

-Eso no es lo que quiero decirte. Lo que te molesta es que haya regresado, ¿no es verdad? Tenías la esperanza de que ya no lo veríamos de nuevo.

Aparté la vista.

-En parte -admití finalmente-. Pero no para que el trono quedara vacante, o por lo menos no exclusivamente por ello. Es él, Random. El. Eso es todo.

-Lo sé -dijo-. Pero tienes que admitir que desbarato los planes de Brand, lo cual no fue fácil. Tramó algo que todavía no entiendo cuando hizo que trajeras el brazo mecánico desde Tir-na Nog'th, consiguiendo que yo se lo pasara a Benedict, garantizando de esa manera que Benedict estuviera en el lugar adecuado en el momento oportuno para que todo funcionara y él recuperara la Joya. Y todavía sigue siendo mejor que nosotros manipulando la Sombra. Lo consiguió incluso en Kolvir, cuando nos llevó hasta el Patrón original. Yo no podría hacerlo. Ni tú tampoco. Y venció a Gérard. No creo que esté perdiendo sus reflejos. Pienso que sabe exactamente lo que hace y, nos guste o no, creo que él es el único que puede enfrentarse con nuestra situación actual.

-¿Me estás diciendo que confíe en él?

-Te digo que no te queda otra elección.

Suspiré.

-Creo que has dado en el clavo -comenté-. No tiene sentido que siga amargado. Pero...

-Te molestan las órdenes de ataque, ¿verdad?

-Sí, entre otras cosas. Si esperáramos un poco más, Benedict podría reunir un ejército más poderoso. Tres días no son suficientes para una tarea como esta. No cuando sabemos tan poco sobre el enemigo.

-Tal vez no sea así. Estuvo hablando en privado con Benedict durante mucho tiempo.

-Y esa es otra de las cosas que me molestan. Estas órdenes aisladas. Este secreto... No confía en nosotros más de lo necesario.

Random se rió entre dientes. Yo también.

-De acuerdo -acepté-. Quizás yo tampoco lo haría. Pero tres días para organizar una guerra -sacudí la cabeza-. Espero que sepa algo que nosotros desconocemos.

-Me da la impresión de que se trata de un ataque sorpresa más que de una guerra.

-Sólo que no se ha molestado en decirnos qué es lo que vamos a conseguir.

Random se encogió de hombros y sirvió más vino.

-Tal vez nos lo diga cuando regrese. ¿Tú no recibiste ninguna orden en particular?

-Sólo que permaneciera aquí y esperara. ¿Y tú?

Sacudió la cabeza.

-Dijo que cuando llegara el momento, lo sabría. Al menos a Julián le dijo que tuviera a sus tropas preparadas para entrar en acción al primer aviso.

-¿Oh? ¿No se quedarán en Arden?

Asintió.

-¿Cuándo lo dijo?

-Después de irte tú. Trajo a Julián hasta aquí arriba con el Triunfo y le dio el mensaje; luego montaron en sus caballos y se alejaron juntos. Le escuché decir a Papá que cabalgaría con él de regreso parte del camino.

-¿Partieron por el sendero oriental de Kolvir?

-Sí. Yo los despedí.

-Es interesante. ¿Qué más me perdí?

Se movió en su asiento.

-La parte que me inquieta -comentó-. Una vez que Papá montó y se despidió con la mano, dio media vuelta, me miró y dijo: «Vigila a Martin».

-¿Eso fue todo?

-Sí. Aunque se reía cuando lo dijo.

-Supongo que será una sospecha natural ante un recién llegado.

-¿Entonces por qué la risa?

-Me rindo.

Corté un trozo de queso y me lo comí.

-Tal vez no sea una mala idea. Quizás no se trate de una sospecha y piense que Martin necesita ser verdaderamente protegido. Puede ser esto. O ninguna de las dos. Ya sabes cómo es él a veces.

Random se incorporó.

-No se me ha ocurrido ninguna otra alternativa. Ven conmigo, ¿quieres? -dijo-. Llevas aquí toda la mañana.

-De acuerdo -me puse de pie y me ceñí Grayswandir a la cintura-. De todas maneras, ¿dónde está Martin?

-Lo dejé en la primera planta. Charlaba con Gérard.

-Entonces está en buenas manos. ¿Gérard se quedará aquí o volverá a la flota?

-No lo sé. No quiso discutir sus órdenes.

Salimos de la habitación. Nos dirigimos a las escaleras.

Mientras bajábamos, escuché un pequeño revuelo que provenía de abajo. Apresuré el paso.

Miré por encima de la barandilla y vi un montón de guardias en la entrada al salón del trono junto con la masiva figura de Gérard. Todos nos daban la espalda.

Salté los últimos escalones. Random me seguía de cerca.

Me abrí paso.

-Gérard, ¿qué ocurre? -pregunté.

-Maldita sea si lo sé -contestó-. Mira tú mismo. Pero no hay manera de entrar.

Se hizo a un lado y yo avancé un paso. Luego otro. Y eso fue todo. Era como si empujara contra una pared totalmente invisible y ligeramente elástica. Más allá descubrí algo que hizo que mis recuerdos y mis sentimientos se sintieran estrujados. Me erguí, ya que el miedo se me había agarrado del cuello, encogiéndome y paralizando mis manos. Y es difícil que eso me ocurra.

Martin, que sonreía, mantenía un Triunfo en la mano izquierda, y Benedict -aparentemente acababa de ser transportado- estaba ante él. Había una muchacha cerca, en el estrado, al lado del trono, y miraba en la otra dirección. Los dos hombres parecían estar hablando, pero no pude escuchar sus palabras.

Finalmente, Benedict se volvió y dio la impresión de dirigirse a la muchacha. Después de un rato, pareció que ella le contestaba. Martín se acercó a la izquierda de ella. Benedict se subió al estrado cuando ella habló. Entonces vi su cara. El intercambio de palabras continuó.

-Esa muchacha me resulta familiar -dijo Gérard, que se había adelantado y ahora estaba a mi lado.

-Tal vez la vislumbraste cuando pasó cabalgando a nuestro lado -le contesté- el día que murió Eric. Es Dará.

Escuché cómo contenía la respiración.

-¡Dará! -exclamó-. Entonces tú... -su voz se apagó.

-Yo no mentía -repliqué-. Es real.

-¡Martin! -gritó Random, quien se había acercado a mi derecha-. ¡Martin! ¡Qué sucede!

No hubo respuesta.

-No creo que pueda oírte -comentó Gérard-. Esta barrera parece haberlos aislado por completo.

Random se esforzó en avanzar, sus manos lucharon con lo invisible.

-Empujemos todos juntos -dijo.

Lo intenté otra vez. Gérard también lanzó su peso contra la pared invisible.

Después de medio minuto sin ningún éxito, me relajé.

-No sirve -observé-. No podemos moverla.

-¿Qué demonios es? -preguntó Random-. ¿Qué mantiene...?

Tuve el presentimiento -aunque sólo era eso- de lo que estaba ocurriendo. Y únicamente debido al carácter de *deja vu* que tenía toda la escena. Sin embargo... Me llevé la mano a la funda que pendía a mi costado, asegurándome de. que Grayswandir todavía estuviera conmigo.

Allí estaba.

¿Entonces cómo podía explicar la presencia inconfundible de mi espada, con sus elaborados trazos brillando para que todo el mundo la viera, suspendida en el aire donde súbitamente había aparecido, sin apoyo, al lado del trono, y su punta rozando la garganta de Dará?

No podía.

Pero era demasiado parecido a lo que había ocurrido aquella noche en la ciudad de sueños que flotaba en el cielo, Tir-na Nog'th, para que fuera una coincidencia. Ahora no existía ninguna de las distracciones de entonces -la oscuridad, la confusión, las pesadas sombras, las tumultuosas emociones que sentí-, y sin embargo, se representaba la misma escena de aquella noche. Era muy parecida. Aunque no exacta. La posición de Benedict daba la impresión de ser diferente... más retrasada, su cuerpo en un ángulo distinto. Como no podía leer sus labios, me pregunté si Dará hacía las mismas y extrañas preguntas. Lo dudaba. El cuadro -parecido, pero diferente, a aquel que había vivido yo- quedó coloreado en su otro extremo -esto es, si existía alguna conexión- por los efectos de los poderes de Tir-na Nog'th sobre mi mente en aquel entonces.

-Corwin --dijo Random-, eso que flota delante de ella parece Grayswandir.

-Sí que se parece -acordé-. Pero como puedes ver, tengo la espada conmigo.

-Es imposible que exista otra igual... ¿o no? ¿Sabes qué está ocurriendo?

-Comienzo a sospecharlo -contesté- Sea lo que fuere, no tengo el poder para detenerlo.

Repentinamente la espada de Benedict surgió en su mano, bloqueando la otra, tan parecida a la mía.

Al momento siguiente, luchaba contra un oponente invisible.

-¡Destrúyelo, Benedict! -gritó Random.

-No te esfuerces -comenté-. Está a punto de perder su brazo.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Gérard.

-De alguna manera, el que lucha con él soy yo -repliqué-. Tal es el final de mi sueño en Tir-na Nog'th. No sé cómo lo consiguió, pero este es el precio que hay que pagar por la Joya que Papá recuperó.

-No te entiendo -dijo.

Sacudí la cabeza.

-Yo no pretendo saber qué ocurre -le contesté-. Pero no podremos pasar hasta que de esa habitación no hayan desaparecido dos objetos.

-¿Cuáles?

-Observa.

Benedict cambió la espada de mano, y su resplandeciente prótesis se lanzó hacia adelante, aferrándose a un objetivo que no se veía. Las dos espadas chocaron, bloqueadas, presionando, las puntas dirigidas hacia el techo. La mano derecha de Benedict seguía cerrándose.

Repentinamente, la espada Grayswandir quedó libre y atravesó la barrera que ofrecía la otra. Dio un golpe terrible al brazo derecho de Benedict en el lugar donde la parte metálica estaba unida a él. Entonces Benedict se volvió y nuestra visión quedó oscurecida durante unos momentos.

Luego la escena fue visible de nuevo cuando Benedict cayó sobre una rodilla, girando. Se agarró el muñón de su brazo. El brazo/mano metálico pendía en el aire cerca de Grayswandir. Se alejaba de Benedict, descendiendo, igual que la espada. Cuando ambos objetos llegaron hasta el suelo, no rebotaron en él, sino que lo atravesaron, desapareciendo de la vista.

Me lancé hacia adelante, recuperé el equilibrio, y avancé. La barrera había desaparecido.

Martin y Dará alcanzaron a Benedict antes que nosotros. Dará ya había arrancado un trozo de tela de su capa y le vendaba a Benedict el muñón cuando Gérard, Random y yo llegamos hasta ellos.

Random cogió a Martin por el hombro y le dio la vuelta.

-¿Qué ocurrió? -preguntó.

-Dará... Dará me dijo que quería ver Ámbar -contestó-. Y como yo ahora vivo aquí, acepté transportarla y mostrarle los alrededores. Entonces...

-¿Transportarla? ¿Quieres decir con un Triunfo?

-Bueno... sí.

-¿Tuyo o de ella?

Martin se mordió el labio inferior.

-Es que...

-Dame esas cartas -dijo Random, arrancando la caja del cinturón de Martin. La abrió y buscó entre ellas.

-Entonces se me ocurrió contárselo a Benedict, ya que estaba interesado en ella -continuó Martin-. Cuando lo supo, Benedict vino a verla...

-¡Qué demonios! -exclamó Random-. ¡Hay una tuya, una de ella, y una de alguien a quien nunca vi antes! ¿De dónde las sacaste?

-Déjame verlas -le pedí.

Me pasó las tres cartas.

-¿Bien? -preguntó-. ¿Las hizo Brand? Que yo sepa, él es el único que puede crear Triunfos.

-Yo no mantendría ningún contacto con Brand -replicó Martin-, salvo para matarlo.

Pero yo supe inmediatamente que no eran de Brand. No era su estilo. Ni tenían el estilo de nadie a quien yo conociera. Sin embargo, el estilo era lo que menos me preocupaba en ese momento. Lo que captó mi atención fueron las facciones de la tercera persona, aquella a la que Random dijo que nunca había visto antes. Yo sí lo había visto.

Contemplaba la cara del joven que se enfrentó a mí con una ballesta ante las Cortes del Caos, aquél que, al reconocerme, había bajado el arma.

Extendí la carta.

-Martin, ¿Quién es este? -pregunté.

-El hombre que hizo estos Triunfos -contestó-. No conozco su nombre. Es un amigo de Dará.

-Estás mintiendo -dijo Random.

-Dejemos que Dará nos lo diga -comenté, volviéndome hacia ella.

Todavía estaba de rodillas al lado de Benedict, aunque ya le había vendado el brazo y comenzaba a incorporarse.

-¿Qué sabes de esto? -pregunté, mostrándole la carta-. ¿Quién es este hombre?

Miró la carta, luego a mí. Sonrió.

-¿De verdad no lo sabes? -dijo.

-¿Si lo supiera crees que te lo preguntaría?

-Entonces míralo otra vez y luego ve a un espejo. Es tan hijo tuyo como mío. Su nombre es Merlín.

No me sorprendo con facilidad, pero esa revelación no tenía nada de fácil. Me sentí atontado. Durante unos instantes mi mente hizo un cálculo rápido. Con la diferencia temporal adecuada, era posible.

-Dará -observé-, ¿qué es lo que quieres?

-Te lo dije cuando atravesé el Patrón -replicó-. Ámbar debe ser destruida. Lo que quiero es participar en la parte que me corresponde.

-Pues sólo tendrás mi antigua celda -dije-. No, la contigua. ¡Guardias!

-Corwin, está bien -dijo Benedict, poniéndose de pie-. No es tan malo como parece. Ella puede explicarlo todo.

-Más vale que empiece ya.

-No. En privado. Sólo la familia.

Con un gesto despedí a los guardias que habían acudido a mi llamada.

-Muy bien. Vayamos a uno de los salones que hay al lado de la entrada principal.

Asintió, y Dará le cogió del brazo izquierdo. Random, Gérard, Martin y yo los seguimos fuera. Miré hacia atrás otra vez, al vacío lugar donde mi sueño se había convertido en realidad. Así son los sueños.

II

Cabalgué hasta la cima de Kolvir y, cuando llegué al lugar donde se encuentra mi tumba, desmonté. Entré y abrí la tapa de mi féretro. Estaba vacío. Bien. Casi había esperado verme a mí mismo allí tumbado..., clara evidencia de que a pesar de los signos y las intuiciones, de alguna manera había llegado hasta la sombra equivocada.

Salí fuera y me acerqué a Star, acariciándole el hocico. El sol brillaba y el aire era frío. Me asaltó un deseo repentino de dirigirme al mar. Pero me senté en el banco y llené mi pipa.

Habíamos hablado. Sentada en el sofá marrón con las piernas cruzadas, Dará había sonreído, repitiendo su historia de que descendía de Benedict y Lintra, la doncella infernal, y que había crecido en las Cortes del Caos, un reino totalmente no euclidiano donde el mismo tiempo presentaba extraños problemas de distribución.

-Todo lo que me contaste cuando nos conocimos fueron mentiras -observé-. ¿Por qué debería creerte ahora?

Había esbozado una sonrisa, contemplándose las uñas.

-Entonces tuve que mentirte -explicó- para conseguir lo que quería de ti.

-¿Y eso era...?

-Conocimiento, de la familia, del Patrón, de los

Triunfos, de Ámbar. Para ganar tu confianza. Para tener a tu hijo.

-¿Y si me hubieras contado la verdad no lo habrías conseguido igual?

-Lo dudo. Yo pertenezco al enemigo. Las razones que albergaba para conseguir todo eso no habrían sido de tu agrado.

-¿Cuando practicamos esgrima...? Me dijiste que Benedict fue tu maestro.

-Aprendí del gran Duque Borel, un Alto Señor del Caos.

-... y tu aspecto -dije-. Se alteró varias veces cuando te vi atravesar el Patrón. ¿Cómo? Y, ¿por qué?

-Todos los que tenemos nuestro origen en el Caos podemos cambiar de forma -replicó.

Pensé en la demostración de Dworkin la noche que adoptó mi aspecto.

Benedict asintió.

-Papá nos engañó con su disfraz de Canelón.

-Oberon es un hijo del Caos -comentó Dará-, un hijo rebelde de un padre rebelde. No obstante, tiene ese poder.

-¿Entonces a qué se debe que nosotros no podamos hacerlo? -preguntó Random.

-¿Lo intentaste alguna vez? Tal vez vosotros podáis. Pero, por otro lado, quizás el poder desapareció con vuestra generación. No lo sé. Sin embargo, y en lo que a mí respecta, siempre me inclino por ciertas formas hacia las cuales cambio en momentos de tensión. Crecí en un lugar donde esta era la regla, donde la otra forma en algunos momentos era dominante. Sigue siendo un acto reflejo. Eso es lo que observaste... aquel día.

-Dará -le pregunté-, ¿por qué deseabas obtener conocimiento sobre la familia, el Patrón, los Triunfos y Ámbar? ¿Y por qué un hijo?

-De acuerdo -suspiró-. De acuerdo. ¿Habéis descubierto ya los planes de Brand..., la destrucción de Ámbar para crearla de nuevo?

-Sí.

-Contó nuestro permiso y cooperación.

-¿Incluido el asesinato de Martin? -preguntó Random.

-No -replicó ella-. No sabíamos a quién usaría como... agente.

-¿Os hubiera detenido el hecho de saber quién era?

-Esa es una pregunta hipotética -comentó-. Contéstatela tú mismo. Me alegra que Martin siga con vida. Eso es lo único que puedo decir al respecto.

-Muy bien -aceptó Random-. ¿Qué ocurrió con Brand?

-Se puso en contacto con nuestros gobernantes gracias a lo que aprendió de Dworkin. Tenía ambiciones. Y necesitaba conocimiento, poder. Nos ofreció un trato.

-¿Qué tipo de conocimiento?

-Quería saber cómo destruir el Patrón...

-Entonces sois los responsables de lo que hizo -cortó Random.

-Si quieres verlo de esa manera.

-Sí, quiero.

Se encogió de hombros y me miró.

-¿Deseas oír esta historia?

-Continúa -miré a Random y éste asintió.

-Se le concedió a Brand lo que pedía -comenzó-, pero no confiaban en él. Temían que una vez que poseyera el poder de cambiar el mundo a su antojo, no se contentaría con gobernar una Ámbar modificada. Querría llevar su dominio también al Caos. Lo que nosotros pretendíamos era una Ámbar debilitada; de esa manera el Caos sería más fuerte de lo que es ahora..., deseábamos un nuevo equilibrio en el que nosotros controláramos más tierras de sombra de las que hay entre nuestros reinos. Se descubrió hace mucho tiempo que los dos reinos no pueden ser

unificados, o destruido uno, sin que se rompan todos los procesos de flujo entre nosotros. El resultado de este intento sería una situación totalmente estática o un caos completo. Sin embargo, y aunque sabían lo que Brand se proponía, nuestros jefes llegaron a un acuerdo con él. Era la mejor oportunidad que se nos presentaba en eras. Teníamos que aprovecharla. Pensaron que se podrían ocupar de Brand y, en su momento, deshacerse de él y que su puesto lo ocupara otro.

-Así que también pensabais traicionarlo -comentó Random.

-No si él mantenía su palabra. Pero sabíamos que no lo haría. Por lo que nos preparamos ante esta posibilidad.

-¿Cómo?

-Se le permitiría conseguir lo que deseaba, luego sería destruido. Entonces le sucedería un miembro de la familia real de Ámbar que también perteneciera a la primera familia de las Cortes, uno que crecería entre nosotros y sería educado para ese cargo. Merlín incluso está relacionado con Ámbar por las dos partes, por mi antepasado, Benedict, y directamente por ti..., que sois los más reconocidos aspirantes a vuestro trono.

-¿Tú perteneces a la casa real del Caos?

Sonrió.

Me incorporé. Me acerqué a la chimenea y contemplé las cenizas.

-De alguna manera me resulta doloroso haber estado involucrado en un proyecto calculado de procreación -dije después de un rato-. Pero, bueno... ya es un acto consumado... aunque me gustaría saber, aceptando de momento que todo lo que nos has dicho es cierto, ¿por qué nos lo cuentas?

-Porque -contestó- temo que los señores de mi reino irán tan lejos en la consecución de su visión como lo haría Brand. Tal vez más. Ese equilibrio del que hablé... Muy pocos aprecian lo delicado que es. Yo he viajado por las tierras de sombra que se extienden cerca de Ámbar, y he caminado por la misma Ámbar. También recorrí las sombras que hay al lado del Caos. He visto mucha gente y muchas cosas. Pero luego, cuando me encontré con Martin y hablé con él, sentí que los cambios que, según me dijeron, serían para mejor, no sólo generarían una alteración de Ámbar más acorde con el gusto de mis mayores, sino que la convertirían en una mera extensión de las Cortes, con la mayoría de las sombras unidas al Caos. Ámbar se convertiría en una isla. Algunos de mis mayores, los que aún están resentidos con Dworkin por haber creado Ámbar en primer lugar, buscan el retorno a los días anteriores a que esto ocurriera. Quieren un Caos total, aquel del que todo surgió. A mí me parece que la situación presente es mejor, y busco preservarla. Mi deseo es que ningún lado resulte victorioso en ningún conflicto.

Me volví a tiempo para ver como Benedict sacudía la cabeza.

-Entonces no estás a favor de ningún lado -declaró.

-Me gusta pensar que estoy con los dos.

-Martin -le pregunté-, ¿tú estás con ella?

Asintió.

Random se rió.

-¿Vosotros dos? ¿Contra Ámbar y las Cortes del Caos? ¿Qué creéis que vais a conseguir? ¿Cómo estableceréis este… equilibrio?

-No estamos solos -replicó ella-, y el plan no es nuestro.

Metió la mano en su bolsillo. Cuando la sacó algo resplandeció en ella. La mostró bajo la luz. Sostenía el anillo de sello de nuestro padre.

-¿Dónde lo conseguiste? -preguntó Random.

-¿Dónde crees?

Benedict se acercó a ella y extendió su mano. Ella se lo dio. El lo estudió.

-Es el suyo -dijo-. Tiene esas pequeñas marcas en la parte de atrás que hace tiempo vi. ¿Por qué lo tienes tú?

-Primero, para convenceros de que actúo de la manera correcta cuando os transmita sus órdenes -contestó.

-¿Cómo? ¿Es que lo conoces? -pregunté.

-Lo conocí hace tiempo, en su época de… dificultades -nos comentó-. De hecho, podría decir que fui yo quien le ayudó a escapar de ellas. Fue después de encontrar a Martin, cuando mis simpatías se inclinaron un poco hacia Ámbar. Además vuestro padre es un hombre persuasivo y encantador. Decidí que no podía quedarme simplemente al margen y ver cómo seguía prisionero de mi gente.

-¿Sabes cómo fue capturado?

Sacudió la cabeza.

-Sólo sé que Brand le convenció para que viajara a una sombra muy lejana de Ámbar, para que lo apresaran allí. Creo que le mintió diciéndole que había descubierto un objeto mágico -inexistente- que podría ayudar en la reparación del Patrón. Ya se ha dado cuenta que sólo la Joya puede hacerlo.

-Cuando le ayudaste a escapar… ¿De qué manera afectó esto la relación que mantienes con tu propia gente?

-No demasiado bien -contestó-. Temporalmente me encuentro sin hogar.

-¿Y deseas encontrarlo aquí?

Sonrió otra vez.

-Depende de cómo acabe todo. Si ganara mi gente… más me valdría regresar o esconderme en lo que quede de sombra.

Saqué un Triunfo y lo contemplé.

-¿Y Merlín? ¿Dónde se encuentra?

-Lo tienen ellos -comentó-. Me temo que tal vez esté de su lado. Sabe cuál es su ascendencia, pero ellos se han hecho cargo de su educación durante mucho tiempo. No sé si los dejará.

Alcé el Triunfo y me concentré.

-No funcionará -dijo ella-. No desde Ámbar hasta el Caos.

Recordé cuan difícil resultó la comunicación con los Triunfos cuando yo me encontraba ante aquel abismo. Pero igualmente lo intenté.

La carta adquirió esa cualidad fría en mi mano y proyecté mi mente. Percibí una ligera presencia que respondía. Me esforcé más.

-Merlín, soy Corwin -dije-. ¿Me oyes?

Me pareció escuchar una réplica. Fue algo así: «No puedo...» Y luego nada. La carta perdió su frialdad.

-¿Contactaste con él? -preguntó ella.

-No estoy seguro -repliqué-. Pero creo que sí. Sólo un momento.

-Mejor de lo que pensé -comentó-. Las condiciones son buenas o vuestras mentes son muy parecidas.

-Cuando sacaste el anillo de Papá mencionaste unas órdenes -observó Random-. ¿Qué órdenes? ¿Y por qué las envía a través tuyo?

-Se debe a una cuestión de tiempo.

-¿Tiempo? ¡Infiernos! ¡Si sólo se marchó esta mañana!

-Tenía que ultimar unos detalles antes de emprender lo que se propone. No sabía cuánto tardaría. Me las dio a mí porque estuve en contacto con él antes de venir aquí -aunque no imaginé la recepción que recibiría-, y ahora ya está preparado para la siguiente fase.

-¿Dónde hablaste con él? -pregunté-. ¿Dónde está?

-No tengo ni idea. El se puso en contacto conmigo.

-¿Y...?

-Quiere que Benedict ataque inmediatamente...

Gérard en ese momento dio señales de vida desde el sillón en el que se había sentado a escuchar. Se puso de pie, enganchó los pulgares en su cinturón y bajó la vista hasta ella.

-Una orden como esa tiene que venir directamente de Papá.

-Viene de él -comentó ella.

Sacudió la cabeza.

-No tiene sentido. ¿Por qué se puso en contacto contigo -alguien en quien no tenemos motivos para confiar- y no con uno de nosotros?

-Porque creo que en este momento no puede contactar con ninguno de vosotros. Pero sí pudo hacerlo conmigo -¿Por qué?

-No usó un Triunfo. No tiene ninguno mío. Utilizó un efecto de reverberación del camino negro, muy parecido al que usó Brand para escapar de Corwin.

-Sabes mucho de lo acontecido últimamente.

-Sí. Todavía conservo algunas fuentes de información en las Cortes, y Brand se dirigió allí después de luchar con vosotros. Sólo presté atención a frases sueltas.

-¿Sabes dónde se encuentra nuestro padre en este momento? -le preguntó Random.

-No, no lo sé. Pero creo que ha viajado a la verdadera Ámbar para deliberar con Dworkin y examinar de nuevo el daño del Patrón original.

-¿Con qué fin?

-No lo sé. Probablemente para analizar la acción que emprenderá. El hecho de que se pusiera en contacto conmigo, ordenando el ataque, indica que ya lo ha decidido.

-¿Cuánto tiempo ha pasado desde que habló contigo?

-Unas pocas horas... de mi tiempo. Yo me encontraba en la Sombra, bastante alejada de aquí. No estoy segura de la diferencia temporal. Soy nueva en esto.

-Por lo que puede ser muy reciente. Quizás una diferencia de minutos solamente -musitó Gérard-. ¿Por qué habló contigo y no con uno de nosotros? Creo que, a pesar de todo, podría haberse puesto en contacto con nosotros si hubiera querido.

-Tal vez para indicaros que confiaba en mí -respondió ella.

-Todo esto puede ser completamente cierto -indicó Benedict-. Pero yo no pienso moverme sin una confirmación de esa orden.

-¿Se encuentra todavía Piona en el Patrón original? -inquirió Random.

-De acuerdo con lo último que sé -le dijo-, había acampado allí. Ya veo lo que quieres decir...

Busqué la carta de Fi.

-Requirió el esfuerzo de más de una persona comunicar desde allí -observó Random.

-Cierto. Así que échame una mano.

Incorporándose, se me acercó. Benedict y Gérard también se aproximaron.

-Realmente no hace falta que hagáis esto -protestó Dará.

La ignoré y me concentré en las delicadas facciones de mi pelirroja hermana. Momentos después, se estableció el contacto.

-Piona -pregunté, viendo que a su espalda estaba el corazón de nuestra existencia-, ¿está Papá allí?

-Sí -respondió, sonriendo con cansancio-. Se encuentra dentro, con Dworkin.

-Escucha, esto es urgente. No sé si conoces a Dará, pero ella está aquí...

-Sé quién es, la conocí hace un rato.

-Bien; asegura que Papá ordenó que Benedict atacara. Tiene su anillo como prueba de su sinceridad, pero él no nos habló de esto. ¿Sabes algo al respecto?

-No -replicó-. Lo único que hicimos fue intercambiar saludos cuando él y Dworkin estuvieron aquí fuera contemplando el Patrón. Aunque tuve ciertas sospechas, y lo que me dices las confirma.

-¿Sospechas? ¿Qué quieres decir?

-Creo que Papá intentará reparar el Patrón. Tiene la Joya, y escuché parte de lo que habló con Dworkin. Cuando lo haga, se darán cuenta de ello en las Cortes del Caos apenas comience. Tratarán de detenerlo. Creo que lo que pretende es atacar antes para mantenerlos ocupados. Sólo...

-¿Qué?

-Esto lo matará, Corwin. De eso estoy segura. Tanto si tiene éxito como si fracasa, durante el proceso será destruido.

-Me cuesta creerlo.

-¿Que un rey dé su vida por el reino?

-Que Papá lo haga.

-Ha cambiado o tú nunca lo conociste. Pero estoy segura de que lo intentará.

-¿Entonces por qué envía su última orden por medio de alguien que él sabe que no confiamos?

-Supongo que para indicaros que, una vez que lo confirme, quiere que confiéis en ella.

-Parece una manera muy complicada de hacerlo, pero estoy de acuerdo en que no deberíamos actuar sin esa confirmación. ¿Puedes averiguarlo?

-Probaré. Me pondré en contacto contigo tan pronto como le vea.

Rompió el contacto.

Me volví hacia Dará, quien sólo había escuchado una parte de la conversación.

-¿Sabes qué es lo que va a hacer ahora Papá? -le pregunté.

-Tiene algo que ver con el camino negro -dijo-. Eso es lo que me indicó. Sin embargo, no me dijo qué era, o cómo lo haría.

Me di la vuelta. Ordené las cartas y las guardé. No me gustaba la manera en que se estaban desarrollando los acontecimientos. Todo este día había comenzado mal, y no dejó de empeorar desde entonces. Y aún no había llegado la tarde. Sacudí la cabeza. Cuando hablé con él, Dworkin describió los resultados que tendría cualquier intento de reparar el Patrón, y ninguno me pareció agradable. ¿Supongamos que Papá lo intentaba, fracasaba, y moría en el proceso? ¿Dónde nos encontraríamos entonces? En el mismo lugar en el que estábamos ahora, sólo que sin jefe ante la batalla que se avecinaba... y nuevamente surgirían los problemas de la sucesión. Todo ese maldito asunto estaría en nuestras mentes mientras nos dirigíamos a la lucha, y nuevamente comenzaríamos nuestros planes para eliminarnos tan pronto como nos desembarazáramos del enemigo actual. Tenía que haber otra manera de solucionarlo. Era mejor que Papá siguiera con vida y ocupando el trono, a que resurgieran las intrigas para ver quién le sucedía.

-¿Qué estamos esperando? -inquirió Dará-. ¿Una confirmación?

-Sí -repliqué.

Random comenzó a recorrer la habitación. Benedict se sentó y comprobó el vendaje de su brazo. Gérard se apoyó contra la pared al lado de la chimenea. Yo permanecí de pie y pensé. Entonces se me ocurrió una idea. La descarté inmediatamente, pero volvió en seguida. No me gustaba, pero no tenía nada que ver con lo práctico. Ten dría que obrar deprisa antes de que me convenciera a mí mismo de que no servía. No. Seguiría con ella. ¡Maldición!

En ese momento sentí el comienzo de un contacto. Esperé. Momentos más tarde, contemplaba nuevamente a Piona. Se encontraba en un lugar que me resultaba familiar y que no reconocí hasta pasados unos segundos: era el salón de Dworkin, al otro lado de la pesada puerta al final de la cueva. Papá y Dworkin estaban con ella. Papá se había desprendido del disfraz de Canelón y nuevamente era él con su viejo aspecto. Vi que llevaba la Joya.

-Corwin -dijo Piona-, es verdad. Papá envió las órdenes de ataque con Dará, y esperaba esta llamada de confirmación. Yo...

-Piona, llévame hasta allí.

-¿Qué?

-Ya me oíste. ¡Ahora!

Extendí mi brazo derecho. Ella extendió el suyo y nos tocamos.

-¡Corwin! -gritó Random-. ¡Qué ocurre!

Benedict se puso de pie, y Gérard se dirigió hacia mí.

-Pronto lo sabréis -comenté, y di un paso adelante.

Apreté su mano antes de Soltarla y sonreí.

-Gracias, Fi. Hola, Papá. Hola, Dworkin. ¿Cómo está todo?

Miré una vez en la dirección de la pesada puerta y vi que estaba abierta. Entonces pasé al lado de Piona y me acerqué a ellos. Papá había bajado un poco la cabeza y sus ojos estaban entornados. Conocía esa mirada.

-¿Qué es esto, Corwin? Estás aquí sin permiso -observó-. Confirmé esa maldita orden, y espero que se cumpla.

-Se cumplirá -comenté, asintiendo-. No he venido para discutir eso.

-¿Entonces qué quieres?

Me acerqué más, calculando mis palabras al igual que la distancia. Me alegró que siguiera sentado.

-Durante mucho tiempo cabalgamos como camaradas -dije-. Maldita sea si no llegaste a caerme bien entonces. Ya sabes que nunca me gustaste. Jamás tuve las agallas suficientes para decírtelo, pero tú lo sabías. Me gustaría pensar que nuestra relación podría haber sido como la que tuvimos cuando eras Canelón de no ser por lo que somos el uno para el otro -. Durante un momento muy breve su mirada se suavizó a medida que yo me colocaba en la posición que quería. Luego continué-: Creeré que eres tú con aquella apariencia y no con esta, ya que hay algo que de lo contrario jamás me habría atrevido a hacer.

-¿Qué? -preguntó.

-Esto.

Cogí la Joya, y con un movimiento ascendente se la saqué por encima de la cabeza. Giré sobre mis talones y me lancé a toda velocidad fuera de la habitación. Al salir, cerré la puerta detrás mío. No vi ninguna manera de bloquearla, así que seguí corriendo, por la misma ruta en que aquella noche seguí a Dworkin. A mi espalda, escuché el rugido que esperaba.

Seguí los giros que marcaba la cueva. En un momento trastabillé. Todavía el aire estaba cargado con el olor de Wixer. Continué corriendo y un último giro me trajo un resplandor de luz delante mío.

Me lancé hacia él al tiempo que me pasaba la cadena de la Joya por encima de la cabeza. Cuando la sentí contra mi pecho proyecté mi mente sobre ella. Escuché ecos que venían de atrás.

¡Por fin la salida!

Corrí a toda velocidad hacia el Patrón, sintiendo a través de la Joya, convirtiéndola en un sentido adicional. Yo era la única persona, exceptuando a Papá y a Dworkin, totalmente sintonizado con ella. Dworkin me había explicado que el Patrón sólo podía repararlo una persona completamente sintonizada con la Joya que atravesara el Gran Patrón y quemara cada mancha que éste tuviera, remplazándola con la imagen del Patrón que dicha persona llevara en su interior, a la vez que borraba el camino negro durante el proceso. Mejor que lo intentara yo en vez de Papá. Todavía sentía que el camino negro le debía parte de su forma final a la fuerza de mi maldición contra Ámbar. Quería borrar eso también. De todas formas, Papá ordenaría la situación después de

la guerra mejor de lo que yo podría hacerlo jamás. En ese momento me di cuenta de que ya no deseaba el trono. Aun teniéndolo al alcance de mi mano, me abrumaba la sola idea de tener que administrar el reino durante todos los largos y aburridos siglos venideros. Quizás, si moría, elegiría la salida más fácil. Eric estaba muerto, y ya no lo odiaba más. Y la otra compulsión que me había servido de objetivo vital -el trono- sólo pareció deseable mientras él también lo quiso. Renuncié a ambos. ¿Qué me quedaba? Me había reído ante las palabras de Vialle... pero luego las analicé y comprendí que tenía razón. El viejo soldado que había en mi interior era más fuerte. Se reducía a una cuestión de deber. Pero no sólo eso. Había más...

Llegué al borde del Patrón, y rápidamente me encaminé hacia su comienzo. Miré atrás, a la entrada de la cueva. Papá, Dworkin, Piona... ninguno había salido todavía. Bien. Ya no llegarían a tiempo para detenerme. Una vez que entrara en el Patrón, sería demasiado tarde para que pudieran hacer algo salvo esperar y contemplarme. Durante un breve instante pensé en la disolución de lago. Desterré ese pensamiento y calmé mi mente hasta el nivel necesario para la ordalía que me aguardaba; también recordé mi lucha contra Brand aquí, antes de su extraña huida. Aparté igualmente este pensamiento y reduje el ritmo de mi respiración, preparándome.

Me invadió una especie de letargo. Era hora de comenzar, pero me retuve un momento, tratando de concentrar mi mente de manera adecuada en la gran tarea que me esperaba. Por un instante el Patrón osciló en mi campo de visión. ¡Ahora! ¡Maldición! ¡Ahora! ¡Basta de movimientos preliminares! Empieza, me dije. ¡Camina!

Y sin embargo, seguí allí de pie, contemplando el Patrón como si estuviera en un sueño. Mientras lo observaba me olvidé de mí mismo durante varios y prolongados minutos. El Patrón, con su larga mancha negra que tenía que ser borrada...

No pareció importante que pudiera matarme. Mi mente flotaba, pensando en la belleza que había en su interior...

Escuché un ruido. Serían Papá, Dworkin y Fiona, que se acercaban. Tenía que hacer algo antes de que me alcanzaran. Tenía que atravesarlo... en un momento...

Aparté la vista del Patrón y miré hacia atrás, a la boca de la cueva. Habían salido y bajaban por la pendiente, cuando se detuvieron. ¿Por qué? ¿Por qué se habían parado?

¿Qué importancia tenía? Disponía del tiempo suficiente para empezar. Lentamente levanté el pie con la intención de desplazarme.

Apenas pude moverme. Poco a poco, con un gran esfuerzo de voluntad, adelanté el pie. Dar ese primer paso fue mucho más difícil que atravesar el mismo Patrón cuando te acercas a su final. Pero no tenía la sensación de luchar contra una resistencia externa, sino contra la desgana de mi cuerpo. Era como si...

Entonces apareció la imagen de Benedict al lado del Patrón en Tir-na Nog'th a medida que Brand se aproximaba, burlándose de él, mientras la Joya ardía sobre su pecho.

Antes de bajar la vista supe lo que vería.

La piedra roja palpitaba al mismo ritmo que mi corazón.

¡Malditos sean!

Papá o Dworkin -o los dos juntos- proyectaban su mente en ese instante a través de la Joya y me paralizaban. En ningún momento dudé que cualquiera de ellos podría hacerlo solo. Sin embargo, y a la distancia que me encontraba, no tenía sentido que me rindiera sin oponer resistencia.

Mantuve la tensión de mi pie, deslizándolo lentamente hacia el borde del Patrón. Una vez que lo posara allí, no veía cómo...

Me dormía... Sentí que caía. Me di cuenta de que ya me había dormido durante un momento. Ocurrió de nuevo.

Cuando abrí los ojos, vi una parte del Patrón. Giré la cabeza y vi pies. Al alzar la vista, observé que Papá tenía la Joya.

-Marchaos -les ordenó a Dworkin y a Piona sin volver la cabeza.

Retrocedieron a medida que él se ponía la Joya alrededor del cuello. Se inclinó hacia mí y extendió la mano. La tomé y me ayudó a incorporarme.

-Lo que hiciste fue una estupidez -dijo.

-Estuve muy cerca.

Asintió.

-Por supuesto, habrías muerto sin conseguir nada -comentó-. Pero, de todas formas, lo hiciste bien. Ven, caminemos un poco.

Me cogió del brazo y comenzamos a rodear la periferia del Patrón.

Contemplé ese extraño cielo-mar, sin horizonte que nos rodeara. Mientras andábamos me pregunté qué habría ocurrido si hubiera podido pisar el Patrón... qué estaría ocurriendo en ese instante.

-Has cambiado -r-dijo finalmente-, o tal vez nunca te conocí de verdad.

Me encogí de hombros.

-Un poco de las dos cosas. Iba a decir lo mismo con respecto a ti. ¿Quieres contestarme a una pregunta?

-¿Cuál?

-¿Te resultó muy difícil ser Canelón?

Se rió entre dientes.

-Nada -contestó-. Quizás ahí vislumbraste parte de mi verdadero yo.

-Me caía bien. Lo que quiero decir es que tú me caías bien siendo él. ¿Qué ocurrió con el verdadero Canelón?

-Murió hace mucho, Corwin. Lo encontré poco después de que tú lo desterraras de Avalón. No era un mal tipo. Sin embargo no le hubiera confiado ni mi almuerzo…, pero, bueno, nunca confío en quien no tengo que hacerlo.

-Es inherente a la familia.

-Lamenté tener que matarlo. No es que me diera muchas opciones. Todo esto ocurrió hace mucho tiempo, pero lo recuerdo vividamente. Debió impresionarme.

-¿Y Lorraine?

-¿El país? Creo que fue un buen trabajo. Lo realicé con la sombra adecuada. Gracias a mi presencia creció en fuerza, de la misma manera que lo haría cualquier otra sombra si alguno de nosotros se queda el tiempo suficiente en ella… como ocurrió cuando te quedaste en Avalón, y más tarde en aquel otro lugar. Me ocupé de que tuviera el tiempo necesario proyectando mi voluntad en su corriente temporal.

-No sabía que esto se pudiera hacer.

-Nuestra fuerza crece lentamente, empezando con la iniciación en el Patrón. Hay mucho que tienes que aprender todavía. Sí, yo le di fuerza a Lorraine, y la hice especialmente vulnerable al creciente poder del camino negro. Me encargué de que apareciera en tu camino, sin importar dónde fueras. Después de que escaparas de Ámbar, todos los caminos conducían a Lorraine.

-¿Por qué?

-Fue una trampa que te tendí, y quizás una prueba. Quería estar a tu lado cuando te enfrentaras al ejército del Caos. También deseaba viajar contigo una temporada.

-¿Una prueba? ¿Para qué me probabas? ¿Y por qué viajar conmigo?

-¿No lo adivinas? Os estuve observando a todos durante años. Nunca designé un sucesor al trono. Dejé ese asunto turbio sin resolver a propósito. Sois demasiado parecidos a mí para que no supiera que en el momento que declarara a uno de vosotros como mi sucesor estaría firmando su sentencia de muerte. No. Adrede dejé las cosas como estaban hasta el final. Sin embargo, ya he tomado una decisión. Tienes que ser tú.

-Cuando estábamos en Lorraine, muy brevemente, te comunicaste conmigo con tu forma real. Entonces me dijiste que tomara el trono. ¿Si tomaste una decisión entonces por qué continuaste con la farsa?

-Porque todavía no me había decidido. Eso sólo fue una manera de asegurarme de que seguirías adelante. Temí que esa muchacha te llegara a gustar demasiado, lo mismo que esa tierra. Si salías como un héroe del Círculo Negro, corría el peligro de que decidieras quedarte allí. Quería implantar en ti las ideas que harían que continuaras tu viaje.

Permanecí en silencio durante un rato. Habíamos avanzado una buena distancia alrededor del Patrón.

Entonces dije:

-Hay algo que debo saber. Antes de venir hasta aquí estuve hablando con Dará, que intenta limpiar su nombre con nosotros...

-Está limpio -comentó.

Sacudí la cabeza.

-No quise acusarla de algo en lo que llevo pensando mucho tiempo. Hay un buen motivo por el que creo que no se puede confiar en ella, a pesar de sus protestas y tu apoyo. Dos razones, de hecho.

-Lo sé, Corwin. Pero ella no mató a los sirvientes de Benedict para tener acceso a esta casa. Yo mismo lo hice; quise asegurarme de que la conocerías, y en el momento adecuado.

-¿Tú? ¿Tú formaste parte de toda la trama que la involucró a ella? ¿Por qué?

-Será una buena reina, hijo. Confío en la sangre del Caos para que nos traiga fuerza. Ya era tiempo de una infusión nueva. Subirás al trono con un heredero. Y para cuando él esté preparado para reinar, Merlín se habrá deshecho de toda la educación recibida allí.

Habíamos recorrido todo el camino hasta la mancha negra. Me detuve. Me puse en cuclillas y la estudié.

-¿Crees que esto te matará? -le pregunté finalmente.

-Sé que lo hará.

-Eres capaz de matar a gente inocente sólo para manipularme. Y, sin embargo, sacrificarás tu vida por el reino.

Alcé los ojos y le miré.

-Mis propias manos no están limpias -continué-, y ciertamente no presumo de juzgarte. Pero, hace un rato, cuando me preparaba para atravesar el Patrón, pensé en cómo habían cambiado mis sentimientos... hacia Eric, hacia el trono. Creo que uno hace lo que tiene que hacer, es un deber. Yo también, en este momento, siento un deber hacia Ámbar y el trono. En realidad, es más que eso. Me acabo de dar cuenta de que es mucho más. Pero también descubrí otra cosa, algo que el deber no me exige. No sé cuándo o cómo desapareció y yo cambié, pero no deseo el trono, Papá. Lamento estropear tus planes, pero no quiero ser rey de Ámbar. Lo siento.

Entonces aparté la vista, y volví a mirar la mancha. Escuché como suspiraba.

Luego dijo:

-Ahora voy a enviarte de regreso a casa. Prepara tu caballo y llévate provisiones. Cabalga hacia algún lugar fuera de Ámbar... a cualquier sitio que esté aislado.

-¿Mi tumba?

Bufando, se rió entre dientes.

-Servirá. Ve allí y espérame. Tengo que pensar.

Me incorporé. Extendió su brazo y puso la mano sobre mi hombro. La Joya palpitaba. Me miró a los ojos.

-Ningún hombre consigue lo que desea de la manera que lo desea -observó.

Entonces surgió un efecto distanciador, como el poder de un Triunfo, sólo que de manera invertida. Escuché voces a mi alrededor y vi la sala que acababa de dejar. Benedict, Gérard, Random y Dará aún seguían allí. Noté que Papá soltaba mi hombro. Entonces desapareció y yo quedé entre ellos una vez más.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Random-. Vimos que Papá te hacia regresar. De paso, ¿cómo lo hizo?

-No lo sé -respondí-. Pero me ha confirmado lo que Dará nos dijo. El le dio el anillo y el mensaje.

-¿Por qué? -preguntó Gérard.

-Quería que confiáramos en ella -repliqué.

Benedict se puso de pie.

-Entonces me marcho a cumplir sus órdenes.

-Quiere que ataques y que luego retrocedas -dijo Dará-. Después, lo único que tienes que hacer es contenerlos.

-¿Durante cuánto tiempo?

-Sólo me dijo que tú lo sabrías.

Benedict esbozó una de sus contadas sonrisas y asintió. Sacó su caja de cartas con una mano, le quitó la tapa y extrajo el Triunfo de las Cortes que yo le había entregado.

-Buena suerte -le deseó Random.

-Sí -acordó Gérard.

Yo añadí mis buenos deseos y contemplé cómo se desvanecía. Cuando el efecto de arcoiris desapareció, aparté la vista y vi que Dará lloraba en silencio. No hice ningún comentario.

-Yo también tengo... una especie de orden -dije-. Será mejor que me marche.

-Y yo regresaré a la flota -comentó Gérard.

-No -escuché que Dará decía cuando me dirigía a la puerta.

Me detuve.

-Tienes que quedarte aquí, Gérard, y encargarte de la seguridad de Ámbar. No se producirá ningún ataque desde el mar.

-Pero creí que era Random el que estaba al mando de la defensa local.

Sacudió la cabeza.

-Random tiene que reunirse con Julián en Arden.

-¿Estás segura? -preguntó Random.

-Totalmente.

-Bien -comentó-. Es agradable saber que al menos se acordó de mí. Lo siento, Gérard. Así están las cosas.

Gérard pareció desconcertado.

-Espero que sepa lo que está haciendo -observó.

-Ya hemos hablado de eso -intervine-. Adiós.

Escuché unos pasos cuando dejé la habitación. Dará se me acercó.

-¿Y ahora qué? -le pregunté.

-Me gustaría que camináramos juntos un rato.

-Voy a coger algunas provisiones y luego a los establos.

-Iré contigo.

-Tengo que marcharme solo.

-De todas formas no hubiera podido acompañarte. Todavía he de hablar con tus hermanas.

-¿Ellas también están incluidas?

-Sí.

Caminamos en silencio un rato, luego ella dijo:

-Todo lo nuestro no fue tan frío como parece, Corwin.

Entramos en la despensa.

-¿A qué te refieres?

-Lo sabes muy bien.

-¡Oh!, eso. Está bien.

-Me gustas. Puede que algún día mi sentimiento se transforme en algo más, si tú sientes lo mismo.

Mi orgullo me incitó a darle una respuesta aguda, pero me contuve. Uno aprende algo con los siglos. Cierto que me había utilizado, pero tampoco ella era un agente libre por aquel entonces.

Supongo que lo peor que podría decirse es que Papá quería que me gustara. Pero no dejé que mi resentimiento por sus manipulaciones interfiriera con lo que eran, o podrían ser, mis propios sentimientos.

Así que le dije:

-Tú también me gustas -y la miré. Me pareció que en ese momento necesitaba que la besara, y lo hice -. Será mejor que me vaya.

Sonrió y me apretó el brazo.

Luego desapareció.

Decidí no pensar en mis sentimientos en ese instante. Cogí lo que necesitaba.

Ensillé a Star y emprendí el camino que me llevaría hasta la cima de Kolvir, donde se encuentra mi tumba. Sentado fuera, fumé mi pipa y contemplé las nubes.

Tuve la sensación de que el día había sido completo, y aún no había caído la tarde. Las premoniciones jugaban al escondite en las grutas de mi mente, y yo no hubiera invitado a ninguna a almorzar.

III

E¡ contacto se produjo repentinamente, mientras dormitaba. Me incorporé en seguida. Era Papá.

-Corwin, he tomado mis decisiones y ya ha llegado la hora -dijo-. Dame tu brazo izquierdo.

Lo extendí mientras su forma cobraba solidez y adquiría un aspecto más imponente; en su cara había una cierta tristeza que nunca antes vi en él.

Cogió mi brazo con su mano izquierda a la vez que con la derecha extraía su daga.

Miré cuando hizo un corte en mi brazo, luego guardó el cuchillo. Surgió la sangre y, ahuecando la mano izquierda, la recibió. En seguida me soltó, cubrió su mano izquierda con la derecha y se apartó de mí. Alzando las manos a su rostro, sopló en ellas y rápidamente las separó.

En su mano apareció un pájaro rojo del tamaño de un cuervo, su plumaje era del color de mi sangre. Acomodándose en su muñeca, me observó. Incluso sus ojos eran rojos, y al ladear la cabeza para mirarme exhibió un aire familiar.

-El es Corwin, al que tú debes seguir -le dijo al pájaro-. Recuérdalo.

Entonces, se lo colocó en su hombro izquierdo, desde donde siguió contemplándome, sin intención de alzar el vuelo.

-Debes marcharte, Corwin -me comentó-, y rápidamente. Sube a tu caballo, cabalga hacia el sur y entra en la Sombra tan pronto como puedas. Se trata de una cabalgada a muerte. Aléjate de aquí todo lo posible.

-¿Hacia dónde me dirijo, Padre? -le pregunté.

-A las Cortes del Caos. ¿Conoces el camino?

-En teoría. Nunca cabalgué toda la distancia.

Lentamente asintió.

-Será mejor que te marches ya -indicó-. Quiero que pongas la mayor diferencia temporal que puedas entre este lugar y tú.

-Muy bien -comenté-, mas no lo entiendo.

-Cuando llegue el momento lo harás.

-Pero hay una manera más fácil -proteste-. Puedo llegar allí mucho más rápido y con menos molestias simplemente llamando a Benedict para que me transporte a las Cortes

-No -subrayó Papá-. Es necesario que cojas la ruta más larga, ya que llevarás contigo algo que te será entregado a lo largo del camino.

-¿Que me será entregado? ¿Cómo?

Alzó la mano y acarició las plumas rojas del pájaro.

-Lo hará este amigo tuyo. No podría volar todo el trayecto hasta las Cortes..., lo que quiero decir es que no llegaría a tiempo.

-¿Qué me traerá?

-La Joya. Dudo que yo pueda transferirme cuando acabe lo que tengo que hacer. Sus poderes pueden resultarnos muy útiles en aquel lugar.

-Ya veo -murmuré-. Pero aun así, no tengo por qué recorrer toda la distancia. Puedo llegar con el Triunfo una vez que la reciba.

-Me temo que no. En cuanto realice lo que voy a hacer aquí, todos los Triunfos serán inoperantes durante un tiempo.

-¿Por qué?

-Porque todo el material de la existencia sufrirá una alteración. ¡Muévete de una vez, maldición! ¡Sube a tu caballo y lárgate!

Me quedé quieto y lo contemplé un rato.

-Padre, ¿no hay otra manera?

El sólo sacudió la cabeza y alzó la mano. Comenzó a desvanecerse.

-Adiós.

Di media vuelta y monté. Teníamos más cosas que decirnos, pero ya era demasiado tarde. Encaminé a Star al sendero que nos llevaría hacia el sur.

Así como Papá podía manipular la Sombra sobre Kolvir, yo nunca fui capaz de hacerlo. Necesitaba alejarme una buena distancia de Ámbar para producir los cambios.

Pero, sabiendo que era posible, decidí intentarlo. Así, mientras me dirigía al sur atravesando pasajes rocosos donde aullaba el viento, busqué alterar el tejido de realidad que me rodeaba a la vez que buscaba el sendero que conducía a Garnath.

...Descubrí un pequeño arbusto de flores azules cuando rodeé aquel promontorio rocoso. Me entusiasmé, ya que eran una parte modesta de mi esfuerzo. Continué imponiéndole mi voluntad al mundo que surgiría ante mí con cada giro del camino.

Una sombra proyectándose de esa piedra triangular que había delante... Un cambio en el viento...

Algunas de las alteraciones más pequeñas cobraban forma. Un giro en el sendero... Una hendidura... Un viejo nido de aves en un saliente rocoso... Más flores azules.

¿Por qué no? Un árbol... Otro...

Sentí cómo el poder se movía en mi interior a medida que realizaba más cambios.

Entonces pensé en el poder que acababa de descubrir en mí. Era posible que lo que antes me impedía la manipulación de la Sombra tan cerca de Ámbar fueran razones meramente psicológicas. Hasta hacía muy poco tiempo, había considerado a Ámbar como la única e inmutable realidad de la que todas las sombras cobraban forma. Pero, en ese momento, sabía que era la primera de las sombras, y que el sitio donde mi padre se encontraba representaba la realidad más alta. Por lo tanto, la proximidad lo dificultaba más, pero no impedía que dichos cambios se efectuaran. Sé que en otras circunstancias hubiera reservado mi fuerza hasta llegar a un punto donde fuera más fácil realizar los cambios.

Pero ahora mi necesidad se veía impulsada por la urgencia. Si quería cumplir lo que mi padre me pidió, tenía que esforzarme.

Para cuando llegué al sendero que bajaba por la cara sur de Kolvir, la fisonomía de la tierra se había modificado. Tenía ante mí una serie de suaves pendientes, en vez del descenso pronunciado que normalmente marcaba ese camino. Me adentraba en las tierras de sombra.

Mientras bajaba, el camino negro aún aparecía a mi izquierda como una oscura cicatriz, pero este valle de Garnath a través del cual pasaba, se encontraba en un estado ligeramente mejor que el que yo conocía tan bien. Su contorno era más suave, debido a las manchas verdes que había desperdigadas cerca del camino muerto. Era como si mi maldición sobre la tierra hubiese sido levemente mitigada. Por supuesto, fue una ilusión, porque esta ya no era mi Ámbar. Casi recé mentalmente, dirigiéndome al valle en general: Siento mi parte en todo esto. Me dirijo a intentar repararlo. Perdóname, oh espíritu de este lugar. Miré en la dirección de la Arboleda del Unicornio, mas estaba demasiado lejos hacia el oeste, oculto por demasiados árboles, para que pudiera vislumbrar aquel sagrado verdor.

La pendiente disminuyó y el paisaje dio paso a una serie de suaves colinas. Cuando las atravesamos, dejé que Star fuera más rápido a medida que cambiaba nuestro rumbo hacia el sudoeste, y, finalmente, hacia el sur. A una gran distancia a mi izquierda, el mar lanzó brillantes destellos. Pronto se interpondría entre nosotros el camino negro, pues descendíamos hacia Garnath en su dirección. No importaba lo que hiciera con la Sombra, me resultaría imposible borrar esa presencia ominosa. De hecho, el camino más rápido iba paralelo a él.

Por fin llegamos hasta el valle. El Bosque de Arden se alzaba a mi derecha, muy lejos, abarcando todo el oeste, inmenso y venerable. Seguí cabalgando, realizando todos los cambios que podía para alejarme de mi hogar.

Si bien el camino negro siguió a la vista, me mantuve apartado de él. Tuve que hacerlo, ya que era lo único que no podía alterar. Nos separaron, alternativamente, arbustos, árboles y pequeñas colinas.

Entonces, proyecté mi mente, y la textura de la tierra cambió.

Vetas de ágata... Montones de esquisto... Un oscurecimiento del verdor...

Nubes pasando velozmente por el cielo... El sol oscilaba y bailaba...

Aceleramos el paso. La tierra se hundió aún más. Las sombras se estiraron, fundiéndose. El bosque retrocedió. Una pared rocosa se elevó a mi derecha, otra a la izquierda... Un viento frío me persiguió por un cañón escarpado. Vetas de estratos minerales -rojas, doradas, amarillas y marrones- resplandecieron al pasar. El suelo del cañón se tornó arenoso. Remolinos de polvo se alzaron a nuestro alrededor. Me incliné sobre el cuello de Star a medida que el camino ascendía una vez más. Las paredes se curvaron hacia adentro, acercándose entre sí.

El camino se estrechó tanto que casi pude tocar las dos paredes...

Sus extremos superiores se juntaron. Cabalgué por un túnel en penumbra, avanzando más despacio a medida que se oscurecía... Líneas fosforescentes brotaron de la nada. El viento gemía.

¡Salimos del túnel!

La luz que surgió de las paredes era cegadora, a la vez que crecían cristales gigantes a nuestro alrededor. Los atravesamos y seguimos por un sendero ascendente que nos alejaba de esta región por una serie de pequeños valles cubiertos de moho, donde estanques perfectamente circulares yacían inmóviles como si fueran cristal verde.

Ante nosotros aparecieron enormes helechos, entre los cuales nos abrimos camino. Escuché un distante y ensordecedor sonido.

Giramos y fuimos al paso... Los helechos se hicieron rojos, más anchos y bajos... Más allá se extendía una gran planicie, que adoptaba un color rosa oscuro a medida que anochecía...

Hacia adelante, sobre unas pálidas hierbas... El olor de la tierra fresca... En la distancia, la forma de montañas o nubes... La aparición súbita de estrellas a mi izquierda... Un repentino aumento de la humedad... Una luna azul salta hacia el cielo... Destellos entre los oscuros contornos... Los recuerdos y un ruido que hace temblar la tierra... El viento cobra velocidad y el aire se llena con el olor de la tormenta...

Un viento fuerte... Las nubes ocultan parcialmente a las estrellas... Una intensa cuchilla de luz destroza un árbol a mi derecha, convirtiéndolo en llamas... Capas de agua caen sobre mí... Una hilera de luces a mi izquierda...

Bajo estruendosamente por una calle de piedra... Un vehículo extraño se aproxima... De forma cilíndrica, avanza con breves explosiones... Nos evitamos mutuamente... Un grito me persigue... A través de una ventana iluminada el rostro de un niño...

El estruendo... El agua... Fachadas y casas... La lluvia disminuye hasta que desaparece... Se aproxima la niebla, que permanece a mi

alrededor, haciéndose más densa, bañada por una creciente luz de color perla que proviene de mi izquierda...

El terreno se vuelve blando y de color rojo... La luz en la niebla se intensifica... Sopla un viento nuevo a mi espalda, el frío desaparece dando paso a una calidez moderada... El cielo se abre...

En un suave tono amarillo... Un sol naranja se precipita hacia la tarde...

¡Me estremezco! Un cambio que no he hecho yo, algo totalmente inesperado... El suelo tiembla debajo nuestro, y sé que es más que una vibración. El cielo nuevo, el sol nuevo, el desierto cobrizo... se expanden y se contraen, se disipan y retornan. Escucho un chasquido, y con cada desaparición, Star y yo nos quedamos solos rodeados por una blanca nada... personajes sin un escenario. Cabalgamos sobre el vacío. La luz llega de todas partes y sólo nos ilumina a nosotros. El chasquido es continuo, como el deshielo primaveral en un río ruso por el que una vez pasé, y llena mis oídos. Star, que ha recorrido muchas sombras, está asustado.

Miro a mi alrededor. Aparecen contornos borrosos, que se hacen más claros a cada momento. Mi entorno vuelve a la normalidad, aunque con un aspecto un poco desvaído. Parte de la pigmentación del mundo ha desaparecido.

Giramos a la izquierda y nos dirigimos al galope a una pequeña colina que subimos; nos detenemos en su cima.

El camino negro. También parece diferente... casi más que el resto del paisaje. Oscila bajo mi mirada, parece ondular mientras lo observo. Los chasquidos continúan, haciéndose más estruendosos...

Sopla un viento desde el norte, suave al principio, para aumentar después en fuerza. Miro en esa dirección y veo una masa de nubes que se agrupan.

Sé que tengo que moverme como nunca antes lo hice. La destrucción y creación finales tienen lugar en el sitio que visité... ¿cuando? No importa. Las ondas surgen desde Ámbar y la zona donde me encuentro, también, quizá desaparezca... y yo con ella. Si Papá no logra agruparla otra vez.

Sacudo las riendas. A toda velocidad cabalgamos hacia el sur.

Una llanura... Árboles... Algunos edificios en ruinas... Más rápido...

El humo de un bosque en llamas... Una pared de fuego... Se desvanece...

Cielo amarillo, nubes azules... Una armada de dirigibles pasa por encima...

Más rápido...

El cielo cae como un trozo de hierro al rojo vivo en un cubo de agua, las estrellas se vuelven estelas... Una débil luz sobre un sendero

recto… Los sonidos de las manchas oscuras, el aullido… La luz se hace más brillante, y mi entorno pierde firmeza… Gris a mi izquierda y derecha… Más brillante aún… Lo único que mis ojos ven es el sendero… El aullido se intensifica… Diferentes formas corren en tropel… Cabalgamos a través de un túnel de Sombra… Comienza a girar…

Gira, gira… Sólo el camino es real… Los mundos pasan a mi lado… He liberado el control impuesto y ahora avanzo encima del mismo poder, cuyo objetivo es alejarme de Ámbar y lanzarme hacia el Caos… Un viento cae sobre mí, ensordeciendo mis oídos con su grito… Nunca antes forcé mi poder sobre la Sombra hasta el límite… El túnel se vuelve tan liso y sin fisuras como el cristal… Siento como si estuviera en un vórtice, un maelstrón, en el corazón de un tornado… Star y yo estamos empapados en sudor… Me inunda con fuerza la sensación de que me persiguen… El camino se convierte en una abstracción… Los ojos me escuecen cuando parpadeo para quitarme la transpiración… No podré aguantar mucho más esta cabalgada… La base de mi cráneo comienza a palpitar…

Tiro suavemente de las riendas y Star, lentamente, frena…

Las paredes de mi túnel de luz cambian… Parches de gris, negro, blanco, en vez de una sombra uniforme… Marrón… Un destello de azul… Verde… El aullido desciende a una vibración, hasta que desaparece… El viento es más suave… Las formas vienen y van…

Se hace más lento, más lento…

No hay sendero. Cabalgo sobre la tierra húmeda. El cielo es azul, las nubes blancas. La cabeza me da vueltas. Tiro de las riendas. Yo…

Diminuto.

Sentí una conmoción cuando bajé la vista. Me encontraba en las afueras de una villa de juguete. Había casas que cabrían en la palma de mi mano, caminos minúsculos, diminutos vehículos que se arrastraban por ellos…

Miré hacia atrás. Habíamos aplastado varias de estas residencias ínfimas. Eché un vistazo a mi alrededor. Vi unas pocas a la izquierda. Conduje con cuidado a Star en esa dirección y nos detuvimos cuando salimos del lugar. Me sentí mal por la destrucción que causé. Pero ya no había nada que pudiera hacer.

Emprendí la marcha otra vez, atravesando la Sombra, hasta que llegué a lo que parecía una cantera desierta bajo un cielo verdoso. Me sentí más pesado aquí. Desmonté, bebí un trago de agua y recorrí el lugar.

Aspiré profundamente el aire húmedo que me rodeaba. Me encontraba muy lejos de Ámbar ya, tan lejos como uno suele ir en un viaje normal, y me acercaba cada vez más hacia el Caos. Pocas veces antes me había alejado tanto. Elegí este lugar para descansar porque representaba el sitio más próximo a la normalidad que tenía a mano, ya que pronto los cambios se harían cada vez más radicales.

Al estirar mis entumecidos músculos oí, un grito por encima de mi cabeza.

Alcé la vista y vi que una forma oscura caía sobre mí; Grayswandir apareció en mi mano por reflejo. Mientras descendía, la luz se posó sobre la forma en el ángulo adecuado, y el cuerpo alado entonces se encendió.

El pájaro nacido de mi sangre voló en círculos, hasta que se posó sobre mi brazo extendido. Esos aterradores ojos me contemplaron con una inteligencia peculiar, pero no les presté la atención que les hubiera concedido en otra ocasión. Enfundé a Grayswandir y tomé lo que el pájaro me traía.

La Joya del Juicio.

Eso me indicó que el esfuerzo de Papá, sin importar su resultado, había acabado. El Patrón se encontraba reparado o borrado. Y él estaría vivo o muerto. Elige dos opciones de esas dos oraciones. Los efectos de su acción se extenderían desde Ámbar a través de la Sombra, como las ondas en el estanque proverbial. Más pronto de lo deseado sabría lo que había acontecido. Mientras tanto, tenía mis órdenes.

Me pasé la cadena por la cabeza y dejé que la Joya cayera sobre mi pecho. Monté de nuevo en Star. Mi pájaro de sangre emitió un grito corto y emprendió el vuelo.

Nos pusimos en marcha.

… Por un paisaje donde el cielo se hacía blanco a medida que el suelo se oscurecía. En ese momento, la tierra se apagó con un resplandor final y el cielo se volvió negro. Luego este proceso se invirtió. Y otra vez… Con cada paso, el efecto cambiaba, y a medida que ganábamos en velocidad se convirtió en una serie estroboscópica de instantáneas inmóviles, y adquirió una animación brusca, trocándose luego en la hiperactividad de una película muda. Finalmente, todo fue borroso.

Numerosos puntos de luz resplandecían a nuestro paso, como si fueran meteoritos o cometas. Sentí una extraña palpitación, una especie de pulso cósmico. Todo comenzó a girar a mi alrededor, como si me encontrara atrapado en un remolino.

Algo iba mal. Estaba perdiendo el control. ¿Acaso los efectos producidos por el acto de Papá ya habían llegado a la zona de Sombra por la que yo pasaba? No parecía muy factible. Sin embargo…

Star tropezó. Me aferré con fuerza a él cuando caímos, ya que no deseaba que nos separáramos en la Sombra. Me golpeé el hombro contra una superficie dura y quedé tumbado por un momento, atontado.

Cuando el mundo surgió de nuevo a mi alrededor, me senté y eché un vistazo.

En la atmósfera prevalecía un crepúsculo uniforme, pero no había estrellas. En su lugar, grandes rocas de diferentes tamaños y formas vagaban a la deriva en el aire. Me puse de pie, observando el paisaje.

Era posible, por lo que pude distinguir, que la irregular superficie rocosa en la que me encontraba fuera también una roca del tamaño de una montaña vagando con las otras. Star se incorporó y quedó temblando a mi lado. Un silencio absoluto nos contenía. El aire quieto era frío. No había ningún ser vivo a la vista. No me gustó el lugar. Nunca me hubiera detenido aquí por propia voluntad. Me arrodillé para inspeccionar las rodillas de Star. Quería marcharme tan pronto como fuera posible, preferentemente con mi caballo.

Mientras revisaba a Star, escuché una suave y contenida risa que podía provenir de una garganta humana.

Me detuve, apoyando la mano sobre la empuñadura de Grayswandir, y busqué con los ojos la fuente de aquel sonido.

Nada. En ningún lugar.

Pero la había oído. Lentamente, me volví, mirando en todas direcciones. No...

Entonces sonó otra vez. Y me di cuenta de que venía de arriba.

Escudriñé las rocas flotantes. Era difícil penetrar en las sombras que las bañaban...

¡Allí!

A diez metros por encima del suelo, y a unos treinta a mi izquierda, se veía lo que parecía una forma humana erguida sobre una pequeña isla en el cielo... me observaba. La contemplé. Fuera lo que fuere, se encontraba demasiado lejos para representar una amenaza. Estaba seguro de que podría desaparecer antes de que me alcanzara. Me acerqué a Star.

-No te servirá de nada, Corwin -gritó la voz que menos deseaba oír en ese momento-. Estás atrapado en este lugar. No existe manera de que te marches sin mi consentimiento.

Sonreí mientras montaba, luego extraje a Grayswandir.

-Averigüémoslo -dije-. Ven a cerrarme el paso.

-Muy bien -replicó, y surgieron llamas de la roca desnuda que me rodearon, rozándome, silenciosas.

Star se encabritó. Enfundé rápidamente a Grayswandir y cubrí sus ojos con mi capa, a la vez que le susurraba palabras tranquilizadoras.

En ese momento, el círculo de fuego se agrandó, y las llamas retrocedieron hacia los bordes de la enorme roca en la que estábamos.

-¿Convencido? -me llegó la voz-. Ese lugar es demasiado pequeño. Cabalga en cualquier dirección. Tu caballo se asustará de nuevo antes de que puedas manipular la Sombra.

-Adiós, Brand -dije, y emprendí la marcha.

Cabalgué, en sentido contrario a las agujas del reloj, alrededor de la superficie rocosa, cubriendo el ojo derecho de Star de las llamas periféricas. Escuché que Brand se reía entre dientes otra vez, aún no se había dado cuenta de lo que yo estaba haciendo.

Dos rocas enormes... Bien. Seguí cabalgando, creando el camino... Ahora un irregular seto de piedras a mi izquierda, una subida, una bajada... Los fuegos proyectan una confusión de sombras que atraviesan mi camino...

Allí. Bajo... Subo. Un toque de color verde en aquel trozo de luz... Sentí que el cambio comenzaba.

El hecho de que a nosotros nos resulte más fácil seguir una dirección recta, no significa que ésta sea el único camino. Lo que ocurre es que lo hacemos de esa manera tan a menudo, que tendemos a olvidar que también podemos manipular la Sombra dando vueltas en círculo...

Sentí el cambio con más fuerza cuando me aproximé de nuevo a las dos Brandes rocas. Brand también se dio cuenta entonces.

-¡Detente, Corwin!

Le hice un gesto con el dedo y pasé en medio de las rocas, dirigiéndome hacia un cañón estrecho salpicado por puntos amarillos de luz. Tal como yo quería.

Quité mi capa de la cabeza de Star y sacudí las riendas. El cañón viraba abruptamente a la derecha. Lo seguimos, desembocando en una avenida mejor iluminada que se ensanchó a medida que avanzábamos.

... Bajo un saliente de piedra, el cielo lechoso se tornó de color perla al otro lado.

Más profundo, más rápido, más lejos... Un precipicio desigual coronaba la parte superior de la pendiente a mi izquierda, con focos de color verde que indicaban los arbustos bajo el cielo salpicado de rosa.

Cabalgué hasta que la vegetación se volvió azul bajo un cielo amarillo, hasta que el cañón se unió con una llanura de color lavanda donde rocas anaranjadas rodaban a medida que el terreno temblaba debajo nuestro al ritmo de nuestros cascos. Crucé aquel lugar de zigzagueantes cometas, y llegué hasta la orilla de un mar de color rojo sangre en un sitio de profundos aromas. Un gran sol verde y uno pequeño de color bronce pasaron por encima mío mientras recorría aquella playa, iluminando el choque de armadas esqueléticas entre serpientes de las profundidades que nadaban alrededor de los barcos de velas anaranjadas y azules. La Joya palpitaba sobre mi pecho y yo extraje fuerzas de ella. Un viento salvaje sopló y nos condujo a través de un cielo de nubes de tonos cobrizos por encima de un abismo aullante que parecía interminable, donde la negrura, salpicada por breves resplandores, reinaba en su interior, del cual subían densas estelas de humo...

A mi espalda, el sonido del trueno, eterno... Delante nuestro, finas líneas, como las arrugas de un cuadro antiguo, avanzando por todos lados... Frío, un viento de intensa fragancia nos persigue...

Líneas... Las grietas se ensanchan, y la oscuridad corre a llenar los espacios... Vetas negras pasan a nuestro lado, encima, debajo, enroscándose sobre sí mismas... El tejido de una red, los esfuerzos de una araña gigante, invisible, que atraparán al mundo...

Hacia abajo, abajo, abajo... Otra vez aparece el suelo, arrugado y correoso como el cuello de una momia... Silencioso, nuestro palpitante pasaje... El trueno es más suave, el viento amaina... ¿El último aliento de Papá? Cobro velocidad y me alejo...

Las líneas se hacen más finas, como las de un aguafuerte, y entonces se desvanecen bajo el calor de los tres soles... Y aún más rápido...

Un jinete, que se aproxima... Su mano salta a la empuñadura de su espada al mismo tiempo que la mía... Yo. ¿Soy yo mismo que regreso? Nuestros saludos son simultáneos... A través del otro, de alguna manera, el aire es como una capa de agua en ese instante seco...Qué efecto especular de Carroll, de Rabma, de Tir-na Nog'th... Pero lejos, lejos a mi izquierda, una cosa negra se retuerce... Entramos en el camino... Me conduce...

A un cielo blanco, a un suelo blanco donde no hay horizonte... En el paisaje no existen ni el sol ni las nubes... Sólo ese hilo negro, en la distancia, y las resplandecientes pirámides que nos rodean, masivas, desconcertantes...

Nos cansamos. No me gusta este lugar... Pero ya hemos dejado atrás cualquier proceso que buscara. Tiro de las riendas.

Estaba agotado, pero sentía una extraña vitalidad dentro de mí. Parecía como si surgiera del interior de mi pecho... La Joya. Por supuesto. Me esforcé de nuevo en sacar fuerzas de este poder. Lo sentí fluir por mis miembros, apenas deteniéndose en las extremidades. Era como si...

Sí. Proyecté mi mente e impuse mi voluntad sobre mi entorno vago y geométrico. Comenzó a alterarse.

Se produjo un movimiento. Las pirámides se arrastraron, oscureciéndose. El mundo se volvió del revés,

y yo quedé como si estuviera en la parte inferior de una nube, mientras contemplaba el paso de los paisajes debajo/arriba.

La luz se deslizó más allá de donde me encontraba, surgió de un dorado sol bajo mis pies. También éste pasó de largo, y el terreno lanudo se oscureció, asperjando agua para erosionar la tierra con su movimiento. Los rayos golpearon al mundo encima mío, para despedazarlo. En algunos lugares se resquebrajó y sus trozos cayeron a mi alrededor.

Formaron un remolino cuando una ola de oscuridad lo cubrió todo.

Nuevamente regresó la luz, esta vez azulada, aunque no tenía ningún punto de referencia y no iluminaba ninguna tierra.

... Puentes dorados cruzan el vacío como grandes serpentinas, uno de ellos brilla debajo nuestro incluso ahora. Seguimos su curso, permanecemos inmóviles como estatuas todo el tiempo... Esto continúa casi durante eras. Un fenómeno similar a la hipnosis de carretera invade mis ojos, atontándome peligrosamente.

Hago lo que puedo para acelerar nuestro trayecto. Transcurre otra era.

Finalmente, y a lo lejos, veo un punto oscuro y nebuloso, es nuestro destino, que crece muy lentamente a pesar de nuestra velocidad.

Cuando lo alcanzamos, resulta gigantesco... es una isla en el vacío, toda poblada por dorados y metálicos árboles.

Detengo el poder que nos trajo hasta aquí y nos movemos bajo nuestra propia fuerza... entramos en ese bosque. Cuando atravesamos aquellos árboles, la hierba, como láminas de aluminio, cruje bajo nuestras pisadas. Extrañas frutas, pálidas y brillantes, cuelgan a mi alrededor. No escucho ningún sonido que indique vida. Internándonos en el bosque, llegamos hasta un pequeño claro a través del cual fluye una corriente como el mercurio. Allí, desmonto.

-Hermano Corwin -aparece nuevamente esa voz-. Te he estado esperando.

IV

Miré hacia al bosque, y le vi salir de allí. No desenfundé mi espada, ya que él tampoco había extraído la suya; sin embargo, enlacé mi mente con la Joya. Después de lo que acababa de realizar, sabía que podía controlar mucho más que el clima con ella. Desconocía los poderes de Brand, pero disponía de un arma con la que podía confrontarlos directamente. La Joya palpitó más profundamente cuando contacté con ella.

-Una tregua -dijo Brand-. ¿De acuerdo? ¿Podemos hablar?

-No veo que tengamos nada más que decirnos -le contesté.

-Si no me das una oportunidad, nunca lo sabrás.

Se detuvo a unos siete metros de distancia, se echó su capa verde por encima del hombro izquierdo y sonrió.

-Muy bien. Habla -concedí.

-Intenté detenerte antes -comentó-, quería la Joya. Es obvio que has descubierto la capacidad que tiene, su importancia.

No dije nada.

-Papá ya la ha usado -continuó-, y lamento informarte que ha fracasado en su intento.

-¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

-Puedo ver a través de la Sombra, Corwin. Pensé que nuestra hermana te había puesto al tanto de mis poderes. Con un pequeño esfuerzo mental, percibo cualquier cosa que elija. Naturalmente, me interesaba el resultado de su empresa. Así que lo observé. Está muerto, Corwin. El esfuerzo fue demasiado para él. Perdió el control de las fuerzas que manipulaba y fue destruido por ellas a mitad de camino del Patrón.

-¡Mientes! -exclamé, tocando la Joya.

Sacudió la cabeza.

-Admito que soy capaz de mentir para conseguir mis fines, pero esta vez te estoy diciendo la verdad. Papá está muerto. Le vi caer. Fue cuando el pájaro te trajo la Joya, tal como él se lo ordenó. Nos encontramos ahora en un universo que no tiene Patrón.

No quería creerle. Pero era posible que Papá hubiera fracasado.

El único experto en ese tema, Dworkin, me había asegurado lo difícil que era tal tarea.

-Suponiendo, de momento, que lo que has dicho sea verdad, ¿qué ocurrirá ahora? -le pregunté.

-Todo se desmoronará -replicó-. Ya en este momento, el Caos se agranda para llenar el vacío que existe en Ámbar. Ha surgido un gran

vórtice, y está creciendo. Se extiende hacia el exterior, destruyendo los mundos de sombra, y no se detendrá hasta fusionarse con las Cortes del Caos, cuando cierre el círculo de la creación, momento en el que el Caos quedará como soberano absoluto una vez más.

Me sentí mareado. ¿Acaso había luchado desde Greenwood, recorriendo ese largo camino hasta llegar aquí, para que todo acabara de esta manera? ¿Perdería todo su significado, su forma, contenido, vida, cuando parecía que los eventos habían llegado a una especie de conclusión?

-¡No! -exclamé de nuevo-. No puede ser.

-A menos que... -observó Brand en voz baja.

-¿A menos qué?

-... Se trace un nuevo Patrón, creando un orden nuevo que preserve la forma.

-¿Quieres decir volver hasta el Patrón original y acabar el trabajo? Acabas de asegurar que el lugar ya no existe.

-No. Por supuesto que no. El sitio poco importa. Donde exista un Patrón, habrá un centro. Puedo hacerlo aquí mismo.

-¿Y crees que tendrás éxito donde Papá falló?

-Tengo que intentarlo. Soy el único que cuenta con el suficiente conocimiento y que tiene el tiempo necesario para forjarlo antes de que las ondas del Caos lleguen. Escucha, reconozco la verdad de todo lo que Piona sin duda te ha dicho de mí. He hecho planes y he actuado de acuerdo con ellos. He mantenido contactos con los enemigos de Ámbar. He derramado nuestra sangre. Intenté borrar tu memoria. Pero el mundo, tal como nosotros lo conocemos, está siendo destruido en este mismo instante, y yo también vivo aquí. Todos mis planes -¡todos!- quedarán en la nada si no se preserva alguna medida de orden. Me cuesta admitirlo, pero sé que esa posibilidad existe. Sin embargo, aún no es demasiado tarde para frustrar sus intenciones. Podemos construir el nuevo bastión del orden aquí mismo.

-¿Cómo?

-Necesito la Joya... y tu ayuda. Este será el emplazamiento de la nueva Ámbar.

-Siempre que yo te la dé. ¿Será el nuevo Patrón exactamente igual que el viejo?

Sacudió la cabeza.

-Es imposible, de la misma manera que el que Papá intentaba crear tampoco habría sido como el de Dworkin. No existen dos autores que plasmen la misma historia con el mismo estilo. No puedes evitar las diferencias estilísticas individuales. No importa cuánto me esfuerce en duplicarlo, mi versión será ligeramente diferente.

-¿Cómo podrás realizarlo -pregunté- si ni siquiera estás totalmente sintonizado con la Joya? Te haría falta un Patrón para completar ese proceso... y, corno has dicho, el Patrón ha sido destruido. ¿Qué queda?

Entonces él declaró:

-Dije que necesitaría tu ayuda. Existe otro modo de que una persona sintonice con la Joya; y requiere la asistencia de alguien que ya esté sintonizado con ella. Una vez más, tendrás que proyectarte a ti mismo a través de la Joya, para llevarme contigo... al interior del Patrón original, que me ayudarás a atravesar.

-¿Y luego?

-Cuando esa barrera haya sido superada, yo estaré sintonizado con la Joya, momento en el que me la entregarás para que yo trace un nuevo Patrón... y todo volverá a funcionar. El proceso de destrucción se detendrá. Y la vida proseguirá su curso normal.

-¿Y qué pasará con el Caos?

-El nuevo Patrón no tendrá ni una mácula. Ya no dispondrán del camino que les dio acceso a Ámbar.

-Como Papá está muerto, ¿quién gobernará la nueva Ámbar?

Sonrió torvamente.

-Debo tener una compensación por mis esfuerzos, ¿no es verdad? Arriesgaré mi vida con esta empresa, y las posibilidades de éxito no son tan buenas.

Le devolví la sonrisa.

-Considerando la recompensa, ¿qué me impedirá que sea yo quien se arriesgue? -le pregunté.

-Lo mismo que evitó que Papá triunfara... todas las fuerzas del Caos. Cuando se realiza un acto de esta envergadura, ellos se reúnen por una especie de reflejo cósmico. Yo he tenido bastante más experiencia con ellos que tú. Tú no tendrías ni una sola oportunidad. Quizá yo sí.

-Ahora imaginemos que me estás mintiendo, Brand. O, para ser más considerados, supongamos que no has podido ver claramente a través de esta confusión. ¿Y si Papá tuvo éxito? ¿Y si ya existe en este momento un nuevo Patrón? ¿Qué ocurrirá si creas otro, aquí y ahora?

-Yo... Nunca se ha hecho antes. ¿Cómo lo voy a saber?

- Me pregunto qué ocurriría -musité - . ¿Conseguirías aún tu propia versión de la realidad? ¿Representaría la creación de un nuevo universo -Ámbar y Sombra- sólo para ti? ¿Negaría el nuestro? ¿O, simplemente, permanecería aparte? ¿Habría alguna interacción? ¿Qué crees tú que sucedería?

Se encogió de hombros.

-Ya te he contestado. Nunca se ha hecho antes. ¿Cómo lo voy a saber?

-Ah, pero pienso que sí lo sabes, o que al menos podrías emitir una hipótesis bastante aproximada a la realidad. Y creo que ese es tu plan, que eso es lo que quieres intentar... ya que es lo único que te queda. Tomo esta acción por tu parte como una confirmación de que Papá tuvo éxito y que este es tu último as oculto. Pero, para ponerlo en práctica, me necesitas a mí y a la Joya. Y no tendrás a ninguno.

Suspiró.

-Esperaba más de ti. Pero... está bien. Estás equivocado, pero dejémoslo ahí. Mas escúchame. Antes que perderlo todo, dividiré el reino contigo.

-Brand -le dije-, lárgate. No tendrás la Joya, ni tampoco mi ayuda. Escuché lo que tenías que decirme, y creo que mientes.

-Tienes miedo -observó-. Me tienes miedo. No te culpo por no confiar en mí, pero cometes un error. En este momento me necesitas.

-No importa, ya he tomado mi decisión.

Dio un paso en mi dirección. Luego otro...

-Tendrás lo que quieras, Corwin. Puedo darte lo que pidas.

-Yo estaba con Benedict en Tir-na Nog'th -le dije-, mirando a través de sus ojos, escuchando con sus oídos, cuando le hiciste la misma oferta. Guárdatela, Brand. Continuaré con mi misión. Si crees que me puedes detener, este es un buen momento para comprobarlo.

Caminé hacia él. Supe que lo mataría si ponía mis manos en él. También supe que no llegaría a tocarlo.

Se detuvo y dio un paso hacia atrás.

-Cometes un gran error -comentó.

-No lo creo. Pienso que hago lo correcto.

-No lucharé contigo -dijo rápidamente-. No aquí, sobre el abismo. Pero has tenido tu oportunidad. La próxima vez que nos encontremos, me veré obligado a quitarte la Joya.

-¿De qué te servirá si no estás sintonizado con ella?

-Existe una posibilidad de que lo consiga... más difícil, pero realizable. Recuerda, tuviste tu oportunidad. Adiós.

Retrocedió, metiéndose en el bosque. Lo seguí, pero había desaparecido.

Dejé aquel lugar y seguí mi camino por un sendero que flotaba sobre la nada. No me gustaba considerar la posibilidad de que Brand estuviera diciendo la verdad, o al menos parte de ella. Pero lo que me dijo me atormentaba. ¿Y si Papá realmente hubiera fracasado? En ese caso, mi misión no tenía ningún sentido y todo había acabado, y sólo era una cuestión de tiempo que la destrucción me alcanzara. No quería mirar hacia atrás, ni siquiera para prevenir que algo se estuviera acercando. Me lancé a una cabalgada infernal, aunque controlada en la

medida de lo posible. Deseaba reunirme con mis hermanos antes de que las ondas del Caos llegaran tan lejos... sólo para que vieran que mantuve la fe, para que supieran que hasta el fin lo intenté con todas mis fuerzas. Entonces me pregunté cómo iría la batalla. ¿O aún no había comenzado, teniendo en cuenta el marco temporal?

Continué a lo largo del puente, que se había ensanchado bajo un cielo cada vez más claro. Cuando cobró la forma de una planicie dorada, pensé en la amenaza de Brand. ¿Me amenazó simplemente para que yo dudara, incrementando así mi incomodidad y entorpeciendo mi eficiencia? Posiblemente. Pero, si necesitaba la Joya, me tendería una emboscada. Y yo sentía respeto por ese poder que había adquirido sobre la Sombra. Parecía imposible que pudiera prepararme contra un ataque de alguien que vigilaba cada movimiento mío y que podía transportarse instantáneamente a cualquier punto donde tuviera ventaja. ¿Me atacaría pronto? Pensé que no. Estaba seguro de que primero querría ponerme nervioso... además, ya me encontraba bastante cansado. Tarde o temprano tendría que detenerme para descansar. Era imposible que recorriera esa enorme distancia de una vez, sin importar el ritmo que imprimiera a la cabalgada.

Nieblas de color rosa y verde aparecieron a mi lado y giraron a mi alrededor, llenando el mundo. El suelo debajo nuestro tenía una cualidad metálica. Ocasionalmente, escuchaba encima mío notas musicales. Mis pensamientos eran confusos. Recuerdos de muchos mundos aparecieron y se fueron de manera desordenada. Canelón, mi amigo-enemigo, mi padre, enemigo-amigo, se fundía y se separaba, se separaba y se fundía. En algún lugar, uno de ellos me preguntó quién tenía derecho al trono. Pensé que se trataba de Canelón, que quería conocer nuestras justificaciones. Ahora sé que fue Papá, que quería saber cuáles eran mis sentimientos. El había analizado la situación... y tomó una decisión al respecto. Yo no quise saber nada. Si se debió a un desarrollo detenido, o al deseo de permanecer libre de tal carga, o a una repentina iluminación, que creció lentamente en mi interior, basada en todo lo que había experimentado en años recientes y que me proporcionó una visión más madura del papel oneroso de monarca, más allá de sus momentos de gloria, no lo sé. Recordé mi vida en la Tierra de sombra, cuando tuve que cumplir órdenes y también darlas. Los rostros nadaron ante mí -gente que conocí a lo largo de los siglos-, amigos, enemigos, esposas, amantes, parientes. Lorraine pareció indicarme con señas que continuara, Moire se reía, Deirdre lloraba. De nuevo luché con Eric. Recordé mi primera ordalía con el Patrón, cuando era niño, y aquella posterior, cuando, paso a paso, me fue devuelta la memoria. Los asesinatos, robos, canalladas, seducciones, retornaron porque, como dijo Mallory, estaban ahí. Ni siquiera fui capaz de situarlos correctamente en términos temporales. No sentí mucha ansiedad ya que no sentía mucha culpa. El tiempo, una y otra vez en su transcurrir, había suavizado las aristas de los acontecimientos más duros, había producido cambios en mí. Vi a mis otros «yo» anteriores como si fueran personas diferentes, conocidos que había dejado de ver. Me

pregunté cómo alguna vez pude ser uno de ellos. A medida que avanzaba, escenas de mi pasado parecieron solidificarse en las nieblas que me rodeaban. Y no es una licencia poética. Las batallas en las que tomé parte asumieron una forma tangible, excepto por la carencia total de sonido... el fogonazo de las armas, los colores de los uniformes, los estandartes y la sangre. Y la gente -durante mucho tiempo muerta- salió de mi memoria y adquirió una animación silenciosa a mi alrededor. Ninguna de esas personas pertenecía a mi familia, pero todos eran seres que en algún momento significaron algo para mí. Sin embargo, no había ningún esquema especial en los recuerdos. Las obras nobles se mezclaban con las vergonzosas; los enemigos con los amigos... y ninguna de las personas implicadas notaba mi presencia; todos estaban atrapados en alguna secuencia de acción de un pasado muy remoto. Entonces, pensé en la naturaleza del lugar por el que cabalgaba. ¿Acaso era una versión sumergida de Tir-na Nog'th, que, poseyendo alguna substancia activadora de la mente, rememoraba mis recuerdos, proyectándolos en mi entorno como un panorama que me señalara: «Esta Es Tu Vida»? ¿O, simplemente, estaba alucinando? Me encontraba cansado, ansioso, preocupado y agotado psíquicamente, y avanzaba por un camino que proporcionaba a mis sentidos una estimulación suave y monótona, de esa que te impulsa a la introspección… De hecho, me di cuenta de que en algún momento, más atrás, había perdido el control sobre la Sombra y me encontraba marchando de una manera lineal por el paisaje, atrapado en una especie de narcisismo exteriorizado por el espectáculo... Entonces me percaté de que tenía que detenerme a descansar -incluso dormir un poco-, aunque temía hacerlo en este lugar. Debía salir de ahí y dirigirme a un punto más tranquilo y desierto...

Luché con mi entorno. Retorcí algunas sombras. Me liberé.

Pronto me encontré cabalgando por una zona montañosa y agreste; y, un poco más tarde, llegué hasta la cueva que deseaba.

Entramos y atendí a Star. Bebí y comí justo lo suficiente para mitigar el hambre. No encendí ningún fuego. Me envolví en mi capa y en una manta que había traído conmigo. Tenía a Grayswandir en mi mano derecha. Me tumbé de cara a la oscuridad que había más allá de la entrada de la cueva.

Me sentía un poco enfermo. Sabía que Brand era un mentiroso, pero sus palabras igualmente me perturbaban.

Sin embargo, nunca tuve problemas con el sueño. Cerré los ojos y desaparecí.

V

Me despertó la sensación de una presencia. O tal vez fuera un ruido unido a esa presencia. Fuera lo que fuere, desperté con la certeza de que no estaba solo. Apreté con fuerza la empuñadura de Grayswandir y abrí los ojos. Por lo demás, me quedé inmóvil.

Una luz suave, como proyectada por la luna, entraba por la boca de la cueva. Había una figura, posiblemente humana, de pie justo en la entrada. La iluminación no me permitía distinguir si me miraba a mí o al exterior. Entonces dio un paso en mi dirección. En un segundo estuve de pie, apuntándole con la espada al pecho. Se detuvo.

-Paz -pronunció la voz de un hombre en Thari-. Sólo busco refugio de la tormenta. ¿Puedo compartir tu cueva?

-¿Qué tormenta? -pregunté.

A modo de respuesta, se escuchó el rugido de un trueno, seguido por una ráfaga de viento que transportó la fragancia de la lluvia.

-De acuerdo, hasta ahí es verdad -dije-. Ponte cómodo.

Se sentó, con la espalda contra la pared de la derecha de la cueva. Doblé la manta en forma de almohadón, y me senté enfrente suyo. Nos separaban unos cuatro metros. Busqué mi pipa y la llené, e intenté encenderla con una cerilla que llevaba conmigo desde la Tierra de sombra. Ardió, ahorrándome varias molestias. El aroma del tabaco, mezclado con la húmeda brisa, era agradable. Escuché los sonidos de la lluvia y contemplé la oscura silueta de mi compañero sin nombre. Pensé en los posibles peligros, pero no había sido la voz de Brand la que me habló.

-Esta no es una tormenta natural -comentó el otro.

-¿Oh? ¿Y eso?

-Primero, porque viene del norte. En esta época del año, nunca vienen del norte.

-Es así como se establecen los récords.

-Segundo, nunca vi que una tormenta se comportara de esta manera. La he visto avanzar todo el día... una línea continua, moviéndose lentamente, su frente como una lámina de cristal. Lanza tantos relámpagos que parece un insecto monstruoso con cientos de patas brillantes. Demasiado antinatural. Y, a su paso, todo se distorsionaba.

-Eso ocurre con la lluvia.

-No de esa manera. Todo parece cambiar de forma. Como si fluyera. Como si estuviera derritiendo al mundo... o aplastando su contenido.

Tuve un escalofrío. Había pensado que estaba lo suficientemente adelantado a las ondas oscuras que me podía permitir un descanso. Aunque quizá él estuviera equivocado, y sólo se tratara de una tormenta

inusual. Pero no quería arriesgarme. Me puse de pie y me volví al fondo de la cueva. Silbé.

No obtuve respuesta. Avancé y tanteé en la oscuridad.

-¿Ocurre algo?

-Mi caballo no está.

-Tal vez salió de la cueva.

-Seguramente. Pero suponía que Star tendría más sentido común.

Me acerqué a la entrada, pero no vi nada. En un sólo instante quedé medio empapado. Volví a mi anterior posición al lado de la pared izquierda de la cueva.

-A mí me parece una tormenta corriente -comenté-. A veces son muy intensas en las montañas.

-¿Acaso conoces esta tierra mejor que yo?

-No, estoy de paso..., y será mejor que pronto continúe mi viaje.

Toqué la Joya. Lancé mi mente a su interior y la recorrí toda. Sentí la tormenta a mi alrededor y, frente a las rojas pulsaciones que correspondían al latir de mi corazón, le ordené que se alejara. Entonces me recliné contra la roca, encontré otra cerilla y encendí de nuevo mi pipa. Las fuerzas que acababa de manipular tardarían un rato en apartar un frente tormentoso de ese tamaño.

-No durará mucho -observé.

-¿Cómo lo sabes?

-Información privilegiada.

Se rió entre dientes.

-De acuerdo con algunas versiones, esta es la forma en que el mundo llega a su fin... según dicen, el comienzo es un frente tormentoso que surge del norte.

-Es cierto -dije-, y ésta es la tormenta. Sin embargo, no hay que preocuparse. Acabará, de una u otra manera, muy pronto.

-Esa piedra que cuelga de tu pecho... emite luz.

-Sí.

-Bromeabas cuando comentaste que este era el fin, ¿verdad?

-No.

-Haces que recuerde aquel párrafo del Libro Sagrado: El Arcángel Corwin pasará ante la tormenta, y surgirán relámpagos de su pecho... ¿Por casualidad no te llamarás Corwin?

-¿Cómo sigue?

-«... Cuando se le pregunte a dónde se encamina, contestará, "Hasta el confín de la Tierra", dirigiéndose allí sin saber qué enemigo le ayudará contra otro enemigo, ni en quién se posará el Cuerno.»

-¿Eso es todo?

-Todo lo referente al Arcángel Corwin.

-En el pasado ya me encontré con este problema de las Escrituras. Te dicen lo suficiente para que te interese, pero nunca lo suficiente como para que te sirva en ese momento. Es como si el autor sintiera placer atormentándote. ¿Un enemigo contra otro? ¿El Cuerno? No tengo ni idea de lo que significa.

-¿Hacia dónde viajas?

-No muy lejos, a menos que encuentre a mi caballo.

Volví a la entrada de la cueva. La lluvia amainaba, y la noche emitía un resplandor como si una luna se escondiera detrás de las nubes hacia el oeste y otra hacia el este. Miré a ambos lados del camino y por la pendiente que bajaba al valle. No había ningún caballo a la vista. Regresé al interior. Justo cuando lo hacía, escuché el relincho de Star, que provenía desde una gran distancia en las profundidades.

Entonces le dije al extraño en la cueva:

-Debo irme. Puedes quedarte con la manta.

No sé si replicó algo, ya que en ese momento me metí bajo la llovizna, bajando a tientas por la pendiente. Otra vez impuse mi voluntad a través de la Joya, y la fina lluvia desapareció, y su lugar lo ocupó la niebla.

Las rocas estaban resbaladizas, pero recorrí la mitad del camino sin tropiezos. Entonces me detuve, respiré profundamente y observé mi entorno. Desde donde me encontraba, no podía asegurar la dirección exacta por la que vino el relincho de Star. La luz de la luna brillaba con un poco más de fuerza, y la visibilidad era mejor, pero no distinguí nada cuando inspeccioné el paisaje que se extendía ante mí. Escuché durante varios minutos.

De nuevo oí a Star... el sonido venía de abajo, a la izquierda, de un promontorio o saliente rocoso. Parecía haber cierto movimiento en las sombras de su base. Bajé todo lo rápido que me atreví.

Cuando llegué a terreno llano y me apresuré en la dirección del ruido, pasé por entre varios retazos de niebla que había a ras del suelo y que se movieron ligeramente por una brisa que provenía del oeste, enroscándose alrededor de mis tobillos como si fueran serpientes plateadas. Escuché una especie de crujido, como algo pesado que fuera empujado o rodara por una superficie rocosa. En ese momento, capté un destello de luz, en la parte inferior de la oscura masa a la que me aproximaba.

Acercándome, vi pequeñas formas con aspecto de hombres perfiladas en un rectángulo de luz, enfrascadas en mover un gran

bloque de piedra. Débiles ecos de cascos contra la roca y otro relincho surgieron de esa dirección. Entonces, la piedra se movió, oscilando como la puerta de que seguramente se trataba. La zona iluminada se encogió hasta convertirse en una pequeña franja y desapareció con una gran estruendo una vez que todas las activas figuras se metieron en su interior.

Cuando por fin llegué hasta esa masa rocosa, reinaba un silencio absoluto. Apoyé la oreja contra la piedra, mas no escuché nada. No me importaba quiénes fueran, pero se habían llevado mi caballo. Nunca me gustaron los ladrones de caballos, y en el pasado maté a unos cuantos. Y, en ese mismo momento, necesitaba a Star como nunca antes necesité a un caballo. Busqué con las manos, tratando de encontrar el borde de esa puerta de piedra.

Fue fácil trazar su contorno con la punta de los dedos. Probablemente, la encontré antes de lo que lo hubiera hecho a la luz del día, ya que con toda seguridad estaba planeada para fundirse con el entorno del promontorio, engañando fácilmente la vista. Una vez que descubrí dónde estaba, busqué una rendija de la que pudiera tirar. Me parecieron sus manipuladores seres pequeños, así que tanteé abajo.

Finalmente, descubrí el lugar idóneo. Tiré, pero se resistió. O ellos eran desproporcionadamente fuertes, o la puerta tenía un mecanismo oculto.

No importaba. Hay un tiempo para la sutileza y un tiempo para la fuerza bruta. Estaba enojado y tenía prisa, así que la decisión era clara.

Tiré de nuevo del bloque, tensando los músculos de los brazos, de mis hombros y de mi espalda, y deseé que Gérard estuviera cerca. La puerta crujió. Seguí tirando. Se movió un poco -unos dos centímetros- y se detuvo. Yo no me relajé, sino que aumenté el esfuerzo. Volvió a crujir.

Descansé un segundo mientras cambiaba el apoyo de mi peso y colocaba mi pie izquierdo contra la pared rocosa al lado del portal. Empujé con él a medida que retrocedía. Nuevamente crujió cuando se movió otros tres centímetros. Entonces se detuvo y no pude moverla.

La solté y me erguí, flexionando los brazos. Luego, apoyé mi hombro y empujé la puerta hasta que se cerró por completo. Tomé una bocanada de aire y la agarré otra vez.

Volví a colocar el pie izquierdo en el mismo lugar de antes. Esta vez nada de una presión gradual. Tiré con todas mis fuerzas.

Sonó un chasquido y un crujido desde dentro, y la puerta se abrió pesadamente unos quince centímetros. Parecía un poco más suelta, así que me incorporé e invertí mi posición -la espalda contra la pared-, hallando el suficiente espacio para empujar hacia afuera.

Esa vez la moví con más facilidad, pero no resistí la idea de colocar el pie contra su superficie, empujando de nuevo con toda mi fuerza. Se disparó los ciento ochenta grados y chocó contra la roca del otro lado con un ruido estrepitoso; se resquebrajó en varios sitios, se balanceó y cayó,

golpeando el suelo con tal fuerza que quedó temblando y despidiendo más fragmentos al hacerlo.

Antes de que golpeara el suelo Grayswandir ya estaba en mi mano; me acuclillé y espié desde el borde.

Luz... Estaba iluminado más allá... Por pequeñas lámparas que colgaban de ganchos en la pared... Al lado de la escalera... Descendía... A un lugar más iluminado donde se escuchaban algunos ruidos... Como música...

No se veía a nadie. Hubiera creído que el escándalo llamaría la atención de alguien, pero la música continuó sonando. O el ruido -de alguna manera- no les había llegado, o lo ignoraron por completo. No importaba...

Me erguí y atravesé el umbral. Mi pie golpeó un objeto metálico. Lo cogí y lo examiné. Un cerrojo doblado. Habían trabado la puerta desde dentro. Lo tiré por encima de mi hombro y me dirigí a la escalera.

La música -violines y gaitas- se hizo más audible a medida que bajaba. Vi que, donde surgía la luz, era una especie de sala cuyo inicio estaba al pie de la escalera. Eran escalones pequeños y había muchos. Me olvidé del sigilo y salté hasta el rellano.

Cuando me volví y miré hacia el pasillo, contemplé una escena salida del sueño de un irlandés borracho. En una sala llena de humo e iluminada por las antorchas, hordas de gente de un metro de estatura, vestidos de verde y con las caras rojas, bailaban al son de la música o entrechocaban lo que parecían ser jarras de cerveza mientras pateaban el suelo, dándose palmadas entre ellos, riéndose y gritando. Enormes barriles estaban alineados contra una pared, y varios de los juerguistas hacían cola ante uno que tenía una espita. Un fuego enorme ardía en un agujero en el suelo en la parte más alejada de la habitación, el humo se escapaba por una grieta en la pared de piedra, por encima de un par de entradas que conducían Dios sabe dónde. Star estaba atado a una anilla en la pared al lado del agujero, y un fornido hombrecito con un mandil de cuero afilaba unos instrumentos de aspecto sospechoso.

Varias caras se volvieron en mi dirección; se escucharon gritos y la música se detuvo repentinamente. El silencio fue casi completo.

Alcé a Grayswandir en la posición de *en garde*, y señalé en dirección a Star. Por ese entonces todas las caras me miraban.

-He venido por mi caballo -dije-. O me lo traéis vosotros o voy yo a buscarlo. Con la segunda opción correrá mucha más sangre.

Lejos, a mi derecha, uno de los hombres, más grande y gris que la mayoría de los otros, se aclaró la garganta.

-Disculpadme -comenzó-, ¿pero cómo entrasteis aquí?

-Te hará falta una puerta nueva -comenté-. Ve a comprobarlo, si quieres y si ello puede marcar alguna diferencia... y quizás lo haga. Esperaré.

Me hice a un lado y apoyé la espalda contra la pared.

El asintió.

-Eso haré.

Y salió a toda velocidad.

Sentí que la fuerza nacida de mi ira fluía en dos direcciones contradictorias desde la Joya. Una parte mía quería abrirse camino por la habitación cortando, cercenando y apuñalando, mientras que otra deseaba un arreglo más humano con aquella gente que era mucho más pequeña que yo; pero una tercera parte, tal vez la más sabia, sugirió que los hombrecitos quizá no fueran tan fáciles de vencer. Así que esperé hasta ver cómo reaccionaba su interlocutor ante mi proeza con la puerta.

Momentos más tarde, éste retornó, evitándome todo lo que pudo.

-Traedle al hombre su caballo -indicó.

Un murmullo repentino se extendió por la sala. Bajé la espada.

-Mis disculpas -dijo el que había dado la orden-. No queremos ningún problema con gente como vos. Cazaremos en otra parte. Espero que no nos guardéis rencor.

El hombre con el mandil de cuero había soltado a Star y se dirigía en mi dirección. Los juerguistas se apartaron para darle paso por la habitación.

Suspiré.

-No lo tendré en cuenta, perdonaré y olvidaré -observé.

El hombrecito cogió una jarra de una mesa cercana y me la pasó. Al ver mi expresión, él mismo bebió de ella.

-Unios con nosotros en un trago, ¿eh?

- ¿Por qué no? -acepté, bebiéndomela como él hiciera con la otra que había cogido.

Lanzó un suave eructo y sonrió.

-Es un trago pequeño para alguien de vuestro tamaño -comentó después-. Permitid que os traiga otra, para el viaje.

Era una cerveza agradable, y yo estaba sediento después del esfuerzo realizado.

-De acuerdo.

Pidió más en el momento en que Star me era entregado.

-Podéis atar las riendas a este gancho de aquí -me indicó uno que había al lado de la puerta-, y estará a salvo y no estorbará.

Asentí y las sujeté cuando el carnicero retrocedió. Nadie me miraba ya. Llegó el barril de cerveza y el hombrecito llenó nuestras jarras. Uno de los violinistas comenzó una nueva melodía. Momentos después, otro se le unió.

-Sentaos un rato -sugirió mi anfitrión, y empujó un banco en mi dirección con el pie-. Mantened la espalda contra la pared si queréis. No habrá ningún truco.

Lo hice, y él rodeó la mesa y se sentó enfrente mío, con el barril entre nosotros. Era agradable descansar unos minutos, olvidándome del viaje, y beber la cerveza negra mientras escuchaba una bonita melodía.

-No me disculparé otra vez -dijo mi acompañante-, ni tampoco daré ninguna explicación. Los dos sabemos que no hubo malentendido. Pero vos tenéis el derecho a vuestro lado, como claramente se ve -Sonrió e hizo un guiño-. No nos moriremos de hambre. Simplemente, no celebraremos un festín esta noche. Es una bonita joya la que lleváis. ¿Qué es?

-Simplemente una piedra -comenté.

La danza comenzó otra vez. Las voces se hicieron más altas. Acabé mi cerveza y él llenó de nuevo la jarra. El fuego ondulaba. El frío de la noche desapareció de mis huesos.

-Bonito sitio el que tenéis aquí -observé.

-Oh, sí que lo es. Es nuestro refugio desde tiempos inmemoriales. ¿Os gustaría que os lo mostrara?

-Gracias, pero no.

-No pensé que lo desearais, pero era mi deber de anfitrión ofrecéroslo. Si lo queréis, también seréis bienvenido si os unís a la danza.

Sacudí la cabeza y me reí. El pensamiento de dar vueltas en este lugar me trajo imágenes sacadas de Swift.

-Gracias de todos modos.

Sacó una pipa de arcilla y comenzó a llenarla. Yo

limpié la mía e hice lo mismo. Parecía como si todo el peligro hubiera quedado atrás. Mi anfitrión era un hombrecito bastante simpático, y los otros, mientras bailaban y daban patadas al suelo, ofrecían el aspecto de ser totalmente inofensivos.

Sin embargo... Había escuchado historias de otro lugar, muy, muy lejos de aquí... Te despertabas por la mañana, desnudo y tirado en algún campo, sin ningún rastro que indicara la presencia de este sitio... Lo recordé, pero...

Unos pocos tragos no serían peligrosos. Este calor me sentaba bien, y el sonido de las gaitas y los violines me relajaban después del esfuerzo mental de la cabalgada. Me recliné contra la silla y fumé. Contemplé a los bailarines.

El hombrecito hablaba y hablaba. Todos los demás me ignoraban. Bien. Me estaba contando un relato fantástico que hablaba de caballeros y guerras y tesoros. Aunque apenas le presté atención, me adormeció; incluso me reí un poco.

En mi interior, esa otra parte mía que es más desagradable y sabia, me advirtió: Basta, Corwin, ya te has quedado el tiempo suficiente. Es el momento de que te largues...

Mas, como por arte de magia, vi que mi jarra nuevamente estaba llena. La cogí y bebí un trago. Uno más... uno más no me hará nada.

No, dijo mi otro yo, ¿no ves que se está conjurando un hechizo a tu alrededor?

No creí que ningún enano me pudiera cansar bebiendo. Aunque me encontraba agotado, y apenas había comido. Tal vez sería prudente...

Me di cuenta de que cabeceaba. Puse la pipa sobre la mesa. Cada vez que parpadeaba, me costaba más trabajo abrir los ojos. Hacía un calor agradable, y mis cansados músculos tenían ese toque justo de insensibilidad.

Dos veces me desperté cuando iba a dejar caer la cabeza sobre mi pecho. Recordé mi misión, mi seguridad personal, a Star... Murmuré algo... aún estaba despierto detrás de los párpados cerrados. Sería tan agradable permanecer de esa manera medio minuto más...

La voz del hombrecito bajó de tono hasta que se convirtió en un zumbido monótono. No tenía importancia lo que decía...

Star relinchó.

Rápidamente, me erguí en la silla, con los ojos completamente abiertos, y el espectáculo que vi desterró el sopor de mi mente.

Los músicos seguían tocando, pero nadie bailaba ya. Todos los juerguistas avanzaban lentamente hacia mí. Cada uno tenía algo en la mano... una jarra, una porra, una espada. El del mandil de cuero blandía su enorme cuchillo de carnicero. Mi anfitrión había cogido un grueso palo que, cuando bebíamos, había estado apoyado contra la pared. Varios esgrimían diferentes trozos de muebles. Más enanos habían salido de las cuevas que había al lado del agujero donde crepitaba el fuego, y llevaban piedras y garrotes. Toda la alegría se había desvanecido, y sus caras permanecían inexpresivas... algunos sonreían con odio.

La ira que sentí al principio se apoderó otra vez de mí, pero no fue ese calor blanco que antes controlé. Mirando a la horda que se aproximaba, no sentí ningún deseo de contenerla. La prudencia mitigó mis sentimientos. Tenía una misión que cumplir. No debería arriesgar mi cuello en este lugar si podía salir de aquí de otra manera. Mas estaba seguro de que esta vez con las palabras no se arreglaría la situación.

Respiré profundamente. Vi que se aprestaban a lanzarse al ataque, y, súbitamente, recordé a Brand y a Benedict en Tir-na Nog'th; y Brand ni siquiera había estado totalmente sintonizado con la Joya. Una vez más extraje fuerzas de ella y me preparé para lanzar su poder a mi alrededor. Pero primero tenía que controlar sus sistemas nerviosos.

No sabía con certeza cómo lo consiguió Brand, así que sólo me proyecté a través de la Joya, de la misma manera que cuando manipulo

el clima. La música todavía sonaba, como si ese acto fuera una horrible continuación del baile de los enanos.

-Quedaos quietos -dije en voz alta, proyectando mi voluntad al mismo tiempo que me ponía de pie-. No os mováis. Convertios en estatuas. Todos.

Sentí una fuerte palpitación dentro/sobre mi pecho. Noté cómo las fuerzas rojas salían al exterior, de la misma forma que en las ocasiones que usé la Joya.

Mis diminutos asaltantes se quedaron congelados en las poses en que estaban. Los más próximos permanecieron quietos, pero todavía se escuchaban algunos movimientos entre los de la retaguardia. Entonces, las gaitas soltaron una nota muy aguda y los violines dejaron de sonar. Aún no sabía si los había inmovilizado yo o si simplemente se detuvieron porque me había incorporado.

En ese momento percibí las poderosas ondas de fuerza que fluían a través de mí hacia afuera y rodeaban a mis atacantes en una matriz que se cerraba en torno a ellos. Sentí que quedaban atrapados en esa expresión de mi voluntad; hice que las riendas de Star se soltaran.

Manteniéndolos con una concentración tan pura como la que utilizo cuando atravieso la Sombra, conduje a Star hasta la puerta. Luego, me volví y eché un último vistazo al inmovilizado grupo mientras empujaba a Star delante mío para que subiera las escaleras. Cuando lo seguí, escuché atentamente, pero no capté ningún sonido que me indicara que se había reanudado la actividad ahí abajo.

Cuando salimos de la cueva, el amanecer ya comenzaba a iluminar el este. De manera extraña, cuando monté, escuché el sonido de los violines. Momentos después, las gaitas se unieron a la melodía. Era como si no importara en lo más mínimo si fracasaban o tenían éxito sus planes de atacarme; la fiesta continuaría.

Cuando me dirigía al sur, una figura pequeña me hizo señas desde el portal por el que salí momentos antes. Era el hombrecito con el que estuve bebiendo, su jefe. Tiré de las riendas para captar mejor sus palabras.

-¿Y hacia dónde os encamináis? -gritó.

¿Por qué no?

-¡Hasta los confines de la Tierra! -grité yo en respuesta.

Comenzó a danzar sobre su despedazada puerta.

-¡Qué os vaya bien, Corwin! -me deseó.

Me despedí con la mano. ¿Y, sinceramente, por qué no? A veces es tremendamente difícil distinguir al danzante de la danza.

VI

No había cabalgado ni mil metros hacia el sur, cuando todo se detuvo… suelo, cielo, montañas. Me enfrenté a una lámina de luz blanca. Recordé al extraño de la cueva y sus palabras. Había tenido la impresión de que el mundo se borraba por la tormenta, de acuerdo con una leyenda apocalíptica de la región. Y tal vez fuera así. Quizá eran las ondas del Caos de las cuales habló Brand, que avanzaban hacia aquí, destruyendo y dislocando todo a su paso. Pero esta parte del valle estaba intacta. ¿Por qué se salvaría?

Yo había manipulado la tormenta. Utilicé la Joya, el poder del Patrón en su interior, para que ésta pasara de largo. ¿Y si se trataba de algo más que una tormenta normal? El Patrón ya había triunfado sobre el Caos antes. ¿Acaso este valle donde yo detuve la lluvia se había convertido en la única isla en un océano de Caos? Y, en ese caso, ¿cómo podría continuar?

Miré hacia el este, donde nacía el día. No había ningún sol nuevo en el cielo, sino una gran y cegadora corona bruñida, una resplandeciente espada que pendía de él. Desde algún lugar me llegó el canto de un pájaro, eran unas notas muy parecidas a una carcajada. Me incliné hacia adelante y me cubrí el rostro con las manos. Locura…

¡No! Había estado en sombras extrañas antes. Cuanto más lejos viajaras, más peculiares se volvían a veces. Hasta que… ¿Qué fue lo que pensé aquella noche en Tir-na Nog'th?

Me vinieron a la mente dos líneas de un cuento de Isak Dinesen, párrafos que me habían llegado de tal manera que los memoricé, a pesar de que en ese momento yo era Cari Corey: «…Poca gente puede decir que está libre de la creencia de que este mundo que ven a su alrededor no es la creación de su propia imaginación. ¿Entonces nos satisface, estamos orgullosos de él?» Es el resumen perfecto del pasatiempo filosófico favorito de la familia. ¿Creamos nosotros los mundos de Sombra? ¿O están allí, independientes de nosotros, esperando que entremos en ellos? ¿O acaso existe un término medio injustamente desplazado? ¿Es un asunto de más o menos en vez de uno de y dos? Repentinamente, surgió en mi interior una risa seca cuando me di cuenta de que tal vez nunca conocería la respuesta. Pero, tal cómo pensé aquella noche, hay un lugar donde el Yo acaba, un lugar donde el solipsismo deja de ser la respuesta plausible para los mundos que visitamos y las cosas que encontramos. La existencia de este lugar, de estas cosas, indican que, por lo menos, hay una diferencia. Y si ese era el lugar, quizás también se proyectara de regreso a través de nuestras sombras, suministrándoles dicha información y trasladando a nuestros egos de regreso a un escenario más pequeño. Tuve la sensación de que éste era uno de esos lugares, donde el «¿Entonces nos satisface, estamos orgullosos de él?», no tenía por qué aplicarse de la manera en que podía ser válido para el dividido valle de Garnath y mi imperante maldición en las cercanías de nuestro hogar. Sin

importar qué era lo que yo creía, sentí que estaba a punto de entrar en una tierra dominada completamente por el no-yo. Mis poderes sobre la Sombra tal vez quedaran anulados más allá de este punto.

Me erguí y entrecerré los ojos tratando de ver algo a través de ese resplandor. Le dije unas palabras tranquilizadoras a Star y sacudí las riendas.

Durante un momento, tuve la sensación de que entrábamos en la niebla, una niebla brillante y en la que no se escuchaba ningún sonido. Entonces, comenzamos a caer.

No sé si caíamos o nos movíamos a la deriva. Pasada la sorpresa inicial, era difícil distinguirlo. Al principio, pareció como si descendiéramos… tal vez debido a que Star se asustó, encabritándose. Pero, como no había nada contra lo que patear, transcurrido un rato se quedó quieto, a excepción de su respiración agitada y los temblores que recorrían su cuerpo.

Cogí las riendas con la mano derecha y la Joya con la izquierda. No sé qué proyecté o cómo llegué a su interior, exactamente no lo sabré nunca, pero lo que quería era un camino que me sacara de ese lugar de brillante vacío, donde pudiera reanudar una vez más mi viaje hasta el final.

Perdí el sentido del tiempo. La sensación de caída desapareció. ¿Nos movíamos o, simplemente, flotábamos? No estaba seguro. ¿Era ese resplandor realmente un resplandor? Y el silencio mortal... Sentí un escalofrío. Me embargaba una ausencia sensorial peor que en los días de mi ceguera, allí en mi vieja celda. No había nada... ni siquiera el sonido de un rata escurriéndose, ni el chirrido de la cuchara contra la puerta; ni humedad ni frío, tampoco texturas. Continué la búsqueda…

Un destello.

Parecía haberse producido una ruptura momentánea en el campo de la visión a mi derecha, casi subliminal por su brevedad. Proyecté mi mente y no sentí nada.

Había sido tan fugaz, que no pude asegurar que hubiera sido real. Bien pudo ser una alucinación.

En ese momento surgió otra vez, ahora a la izquierda. No logré determinar qué intervalo de tiempo transcurrió entre las dos.

Entonces escuché una especie de gruñido, sin localización fija. Este fenómeno también fue muy breve.

Lo siguiente que apareció -y tuve la certeza de que por primera vez- fue un paisaje gris y blanco como la superficie de la luna. Duró unos segundos, en una pequeña zona a la izquierda de mi alcance visual. Star bufó.

A mi derecha, cobró forma un bosque inclinado -gris y blanco-, como si nos cruzáramos en un ángulo imposible. Un pequeño fragmento que duró menos de dos segundos.

Luego surgieron fragmentos de un edificio en llamas debajo mío... incoloros...

Y, desde arriba, unos gemidos entrecortados...

Una montaña fantasmal, por cuya cara más cercana subía una procesión con antorchas por un sendero lleno de baches...

Una mujer que colgaba de la rama de un árbol, tensa la cuerda alrededor del cuello, con la cabeza doblada a un lado y las manos atadas a la espalda...

Montañas invertidas, blancas; negras nubes flotando debajo...

Click. Una ínfima percepción vibratoria, como si, momentáneamente, hubiéramos tocado un objeto sólido... Quizás los cascos de Star sobre la roca. Luego desapareció...

De nuevo la luz blanca, ondulante como una ola...

Click. Un destello.

Durante el tiempo de un sólo latido del corazón marchamos por un camino bajo un graneado cielo. En el momento en que desapareció, intenté capturarlo otra vez con la Joya.

Click. Un destello. Click. Un retumbar.

Un sendero pedregoso que atraviesa una alta montaña... El mundo es todavía monocromático... A mi espalda, el rayo...

Retuerzo el poder de la Joya cuando el mundo comienza a desaparecer. Nuevamente, regresa... Dos, tres, cuatro... Cuento el ruido de los cascos y los latidos del corazón contra el paisaje aullante... Siete, ocho, nueve... El mundo se hace más brillante. Respiro profundamente, exhalando ruidosamente. El aire es frío.

Entre el trueno y sus ecos, escuché el sonido de la lluvia. Pero no cayó sobre mí.

Miré hacia atrás.

A unos cien metros de distancia, se erigía una gran muralla de lluvia. Apenas pude distinguir el perfil de la montaña a través suyo. Presionando los flancos de Star con las rodillas, incrementé nuestra velocidad, hasta que llegamos a un trecho llano que conducía a un par de cimas similares a dos torres. El mundo delante nuestro aún era un estudio en negro, blanco y gris. Entramos en el paso.

Comencé a tiritar. Quise tirar de las riendas para descansar, comer, fumar y caminar un poco. Pero todavía me encontraba demasiado cerca de ese frente tormentoso como para permitírmelo.

Los cascos de Star produjeron ecos dentro del paso, donde las paredes rocosas se alzaban verticalmente a ambos lados bajo ese cielo con apariencia de piel de cebra. Esperaba que estas montañas partieran la tormenta, aunque algo me decía que no sería así. No era una tormenta normal, y tenía el desagradable presentimiento de que se extendería por

todo el camino hasta Ámbar, y que de no haber sido por la Joya, me habría quedado atrapado y perdido para siempre en ella.

Mientras contemplaba ese extraño cielo, una ventisca de pálidas flores cayó a mi alrededor, iluminando el camino. Un olor agradable inundó el aire. Los truenos a mi espalda se suavizaron. Las rocas de los costados aparecieron veteadas con franjas plateadas. El mundo fue poseído por una atmósfera crepuscular acorde con la iluminación, y cuando salí del paso, contemplé un valle de caprichosas perspectivas -era imposible medir las distancias -, salpicado de chapiteles y minaretes aparentemente naturales, que reflejaban la luz lunar de ese cielo estriado similar a una noche en Tir-na Nog'th, con árboles plateados y algunos estanques parecidos a grandes espejos diseminados por su superficie, tocado aquí y allí por una suave niebla, y atravesado por lo que parecía una extensión del sendero por el que yo cabalgaba, subiendo y bajando, cubierto por una cualidad elegiaca e iluminado por inexplicables puntos resplandecientes, vacío de toda señal de vida.

Sin dudarlo, descendí hacia allí. El terreno a mi alrededor era cretoso y de una palidez ósea... ¿acaso esa fina línea, lejos a mi izquierda, era una leve indicación de la presencia del camino negro? Apenas podía distinguirla.

Bajé despacio, ya que Star estaba agotado. Si la tormenta no cruzaba las montañas demasiado rápido, podríamos descansar un poco al lado de uno de esos estanques del valle. Yo también me encontraba cansado y hambriento.

Observé detenidamente el valle a medida que bajábamos, pero no vi ningún indicio de gente o vida animal. El viento era como un murmullo a mi alrededor. Blancas flores se mecían en las parras que había al lado del sendero. Cuando llegué al nivel más bajo, el follaje se hizo más denso. Miré hacia atrás, pero aún el frente tormentoso no había atravesado las montañas, aunque en las cimas las nubes seguían arracimándose.

Me interné en aquel extraño lugar. Las flores hacía rato que habían dejado de caer, mas un perfume delicado impregnaba el aire. Los únicos sonidos que se escuchaban eran los que producíamos nosotros y la brisa constante que venía de mi derecha. Por doquier se veían formaciones rocosas de peculiares formas y que, por su pureza de líneas, parecían esculpidas. La niebla aún flotaba en la atmósfera. La hierba pálida brillaba en la humedad reinante.

A medida que avanzaba por el sendero hacia el boscoso centro del valle, las perspectivas siguieron cambian do, alterando las distancias y distorsionando el paisaje. De hecho, giré a la izquierda y salí del camino para acercarme a lo que parecía un lago próximo, que dio la impresión de alejarse cuanto más avanzaba yo. Sin embargo, cuando finalmente llegué a su orilla, desmonté y hundí un dedo en su superficie para probar el agua, que era fría pero dulce.

Cansado, y después de beber, me tumbé en la hierba y contemplé a Star pastando mientras yo devoraba una comida fría que saqué de las

alforjas. La tormenta todavía pugnaba por atravesar las montañas. La observé un buen rato, preguntándome de dónde vendría. Si Papá había fracasado, aquellos eran los rugidos del Armagedón y todo este viaje era inútil. No me hizo ningún bien ese pensamiento, ya que, pasara lo que pasase, yo tenía que continuar. Pero no pude evitarlo. Tal vez llegara a mi destino y viera que la batalla se había ganado, para nada. No tenía sentido... No. Sí lo tenía. Lo habría intentado y seguiría intentándolo hasta el final. Eso era suficiente, incluso si todo lo demás estaba perdido. De todas formas, ¡maldito sea Brand! Por haber comenzado...

Una pisada.

En un instante me agazapé y me volví en aquella dirección, con mi espada en la mano.

Contemplé a una mujer, pequeña y vestida de blanco. Tenía el cabello largo y de color oscuro al igual que sus ojos, su mirada era intensa; sonreía. Llevaba una cesta de mimbre, que colocó en el suelo entre los dos.

-Debéis tener hambre, Caballero de armas -dijo en un Thari extrañamente acentuado-. Os vi venir. Y os traigo esto.

Sonreí y adopté una posición más normal.

-Gracias -contesté-. Tengo hambre. Me llamo Corwin. ¿Vos?

-Lady -replicó.

Enarqué una ceja.

-Gracias... Lady. ¿Vuestra casa se encuentra en este lugar?

Asintió y se arrodilló para destapar la cesta.

-Sí, mi pabellón se halla cerca del lago -con un gesto de la cabeza, indicó el este... en la dirección del camino negro.

-Ya veo -comenté.

La comida y el vino de la cesta parecían reales, frescos y apetecibles, mucho mejor que mis raciones de viaje. Por supuesto, la sospecha se apoderó de mí.

-¿La compartiréis conmigo? -pregunté.

-Si lo deseáis.

-Lo deseo.

-Muy bien.

Extendió un mantel, se sentó enfrente mío, sacó la comida de la cesta y la distribuyó entre nosotros. Entonces la sirvió, y, rápidamente, probó cada plato. Era un sitio peculiar para que una mujer, aparentemente sola, tuviera su residencia, a la espera de auxiliar al primer extraño que por casualidad pasara por el valle. Dará también me había alimentado la primera vez que nos encontramos; además, con mi viaje casi concluido, me acercaba a los lugares de poder del enemigo.

El camino negro estaba demasiado próximo, y varias veces descubrí a Lady contemplando la Joya.

Pero fue un rato agradable, y, a medida que transcurría la cena, cobramos más confianza. Era una compañía ideal, ya que me reía todos los chistes y me hacía hablar de mí mismo. Mantuvo su mirada en la mía la mayor parte del tiempo, y cada vez que nos pasábamos algún plato, nuestros dedos se rozaban. Si me estaba tendiendo una trampa, lo hacía de una manera muy delicada.

No dejé ni un momento de observar ese, en apariencia, inexorable frente tormentoso. Finalmente había atravesado la cima de la montaña, comenzando el lento descenso de su alta ladera. Mientras limpiaba el mantel, Lady notó la dirección de mi mirada y asintió.

-Sí, se acerca -comentó, guardando los últimos utensilios en la cesta y sentándose a mi lado, con la botella y nuestras copas-. ¿Brindamos por ello?

-Beberé contigo, pero no haré ese brindis.

Llenó las copas.

-No tiene importancia -indicó-. No ahora -y, apoyando su mano en mi brazo, me alcanzó una copa.

Cogiéndola, la miré. Ella sonrió. Tocó el borde de mi copa con la suya. Bebimos.

-Vayamos a mi pabellón -dijo, y me cogió la mano-, donde podremos engañar placenteramente las horas que quedan.

-Gracias -repliqué-. En otra ocasión ese engaño

hubiera sido un exquisito postre para una gran cena. Desafortunadamente, debo seguir mi camino. El deber me llama y cada vez queda menos tiempo... tengo una misión que cumplir.

-De acuerdo -dijo-. No es tan importante. Sé todo acerca de tu misión. Y ya tampoco lo es.

-¿Oh? Debo confesarte que esperaba tu invitación a una fiesta privada en la que sólo estaría yo, donde pasearíamos al lado de la fría ladera de una colina en caso de que yo aceptara.

Se rió.

-Y yo debo confesarte que mi intención era usarte de esa manera, Corwin. Pero ya no es así.

-¿Por qué no?

Señaló la línea de disolución que se acercaba.

-No hace falta retrasarte. Viendo eso, sé que las Cortes han ganado. No queda nada que alguien pueda hacer para detener el avance del Caos.

Tuve un ligero temblor y ella llenó otra vez nuestras copas.

-Pero preferiría que no me dejaras en un momento así -continuó ella-. Es cuestión de horas que nos alcance. ¿Qué mejor manera de pasar este último instante que en la compañía del otro? Ni siquiera es necesario que vayamos hasta mi pabellón.

Incliné la cabeza y ella se apretó contra mí. Qué demonios. Una mujer y una botella... es así como siempre dije, que me gustaría acabar mis días. Tomé un sorbo de vino. Probablemente, ella tenía razón. Sin embargo... recordé aquella mujer-cosa que me había atrapado en el camino negro cuando dejaba Avalón. En un principio, había ido a ayudarla, y, rápidamente, sucumbí a sus encantos antinaturales... entonces, cuando se quitó la máscara, vi que detrás de ella no había absolutamente nada. Resultó bastante aterrador, por lo menos en ese momento. Pero, para no ponerme demasiado filosófico, todos tenemos una colección completa de máscaras para cada ocasión. Había oído a muchos psicólogos populares hablar en contra de ellas durante años. Sin embargo, traté a mucha gente que me impresionó favorablemente cuando la conocí, a los cuales llegué a odiar cuando descubrí cómo eran detrás de las máscaras que llevaban. Y, a veces, eran como aquella mujer-cosa... vacíos por completo. He descubierto que a menudo la máscara es mucho más aceptable que la alternativa. Así que... Esta muchacha a la que abrazaba tal vez fuera un monstruo -y, con toda probabilidad, lo era-, ¿pero no lo somos la mayoría de nosotros? Se me ocurrían peores maneras de acabar si deseaba abandonar en ese punto. Ella me gustaba.

Acabé el vino. Intentó llenarme de nuevo la copa, pero yo retuve su mano.

Alzó la vista y me miró. Sonreí.

-Casi me convenciste -dije.

Entonces le cerré los ojos con cuatro besos, para no romper el encanto, luego me acerqué a Star, y monté. El junco no estaba marchito, pero tenía razón con respecto a los no-pájaros. Aunque era una manera muy difícil de llevar un ferrocarril.

-Adiós, Lady.

Me encaminaba hacia el sur cuando la tormenta cayó con todo su poder sobre el valle. Ante mí se alzaban más montañas, y el sendero conducía hasta ellas. El cielo todavía estaba veteado de negro y blanco, y las franjas parecían moverse un poco; el efecto total seguía siendo el de un crepúsculo, aunque no brillaba ninguna estrella en las zonas negras. Aún persistían la brisa y el perfume a mi alrededor... y el silencio, los monolitos retorcidos y el follaje plateado, bañado por el rocío, que lo hacía brillar. Fragmentos de niebla surgieron ante mí. Intenté manipular el material de la Sombra, pero era difícil y yo estaba cansado. No ocurrió nada. Saqué fuerzas de la Joya y traté de transmitirle también algo a Star. Avanzamos a un paso regular hasta que el terreno comenzó a elevarse ante nosotros; instantes después nos encontramos ascendiendo hasta un paso mucho más escarpado que aquel por el que habíamos entrado antes. Me

detuve y eché una mirada hacia atrás, y vi aproximadamente un tercio del valle cubierto por la oscilante pantalla de aquella imparable tormenta-cosa. Me pregunté qué habría ocurrido con Lady y su lago, su pabellón. Sacudí la cabeza y continué.

El camino se hizo más abrupto al acercarnos al paso, y avanzamos más despacio. Sobre mi cabeza, los blancos ríos del cielo cobraron un tono rojizo que se fue intensificando poco a poco. Para cuando llegamos a la entrada del paso, todo el mundo parecía teñido con sangre. Al atravesar aquella ancha y rocosa avenida, me golpeó un fuerte viento. Luchando contra su empuje, el suelo perdió todas sus irregularidades, aunque seguimos subiendo y aún no podía ver nada más allá del paso.

Escuché un ruido en las rocas de mi izquierda. Miré en esa dirección, pero no distinguí nada. Lo descarté, pensando que lo había producido una piedra al caer. Medio minuto más tarde, Star dio un tirón, lanzó un relincho terrible, giró violentamente a la derecha y comenzó a desplomarse sobre el costado izquierdo.

Di un salto, y, a medida que los dos caíamos, vi que una flecha sobresalía por detrás del hombro derecho de Star. Golpeé contra el suelo y di vueltas, y cuando me detuve, alcé la vista en la dirección por la que debió salir el disparo.

Había una figura con una ballesta en la cima del promontorio de mi derecha, a unos diez metros de altura. Colocaba otra flecha y se preparaba para un nuevo disparo.

Supe que no podría alcanzarlo a tiempo para detenerlo. Busqué con los ojos una piedra del tamaño de una pelota de béisbol. Vi una detrás mío. Cogiéndola, traté que mi ira no interfiriera en mi puntería. No lo hizo, e incluso creo que contribuyó con un poco de fuerza.

El golpe le dio en el brazo izquierdo y el hombre, lanzando un grito, soltó la ballesta. El arma cayó ruidosamente por entre las rocas y aterrizó del otro lado del camino, casi enfrente mío.

-¡Hijo de puta! -grité-. ¡Mataste a mi caballo! ¡Te cortaré la cabeza por ello!

Crucé el sendero y busqué la manera más rápida de llegar hasta él. Estaba a la izquierda. Me lancé a toda velocidad hacia allí y comencé a escalar. Un momento más tarde la luz y el ángulo de mi visión fueron los adecuados, lo que me permitió una mejor percepción del hombre, que estaba doblado y se masajeaba el brazo. Era Brand, con el cabello aún más rojo bajo esa sanguinolenta luz.

-Hasta aquí has llegado, Brand -dije-. Lo único que lamento es que alguien no te detuviera hace tiempo.

Se irguió y me contempló un momento mientras ascendía. No sacó su espada. Cuando llegué a la cima, a unos siete metros de él, cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la cabeza.

Extraje a Grayswandir de la funda y avancé. Reconozco que estaba preparado para matarlo en esa posición o en cualquier otra. La luz

roja se había intensificado tanto que parecimos estar bañados en sangre. El viento aullaba a nuestro alrededor, y desde el valle nos llegó el retumbar de un trueno.

Me quedé quieto un momento y maldije, recordando la historia que decía que él se había convertido en una especie de Triunfo viviente, capaz de transportarse a cualquier lugar en muy poco tiempo.

Escuché un ruido desde abajo...

Me acerqué hasta el borde del promontorio y miré. Star todavía lanzaba coces al aire y chorreaba sangre; eso me partió el corazón. Pero no fue la única visión perturbadora.

Brand estaba allí abajo. Había recogido la ballesta y nuevamente la recargaba.

Busqué otra piedra, pero no encontré nada a mano. Entonces vi una a cierta distancia y me abalancé sobre ella, envainando a Grayswandir y sujetándola. Tenía el tamaño de un melón. Volví hasta el borde y busqué a Brand con los ojos.

No se le veía por ningún lado.

Repentinamente, me sentí muy expuesto. El podía haberse transportado a cualquier lugar desde el cual tal vez me estuviera vigilando. Me tiré al suelo. Un momento después, escuché que la flecha rebotaba contra una piedra a mi derecha. El ruido fue seguido por la risa seca de Brand.

Me incorporé otra vez, sabiendo que le llevaría un rato recargar su arma. Miré en la dirección por la que vino su risa y lo vi, en la cima del risco que había más allá del paso, enfrente mío... unos cinco metros más alto de donde yo me encontraba, y a unos veinte metros de distancia.

-Siento lo del caballo -dijo-. Te apunté a ti. Pero este maldito viento...

Por entonces, había descubierto un nicho y me lancé a él, llevando conmigo la piedra para usarla como escudo Desde aquella fisura, le contemplé colocar la flecha.

-Un disparo difícil -gritó mientras alzaba el arma-, y un desafío a mi puntería. Pero, ciertamente, vale la pena.

Se rió entre dientes y luego suspiró, disparando.

Me agazapé y sostuve la roca ante mi estómago, pero la flecha golpeó a unos treinta centímetros a mi derecha.

-Supuse que algo así ocurriría -comentó mientras preparaba nuevamente la ballesta-. Tengo que calcular adecuadamente la velocidad del viento.

Busqué algunas piedras más pequeñas que me sirvieran como proyectiles, pero no hallé ninguna cerca. Entonces pensé en la Joya. Se suponía que tenía que salvarme ante la presencia de un peligro inmediato. Pero tuve el presentimiento de que sólo funcionaba cuando

existía mucha proximidad, y que Brand lo sabía, por lo que tomaba ventaja de ese fenómeno. ¿Había algo que yo pudiera hacer con la Joya? Estaba demasiado lejos para el truco de la parálisis, pero ya lo había derrotado antes utilizando el control del clima. Me pregunté a cuánta distancia se encontraría la tormenta. Proyecté mi mente. Vi que me llevaría unos minutos que no poseía preparar las condiciones necesarias para que le cayera un rayo. Sin embargo, el viento era otra cuestión. Lo busqué, sintiéndolo...

Brand casi estaba preparado para disparar otra vez. El viento comenzó a aullar en el paso.

No sé dónde cayó su disparo. No fue cerca mío. Volvió a recargar su arma. Y yo preparé los factores para que el rayo le golpeara...

Cuando estuvo listo, cuando volvió a alzar la ballesta, llamé de nuevo al viento. Vi que suspiraba, que inhalaba aire y lo retenía. Entonces bajó la ballesta y me miró.

-Se me acaba de ocurrir -me gritó- que ese viento está bajo tu poder, ¿verdad? Eso es hacer trampas, Corwin -miró a su alrededor-. No te preocupes, encontraré un sitio donde no pueda influirme en nada. ¡Ja!

Yo seguí manipulando la tormenta para que cayera sobre él, pero las condiciones aún no estaban preparadas. Alcé la vista al cielo de franjas rojas y negras, y vi que algo con forma de nube se formaba sobre nuestras cabezas. Faltaba poco...

Brand se hizo transparente y desapareció de nuevo. Frenéticamente, lo busqué por todos lados.

Entonces apareció delante mío. Se había transportado

hasta la parte del paso en la que yo me encontraba. Estaba a unos diez metros de mí, con el viento a su espalda. Sabía que no podría cambiarlo a tiempo. Pensé en lanzarle mi roca. Probablemente, la esquivaría, lo que me dejaría sin escudo. Por otro lado...

Alzó el arma y la apoyó contra su hombro.

¡Gana tiempo! me gritó mi propia voz mentalmente, mientras yo continuaba manipulando los cielos.

-Antes de que dispares, Brand, contéstame una pregunta. ¿De acuerdo?

Dudó, y bajó el arma unos centímetros.

-¿Cuál?

-¿Dijiste la verdad cuando me contaste lo que había ocurrido... con Papá, el Patrón y la venida del Caos?

Echó la cabeza hacia atrás y se rió. Su risa se parecía a una serie de cortos ladridos.

-Corwin -declaró luego-, me satisface más de lo que puedo expresar con palabras ver que vas a morir con la incertidumbre de algo que es tan importante para ti.

Volvió a reírse y comenzó a levantar su arma. Yo me había situado adecuadamente para tirarle la roca y lanzarme sobre él. Pero ninguno de los dos completó su acción.

Desde arriba nos llegó un fuerte graznido, y una parte del cielo pareció desprenderse y caer sobre la cabeza de Brand. Este, lanzando un aullido, soltó la ballesta. Levantó las dos manos para quitarse la cosa que tenía encima. El pájaro rojo, el portador de la Joya, nacido de mi sangre por la mano de mi padre, había vuelto y me estaba defendiendo.

Salí del nicho y avancé hacia él, desenfundando la espada a medida que me acercaba. Brand golpeó al pájaro, que se alejó, ganando altura y girando a su alrededor en busca de otro ataque. Brand alzó las dos manos para cubrirse la cara y la cabeza, pero no antes de que yo viera la sangre que fluía de la cuenca de su ojo izquierdo.

Comenzó a desvanecerse cuando me lancé sobre él. Pero el pájaro descendió como una bomba y sus garras golpearon la cabeza de Brand una vez más. Y entonces el pájaro también se hizo transparente. Brand extendía la mano para atrapar a su correoso atacante mientras éste le desgarraba en el momento en que los dos desaparecieron.

Cuando llegué al lugar en el que habían estado, lo único que quedaba era la ballesta caída, que aplasté con la bota.

¡Todavía no hemos acabado, maldición, todavía no! ¿Cuánto tiempo más me acosarás, hermano? ¿Cuánto he de avanzar aún hasta que todo termine entre nosotros?

Volví a bajar al sendero. Star no había muerto aún, y yo tuve que acabar el trabajo. A veces pienso que estoy en la profesión equivocada.

VII

Una vez que atravesé el paso, contemplé el valle que apareció ante mí. De hecho, fui yo el que asumió que era un valle, ya que no pude ver más allá de la nube/niebla que lo cubría. En el cielo, una de las franjas rojas se tornó amarilla; otra, verde. Esto me levantó ligeramente el ánimo, porque cuando visité el fin de la realidad, el cielo, más allá de las Cortes del Caos, se había comportado de una manera similar.

Recogí las alforjas y bajé por el sendero. El viento amainó a medida que bajaba. A lo lejos, escuché el retumbar de un trueno en la tormenta de la que huía. Me pregunté a dónde se habría ido Brand. Tuve el presentimiento de que no volvería a verlo durante un tiempo.

A mitad de camino, mientras la niebla comenzaba a enroscarse por mi cuerpo, divisé un árbol viejo, del que corté una rama para hacerme un bastón. El árbol pareció aullar cuando le corté la rama.

-¡Maldito seas! -exclamó algo parecido a una voz desde su interior.

-¿Tienes consciencia? Lo siento...

-Tardé mucho tiempo en desarrollar esa rama. ¿Supongo que la usarás como leña?

-No -contesté-. Necesitaba un bastón. Me espera una larga caminata.

-¿A través de este valle?

-Así es.

-Acércate más, para que pueda sentir tu presencia. Hay algo en ti que resplandece.

Di un paso adelante.

-¡Oberon! -exclamó-. Conozco tu Joya.

-No soy Oberon -dije-. Soy su hijo. Aunque la llevo porque él me encomendó esta misión.

-Entonces puedes llevarte mi apéndice, junto con mi bendición. He dado cobijo a tu padre en muchos días extraños. ¿Sabes? El me plantó.

-¿De verdad? Plantar un árbol es una de las pocas cosas que nunca vi hacer a Papá.

-No soy un árbol corriente. Me puso aquí para marcar un límite.

-¿De qué tipo?

-Soy el fin del Caos y del Orden, depende desde qué lado me mires. Establezco una división. Más allá de mí, gobiernan otras reglas.

-¿Cuáles?

-¿Quién lo sabe? Yo, no. Sólo soy una torre de madera consciente que crece. Sin embargo, mi bastón tal vez te conforte. Si lo plantas, puede florecer en climas extraños. Aunque quizá no. ¿Quién lo sabe?

Pero, llévalo contigo, hijo de Oberon, hacia aquel lugar al que te diriges ahora. Siento que se acerca una tormenta. Adiós.

-Adiós -dije-. Gracias.

Di media vuelta y bajé por el sendero, internándome en la profunda niebla. Sacudí la cabeza cuando pensé en el árbol, pero el bastón resultó útil durante los siguientes trescientos metros, donde el descenso fue particularmente complicado.

Entonces, la atmósfera se aclaró un poco. Rocas, un estanque de aguas sucias, unos árboles pequeños y escuálidos recubiertos por tiras de moho, un olor a podredumbre... Me di prisa. Una oscura ave me observaba desde uno de los árboles.

Cuando la miré, alzó el vuelo, dirigiéndose en mi dirección despreocupadamente. Como los acontecimientos recientes me habían vuelto precavido hacia los pájaros, retrocedí cuando voló en círculos encima de mi cabeza. Pero en ese instante se posó en el sendero delante de mí, ladeando la cabeza y contemplándome con su ojo izquierdo.

-Sí -anunció luego-. Eres tú, al que yo espero.

-¿Para qué? -pregunté.

-Para acompañarte. No te importa que un pájaro de mal agüero te siga, ¿verdad, Corwin?

Entonces emitió una risa apagada a la vez que interpretaba una pequeña danza.

-De antemano, no sé cómo podría detenerte. ¿Cómo es que conoces mi nombre?

-He estado esperándote desde el comienzo del Tiempo, Corwin.

-Debió ser aburrido.

-No ha sido tan largo... en este lugar. El tiempo es lo que tú creas.

Emprendí otra vez la marcha. Pasé al lado del pájaro y lo dejé atrás. Momentos más tarde, pasó como una exhalación por mi costado y aterrizó en una piedra a mi derecha.

-Me llamo Hugi -indicó-. Veo que llevas un trozo del viejo Ygg.

-¿Ygg?

-Ese estirado árbol viejo que está a la entrada de este lugar y no deja a nadie descansar sobre sus ramas. Apuesto que gritó cuando se lo arrancaste -y entonces emitió unas cortas risitas.

-Fue bastante considerado al respecto.

-Sí, lo supongo. Tampoco le quedaba mucha elección una vez que lo hiciste. Para lo que te va a servir.

-Me ayuda -dije, blandiéndolo levemente en su dirección.

Con un aleteo se apartó de él.

-¡Eh! ¡Eso no fue gracioso!

Me reí.

-Para mí, sí.

Reanudé el paso.

Durante un buen rato, me abrí camino a través de una zona pantanosa. Alguna ráfaga ocasional de aire despejaba el paisaje. Entonces me apresuraba a cruzarlo antes de que la niebla se cerrara otra vez. En ocasiones, creí escuchar algo de música -no sabía de qué dirección provenía-, lenta y ligeramente majestuosa, producida por un instrumento de cuerda.

Mientras avanzaba, chapoteando, alguien me habló desde algún punto a mi izquierda:

-¡Desconocido! ¡Detente y mírame!

Con cautela, me detuve. Pero no pude ver nada a través de la maldita niebla.

-Hola -dije-. ¿Dónde estás?

En ese momento la niebla se abrió por un instante y contemplé una cabeza enorme, con sus ojos a la misma altura que los míos. Pertenecían a lo que parecía un cuerpo gigantesco, hundido hasta los hombros en una ciénaga. La cabeza era calva y la piel pálida como la leche, con una leve textura rocosa. Los oscuros ojos posiblemente parecieran más oscuros de lo que en realidad eran debido al contraste.

-Ya veo -comenté entonces-. Te encuentras en un apuro. ¿Puedes liberar los brazos?

-Si me esfuerzo mucho -me llegó la respuesta.

-Bueno, deja que busque algo que sea lo suficientemente sólido para que puedas asirlo. Debes tener una buena envergadura.

-No. No es necesario.

-¿No quieres salir de ahí? Creí que gritaste por ese motivo.

-Oh, no. Sólo quería que me contemplaras.

Me acerqué y lo observé, ya que la niebla comenzaba a alzarse de nuevo.

-Muy bien -comenté-. Ya te he visto.

-¿No te apena mi condición?

-No particularmente, y menos si no quieres aceptar ayuda ni te la proporcionas tú.

-¿En qué me beneficiaría salir de aquí?

-Es tu pregunta. Respóndetela tú mismo.

Me di media vuelta para marcharme.

-¡Espera! ¿A dónde te diriges?

-Al sur, para actuar en una obra de contenido moral.

En ese momento, Hugi surgió volando de la niebla y aterrizó encima de la cabeza. Picoteándola, se rió.

-No pierdas tu tiempo, Corwin. Aquí hay mucho menos de lo que ve el ojo -dijo.

Los labios gigantescos formaron mi nombre. Luego preguntaron:

-¿Es él de verdad?

-Exacto -replicó Hugi.

-Escucha, Corwin -pidió el gigante hundido-. Lo que intentas es detener al Caos, ¿correcto?

-Sí.

-No lo hagas. No vale la pena. Yo quiero que las cosas lleguen a su fin. Deseo la liberación de esta condición.

-Ya te ofrecí mi ayuda. Y tú la rechazaste.

-No ese tipo de liberación. Quiero el fin de todo.

-Eso se arregla fácilmente -dije-. Sumerge la cabeza y no respires.

-No sólo deseo mi fin personal, sino el fin de todo este estúpido juego.

-Creo que hay unas cuantas personas que desearían tomar sus propias decisiones al respecto.

-Deja que también todo acabe para ellas. Llegará el momento en que se encuentren en mi situación y sentirán lo mismo.

-Entonces, tendrán la misma opción que tú. Buenos días.

Di la vuelta y me alejé.

-¡Tú también llegarás a mi situación! -gritó detrás mío.

Me encontraba caminando por aquel cenagal cuando Hugi vino volando y se posó en el extremo de mi bastón.

-Qué agradable es sentarse en la rama del viejo Ygg ahora que ya no puede... ¡Ay!

Hugi se lanzó al aire y voló en círculos.

-¡Me quemó la pata! ¿Cómo lo habrá hecho? -gritó.

Me reí.

-No tengo ni idea.

Revoloteó durante unos segundos y luego se posó en mi hombro derecho.

-¿Te importa si descanso aquí?

-Adelante.

-Gracias -y se acomodó-. ¿Sabes? La Cabeza está realmente loca.

Me encogí de hombros, lo que provocó que extendiera las alas en busca de equilibrio.

-Busca algo en la oscuridad, a tientas -continuó-, pero se equivoca al creer que el mundo es responsable de sus propios fracasos.

-No busca nada. Ni siquiera quiso que yo lo sacara de la ciénaga -dije.

-Estaba hablando filosóficamente.

-Oh, esa especie de cenagal. Es un caso perdido.

-Todo el problema reside en el «yo», en el ego, y su relación... por un lado con el mundo, y por otro con el Absoluto.

-¿Es así?

-Sí. Verás, apenas rompemos el cascarón, vagamos a la deriva en la superficie de los acontecimientos. A veces, creemos que de verdad influimos en las cosas, lo cual hace que nos esforcemos. Y este es un gran error, ya que alimenta los deseos y edifica un ego falso cuando la simple existencia debería ser suficiente. Lo cual conduce a más deseos y a más luchas, y así quedas atrapado.

-¿En la ciénaga?

-Metafóricamente hablando. Lo único que uno necesita es fijar con firmeza la visión en el Absoluto, aprendiendo a ignorar los espejismos, las ilusiones, el falso sentido de identidad que únicamente te aisla, transformándote en un irreal islote de consciencia.

-Una vez tuve una identidad falsa. Me ayudó mucho a convertirme en el absoluto que soy ahora... yo mismo.

-No, eso también es falso.

-Entonces, el «yo» que quizá exista mañana me lo agradecerá, de la misma manera que yo lo hice con aquel otro.

-No captas el mensaje. Ese otro «yo» tuyo, también será falso.

-¿Por qué?

-Porque aún estará lleno de deseos y luchas, los mismos que desde el principio te apartaron del Absoluto.

-¿Y qué hay de malo en ello?

-Que permaneces solo en un mundo de extraños: en el mundo de los sentidos.

-Me gusta estar solo. Estoy bastante a gusto conmigo mismo. También me gustan los sentidos.

-Sin embargo, el Absoluto siempre estará ahí, llamándote, produciéndote angustia.

-Bien, entonces no hay necesidad de apresurarse. Y sé lo que quieres decir. Me estás hablando de ideales. Todo el mundo tiene algunos. Si lo que me indicas es que debería perseguirlos, estoy de acuerdo contigo.

-No, los ideales son sólo distorsiones del Absoluto; únicamente te conducen a luchar por conseguir algo más.

-Eso es correcto.

-Veo que tienes que deshacerte de muchas cosas ya aprendidas.

-Si te refieres a mi vulgar sentido de la supervivencia, olvídalo.

El sendero ascendió, hasta que llegamos a un lugar llano que parecía pavimentado y se encontraba salpicado de arena. La música había aumentado de volumen y continuó haciéndolo a medida que yo avanzaba. Entonces, a través de la niebla, vi borrosas figuras que se movían con lentitud, al son del ritmo. Me llevó varios segundos darme cuenta de que estaban bailando.

Seguí avanzando hasta que pude distinguir con claridad a las siluetas -gente hermosa, de aspecto humano, vestidos elegantemente-, que se movían de acuerdo con la lenta melodía de unos invisibles músicos. El baile que ejecutaban era precioso y complicado, y me detuve para observarlos.

-¿Qué celebración -le pregunté a Hugi- es la excusa para una fiesta en mitad de ninguna parte?

-Bailan -me contestó- para festejar tu paso. No son mortales, sino los espíritus del Tiempo. Comenzaron este estúpido espectáculo cuando entraste en el valle.

-¿Espíritus?

-Sí. Observa.

Abandonó mi hombro y sobrevoló el lugar donde bailaban, defecando sobre ellos. Los excrementos pasaron a través de varios bailarines como si fueran hologramas, sin manchar el brocado de una manga o la seda de una camisa, sin conseguir que ninguna de las sonrientes figuras diera un paso en falso. Entonces Hugi graznó varias veces y voló de regreso.

-Eso no era necesario -comenté-. Es una danza muy hermosa.

-Decadente -dijo-, y no deberías verla como un cumplido, ya que anticipa tu fracaso. Lo único que desean es una celebración final antes de que acabe el espectáculo.

De todas formas, la contemplé durante un rato, a la vez que descansaba apoyado en mi bastón. El esquema que trazaban los bailarines lentamente cambió, hasta que una de las mujeres -una belleza de cabello rojizo- estuvo muy cerca de mí. Pero, en ningún momento, los ojos de los bailarines se posaron en los míos. Era como si yo no estuviera presente. Aunque aquella mujer, en un gesto perfectamente calculado, arrojó con su mano derecha un objeto que cayó a mis pies.

Me incliné y descubrí que era sólido. Era una rosa de plata -mi propio emblema- lo que sostenía en la mano. Me erguí y la fijé al cuello de mi capa. Hugi miró en la otra dirección y no dijo nada. No llevaba ningún

sombrero que pudiera quitarme, pero me incliné ante la dama. Me pareció percibir muy levemente un guiño de su ojo derecho cuando daba la vuelta para marcharme.

A medida que me alejaba, el suelo perdió su suave regularidad y, finalmente, la música desapareció. El sendero se hizo más agreste, y siempre que la niebla se disipaba un poco, lo único que podía ver eran rocas. Extraje fuerza de la Joya, ya que de otra manera me hubiera derrumbado, y me di cuenta de que su energía cada vez duraba menos.

Después de un rato, sentí hambre y me detuve para comer las raciones que me quedaban.

Hugi se quedó de pie en el suelo y me miró mientras comía.

-Debo reconocer que siento una cierta admiración por tu persistencia -comentó-, e incluso por lo que dejaste entrever cuando hablaste de los ideales. Pero eso es todo. Estábamos hablando de la futilidad del deseo y la lucha...

-Eras tú el que lo hacía. No es una preocupación importante en mi vida.

-Debería serlo.

-He tenido una vida larga, Hugi. Me insultas al asumir que nunca he considerado estas notas a pie de cualquier manual universitario de primero de Filosofía. El hecho de que veas la realidad común como algo estéril, me dice más sobre ti que sobre la realidad. Para ser franco: si crees lo que estás diciendo, siento pena por ti, ya que por alguna razón inexplicable te encuentras aquí deseando y luchando por influir en este falso ego mío en vez de liberarte de tales tonterías y seguir tu camino hacia tu Absoluto. Y si no crees en ello, me indica que te han enviado para retrasarme y desanimarme, en cuyo caso pierdes el tiempo.

Hugi emitió un ruido ahogado. Luego dijo:

-¿Eres tan ciego que niegas el Absoluto, el comienzo y el fin de todo?

-No es indispensable para una educación liberal.

-¿Admites la posibilidad?

-Tal vez la conozco mejor que tú, pájaro. El ego, tal como yo lo veo, existe en un estadio intermedio entre el raciocinio y la existencia como un acto reflejo. Sin embargo, negarlo es un retroceso. Si tú vienes de ese Absoluto -donde el «yo» cancela el Todo-, ¿por qué deseas regresar? ¿Te desprecias tanto que temes a los espejos? ¿Por qué no haces que el viaje valga la pena? Desarróllate. Aprende. Vive. Si te han enviado a ti en este viaje,

¿por qué quieres abandonarlo todo y correr de vuelta al punto de partida? ¿Acaso tu Absoluto cometió un error cuando mandó a alguien de tu calibre? Si admites esa posibilidad, es el fin de nuestra conversación.

Hugi me miró irritado, luego se elevó en el aire y se alejó. Tal vez fuera a consultar su manual...

Escuché el retumbar de un trueno cuando me incorporé. Reanudé la marcha. Tenía que mantenerme delante de la tormenta.

El sendero se estrechó y ensanchó varias veces antes de desaparecer por completo, dejándome en una planicie pedregosa. A medida que continuaba el viaje, me sentí más y más deprimido, aunque de todas formas traté de mantener mi compás mental en el rumbo correcto. Casi me alegré con los sonidos de la tormenta, ya que al menos me proporcionaban una idea aproximada de la dirección del norte, pero aun así no estaba seguro, ya que la niebla me confundía bastante. Y los truenos aumentaban de intensidad y de volumen... Maldición.

...Y me había afectado la pérdida de Star, así como me molestó la futilidad de Hugi. Definitivamente, este no era un buen día. Ya no estaba seguro de si llegaría a completar mi viaje. Si algún habitante sin nombre de este oscuro lugar no me tendía una emboscada antes, existía una gran posibilidad de que vagara por aquí hasta que mis fuerzas me abandonaran o la tormenta me alcanzara. No sabía si podría recurrir a la Joya para cancelar la tormenta una vez más. Lo dudaba.

Intenté emplear la Joya para dispersar la niebla, pero sus facultades parecieron embotadas. Quizás por mi propia debilidad. Sólo pude despejar una pequeña zona; sin embargo, debido al ritmo al que marchaba, pronto la atravesé. Mi sentido de la Sombra estaba adormecido en este lugar, que parecía, de alguna manera, la esencia de la Sombra.

Era una pena. Hubiera sido agradable morir como en una ópera -con un gran final wagneriano, bajo unos cielos extraños y luchando contra oponentes dignos- y no dando manotazos de ciego en una tierra yerma cubierta por la niebla.

Pasé al lado de un promontorio rocoso que me resultó familiar. ¿Acaso avanzaba en círculos? Existe ese riesgo cuando se está completamente perdido. Me detuve para escuchar un trueno y orientarme otra vez. De manera perversa, reinó el silencio absoluto. Me acerqué hasta el promontorio y me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la roca. No tenía ningún sentido seguir dando vueltas sin dirección. Esperaría hasta que sonara un trueno y me indicara el rumbo. Saqué mis Triunfos. Papá había dicho que durante un tiempo no funcionarían, pero no tenía nada mejor que hacer.

Uno a uno los fui pasando, y con todos traté de establecer contacto, excepto con Brand y Caine. Nada. Papá tenía razón. A las cartas les faltaba esa textura fría tan conocida. Entonces las mezclé todas y, allí mismo, en la arena, me leí el futuro. Obtuve una lectura imposible, así que las guardé de nuevo. Me recliné contra la piedra y deseé que me quedara algo de agua. Durante un buen rato atendí a los sonidos de la tormenta. Sólo oí unos pocos rugidos, pero no parecían provenir de ninguna dirección fija. Los Triunfos me hicieron pensar en mi familia. Se encontraban más adelante y me esperaban. ¿Qué esperaban? Yo llevaba la Joya. ¿Para qué serviría? En un principio pensé que sus poderes serían necesarios en la batalla. Si esto era cierto, y si yo era el

único que podía emplearlos, nos encontrábamos en un aprieto. Luego pensé en Ámbar, y temblé, presa del remordimiento y una especie de terror. El fin no debería llegar para Ámbar, nunca. Tenía que haber un modo de que el Caos retrocediera...

Tiré una piedra con la que había estado jugando. Cuando la arrojé, voló muy lentamente.

La Joya. De nuevo surgía su efecto de cámara lenta...

Concentré más energía y la piedra cobró velocidad. Me pareció que sólo hacía un rato había sacado fuerzas de la Joya. Así como esta dosis me despertó el cuerpo, mi mente seguía obnubilada. Necesitaba dormir mucho... Si estuviera descansado, este lugar no parecería tan peculiar.

¿Cuan próxima estaba mi meta? ¿Justo detrás de la siguiente montaña o mucho más allá? ¿Y qué posibilidades tenía de mantenerme delante de la tormenta, sin importar la distancia que me faltara? ¿Y mi familia? ¿Y si la batalla ya hubiera concluido con nuestra derrota? Tuve visiones de que llegaba demasiado tarde, con el tiempo justo para servir de enterrador... Huesos y soliloquios, Caos...

¿Y dónde demonios se encontraba ese maldito camino negro, ahora que podía serme útil? Si lo encontrara, podría seguir su curso. Tuve el presentimiento de que se hallaba en algún lugar a mi izquierda...

Una vez más proyecté mi mente y partí la niebla, haciéndola retroceder... Nada...

¿Una silueta? ¿Moviéndose?

Era un animal, quizá un perro grande, que permanecía en el interior de la niebla. ¿Me acechaba, esperando mi caída?

La Joya comenzó a palpitar cuando empujé la niebla aún más atrás. El animal quedó expuesto, y pareció encogerse. Luego avanzó en línea recta hacia mí.

VIII

Me puse de pie cuando se acercó. Vi que era un chacal bastante grande; sus ojos estaban clavados en los míos.

-Llegas pronto -le dije-. Sólo descansaba.

Se rió entre dientes.

-Mi único deseo es contemplar a un Príncipe de Ámbar -comentó la bestia-. Cualquier otra cosa la consideraría como una especie de premio.

De nuevo se rió entre dientes. Yo también.

-Entonces que tus ojos obtengan su festín. Decide cualquier otra cosa, y verás que he descansado lo suficiente.

-No, no -observó el chacal-. Yo soy un admirador de la Casa de Ámbar. Y también de la del Caos. La sangre real me atrae, Príncipe del Caos. Igual que el conflicto.

-Me atribuyes un título que desconozco. Mi relación con las Cortes del Caos es, principalmente, cuestión de genealogía.

-Pienso en las imágenes de Ámbar atravesando las sombras del Caos. Pienso en las olas del Caos bañando las imágenes de Ámbar. Y, sin embargo, en el corazón del orden que Ámbar representa, vive una familia caótica, así como la Casa del Caos es serena y plácida. Pero tenéis lazos que os unen, y también conflictos.

-En este momento -afirmé-, no me interesan las paradojas ni los juegos de palabras. Mi meta es llegar a las Cortes del Caos. ¿Conoces el camino?

-Sí -dijo el chacal-. En línea recta, no está muy lejos. Ven, te llevaré hasta el sendero que te conducirá allí.

Dio media vuelta y se alejó. Yo lo seguí.

-¿Voy muy deprisa? Pareces cansado.

-No. Sigue. Imagino que estará más allá de este valle, ¿verdad?

-Sí. Hay un túnel.

Lo seguí, a través de la arena, la grava y la tierra dura y reseca. Nada crecía en ella. Después de un rato, la niebla adquirió una tonalidad verdosa a la vez que se disipaba un poco... supuse que sería otro efecto óptico de ese cielo rayado.

Pasado un tiempo, grité:

-¿Cuánto falta?

-Poco -contestó-. ¿Te agotas? ¿Quieres que nos detengamos para que descanses.

Al hablar miró hacia atrás. La luz verde proporcionó a sus desagradables facciones un aire aún más espantoso. Sin embargo,

necesitaba un guía; además, me pareció que íbamos por el buen camino, ya que estábamos subiendo por una colina.

-¿Hay agua por estos alrededores? -pregunté.

-No. Tendríamos que retroceder una distancia considerable.

-Olvídalo. No dispongo de tiempo.

Se encogió de hombros y se rió entre dientes, pero prosiguió la marcha. La niebla se aclaró un poco más, y vi que nos adentrábamos en una serie de colinas bajas. Me apoyé en el bastón y mantuve el ritmo.

Subimos de manera continua durante una media hora, y el suelo se hizo más rocoso y el ángulo de ascensión más empinado. Yo respiraba con dificultad.

-Espera -le dije-. Quiero descansar. Me pareció que dijiste que no faltaba mucho.

- Perdóname -pidió, deteniéndose- por mi chacalocentrismo. Consideré la distancia de acuerdo con mi propio ritmo natural. Sé que me equivoqué, pero casi hemos llegado. Está entre las rocas que ves ahí delante. ¿Por qué no descansamos allí?

-De acuerdo -repliqué, y continué la marcha.

Pronto llegamos a una pared de piedra al pie de una montaña. Nos abrimos paso entre los escombros rocosos que lo bordeaban y por fin alcanzamos una abertura que se adentraba en la oscuridad.

-Ahí tienes el camino -comentó el chacal-. Es completamente recto, y no hay ninguna bifucarción que te pueda desorientar. Atraviésalo, y que tengas buen viaje.

-Muy bien -contesté, y de momento me olvidé del

descanso para encaminarme hacia el sendero-. Te lo agradezco.

-Ha sido un placer -me dijo desde algún lugar detrás mío.

Avancé varios pasos y algo crujió bajo mis pies, y traqueteó cuando lo aparté de una patada. Era un sonido difícil de olvidar. El suelo estaba repleto de huesos.

Escuché un ruido suave y rápido a mi espalda, y supe que no tendría tiempo para desenfundar a Grayswandir. Girando, alcé mi bastón ante mí y ataqué con él.

Esta maniobra bloqueó el salto de la bestia con un golpe en el hombro. Pero también me tiró de espaldas; en el suelo, rodé sobre los huesos. El impacto me había arrancado el bastón de las manos, y en el segundo que me brindó la caída de mi oponente, elegí sacar a Grayswandir en vez de recuperar el bastón.

Sólo tuve tiempo para empuñar mi espada. Me encontraba aún de espaldas, con la punta de mi arma apuntando hacia mi izquierda,

cuando el chacal se recobró y saltó otra vez. Le incrusté la empuñadura con todas mis fuerzas en la cara.

La vibración del golpe recorrió todo mi brazo hasta el hombro. La cabeza del chacal salió despedida hacia atrás y su cuerpo se retorció hacia mi izquierda. Inmediatamente, le apunté con mi espada, sujetando la empuñadura con las dos manos, y pude apoyarme en mi rodilla derecha antes de que gruñera y se lanzará de nuevo sobre mí.

Tan pronto como vi que estaba a mi alcance, apoyé todo el peso de mi cuerpo en la espada y lo atravesé. La solté rápidamente y me aparté de sus fauces mortales.

El chacal aulló y luchó en vano por incorporarse. Yo jadeaba. Sentí el bastón bajo mi cuerpo y lo recogí. Poniéndolo delante de mí, me arrastré hasta la pared de la cueva. Sin embargo, la bestia no volvió a incorporarse. Quedó tumbada donde cayera, debatiéndose entre los últimos estertores. En la difusa luz, vi que vomitaba. El olor resultó abrumador. Luego volvió sus ojos en mi dirección y permaneció inmóvil.

-Hubiera sido tan satisfactorio -comentó en voz baja- devorar a un Príncipe de Ámbar. Siempre me pregunté qué sabor tendría... la sangre real.

Entonces, cerró los ojos y dejó de respirar. Yo quedé allí, rodeado por el hedor.

Me puse de pie, con la espalda todavía contra la pared y el bastón como escudo ante mí, y lo contemplé. Pasó un buen rato antes de que me atreviera a sacarle la espada.

Una rápida búsqueda me indicó que no me encontraba en ningún túnel, sino en una cueva. Cuando salí, la niebla se había vuelto amarilla, y oscilaba bajo una brisa que provenía del otro extremo del valle.

Me apoyé contra la roca y pensé qué camino debía seguir. No había ningún sendero a la vista.

Finalmente, me decidí por el de la izquierda. Me pareció que por esa dirección el camino subía, y yo quería ascender a las montañas y dejar atrás esta niebla tan pronto como pudiera. El bastón me resultó muy útil. Mi oído estaba atento al ruido de algún arroyo, pero no escuché nada.

La subida fue trabajosa; pero la niebla se hizo más fina y cambió de color. Finalmente, vi que la ascensión me llevaría a una meseta. Y, por encima de esa cima, capté algunos destellos del cielo revuelto y multicolor.

Escuché varios truenos a mi espalda, pero aún no podía ver la disposición de la tormenta. Aceleré el paso, mas, pasados unos minutos, me mareé. Jadeando, me detuve y me senté en el suelo. Me invadió la sensación del fracaso. Aunque llegara a la cima de la meseta, tenía el presentimiento de que la tormenta pasaría con su enorme rugido por encima mío. Me froté los ojos con la palma de las

manos. ¿Qué sentido tenía que continuara si no había ninguna posibilidad de éxito?

Una sombra se movió entre la niebla de color pistacho y cayó hacia mí. Alcé mi bastón, pero vi que sólo era Hugi. Frenando su descenso, aterrizó a mis pies.

-Corwin -comentó-, has recorrido una buena distancia.

-Pero tal vez no sea suficiente -dije-. Parece que la tormenta se acerca cada vez más.

-Me parece que sí. He estado meditando y me gustaría darte el beneficio de la...

-Si quieres beneficiarme de alguna manera -corté-, puedo indicarte lo que tienes que hacer.

-¿Qué?

-Vuela de regreso, y calcula la distancia a la que se encuentra la tormenta y la velocidad a la que se aproxima. Luego vuelve y dímelo.

Hugi saltó de una pata a la otra. Después dijo:

-De acuerdo -y emprendió el vuelo, aleteando hacia lo que a mí me pareció que era el noroeste.

Apoyándome en el bastón, me puse de pie. Lo mejor que podía hacer era continuar mi ascensión lo más rápido posible. De nuevo me sumergí en la Joya, y la fuerza me inundó como un súbito relámpago rojo.

Cuando subía por la pendiente, surgió una brisa húmeda de la dirección en la que había volado Hugi. Escuché otro trueno. Esta vez solo, sin ningún rugido o sacudida.

Aproveché la energía que tenía y subí unos quinientos metros rápida y eficientemente. Si iba a perder, mejor que fuera en la cima. Quería ver dónde me encontraba y si quedaba algún último recurso que pudiera intentar.

A medida que ascendía, mi visión del cielo se hizo cada vez más clara. Había cambiado considerablemente desde la última vez que lo contemplé. La mitad era de una negrura uniforme y la otra mitad la constituían masas de remolineantes colores. Y toda la cuenca celestial parecía rotar alrededor de un punto situado justo encima de mí. Esta visión me excitó, ya que era el cielo que yo buscaba, el cielo que me había cubierto aquella vez que viajé al Caos. Seguí subiendo. Quise pronunciar unas palabras de aliento, pero tenía la garganta demasiado seca.

Cuando me acercaba al borde de la altiplanicie, escuché un ruido de alas y repentinamente tuve a Hugi sobre el hombro.

-La tormenta está a punto de empaparte el trasero -me dijo-. Llegará en cualquier momento.

Seguí ascendiendo, hasta que alcancé la superficie llana y me arrastré sobre ella. Por un instante, me quedé inmóvil, respirando pesadamente. El viento debió mantener alejada a la niebla, ya que estaba en una meseta alta y lisa, desde la cual podía ver una gran distancia delante mío. Entonces percibí claramente los sonidos de la tormenta.

-No creo que cruces esta superficie -observó Hugi- sin que te mojes.

-Esta no es una tormenta normal -grazné-. Si lo

fuera, daría las gracias por conseguir un poco de agua.

-Lo sé. Hablaba metafóricamente.

Bramé una vulgaridad y seguí andando.

Poco a poco, el paisaje que tenía ante mí se agrandó. El cielo todavía realizaba su frenética danza del velo, pero la luz que proyectaba era más que suficiente. Cuando llegué a una posición en la que estuve seguro de lo que había delante mío, me detuve y me hundí sobre el bastón.

-¿Qué ocurre? -preguntó Hugi.

Yo no podía hablar. Con la mano le indiqué la enorme tierra baldía que comenzaba en algún punto justo debajo de la cima en la que me hallaba y que abarcaba unos sesenta kilómetros antes de verse cortada por otra cadena de montañas. Y, a la izquierda, muy lejos, se divisaba el camino negro.

-¿La tierra yerma? -inquirió-. Yo te podría haber dicho que estaba ahí. ¿Por qué no me lo preguntaste?

No estoy seguro del tiempo que permanecí así. Creo que deliré. Y en mitad del delirio, me pareció encontrar una respuesta, aunque algo en mi interior se rebeló. Finalmente, el ruido de la tormenta y Hugi me despertaron.

-No podré atravesar ese lugar -susurré-. No hay salida.

-Dices que has fracasado -indicó Hugi-. Pero eso no es cierto. En la lucha no existe el fracaso ni la victoria. Sigue siendo una ilusión del ego.

Lentamente, me puse de rodillas.

-No dije que fracasara.

-Comentaste que no podías continuar hasta tu meta.

Miré hacia atrás, y los relámpagos resplandecieron a medida que la tormenta subía por la montaña.

-Así es, no puedo seguir por ese camino. Pero si Papá falló, debo intentar algo que Brand quiso convencerme que sólo él podía hacer. Debo crear un nuevo Patrón, y he de hacerlo aquí mismo.

-¿Tú? ¿Crear un nuevo Patrón? ¿Si Oberon no tuvo éxito, cómo podrá hacerlo un hombre que apenas se tiene de pie? No, Corwin. La resignación es la mejor virtud que puedes cultivar.

Alcé la cabeza y apoyé el bastón en el suelo. Hugi se posó a su lado y yo lo contemplé.

-No quieres creer en ninguna de las cosas que te dije, ¿verdad? -le indiqué-. Pero no importa. El conflicto entre nuestros puntos de vista es insalvable. Yo veo el deseo como una identidad oculta y la lucha como su crecimiento. Tú, no -adelanté mis manos y las dejé reposando sobre las rodillas-. Si para ti la satisfacción más alta es la unión con el Absoluto, ¿entonces por qué no vuelas a reunirte con él en la forma del Caos constante que se aproxima? Si yo fracaso aquí, ese Caos se volverá Absoluto. En lo que a mí respecta, y mientras mi cuerpo respire, debo intentar alzar un Patrón que lo detenga. Hago esto porque soy lo que soy, y yo soy el hombre que pudo haber sido rey en Ámbar.

Hugi bajó la cabeza.

-Primero comerás carne de cuervo -comentó, y se rió entre dientes.

Rápidamente, extendí las manos y le arranqué la cabeza, lamentando no haber tenido tiempo de encender un fuego. Aunque con sus palabras él lo convirtiera en un sacrificio, era difícil determinar a quién le pertenecía la victoria moral, ya que, de todos modos, había planeado comérmelo.

IX

...Cassis, y el olor de los castaños en flor. A lo largo de los Campos Elíseos los castaños se vestían de blanco...

Recordé el murmullo de las fuentes en la Place de la Concorde...Y por la Rué de la Seine y a lo largo del muelle, el olor de los libros antiguos, el olor del río... El olor de los castaños en flor...

¿Por qué, repentinamente, recordaría el París de 1905 de la Tierra de sombra? Aquel año fui muy feliz, y quizá lo que buscaba era un antídoto para el presente. Sí...

Absenta blanca, Amer Picón, granadina... Fresas silvestres con Créme d'Isigny... Ajedrez en el Café de la Régence con actores de la Comedia Francesa... Las carreras en Chantilly... Y las noches en la Boite á Fursy en la Rué Pigalle...

Coloqué firmemente mi pie izquierdo delante del derecho, el derecho delante del izquierdo. En la mano izquierda sostenía la cadena de la cual pendía la Joya... la llevaba en alto, de manera que pudiera ver en las profundidades de la piedra, contemplando y sintiendo el nacimiento del nuevo Patrón que describía con cada paso. Había clavado mi bastón en la tierra y lo dejé cerca de lo que sería su origen. Izquierdo...

El viento cantaba a mi alrededor y rugían los truenos cerca. No encontré la resistencia física que ofrecía el viejo Patrón. No había ninguna resistencia. En cambio -y en muchos aspectos, resultó peor aún-, una peculiar deliberación se había apoderado de mis movimientos, haciéndolos más lentos, ritualizándolos. Parecía que gastaba más energía al preparar cada paso -percibiéndolo, realizándolo y ordenándole a mi mente su ejecución- que la que me extraía el acto físico en sí. Sin embargo, la lentitud parecía necesaria, y me era impuesta por un factor desconocido que determinó la precisión y un adagio lempo en todos mis movimientos. Derecho...

...Y, de la misma manera que el Patrón de Rabma me ayudó a recuperar mis recuerdos perdidos, este que me esforzaba por crear, despertó y trajo el olor de los castaños en flor, de los carros llenos de verduras atravesando el amanecer hacia el Halles... No estaba enamorado de nadie en particular en aquella época, aunque hubo muchas chicas -Ivettes y Mimis y Simones, sus rostros se mezclan- y era primavera en París, con sus músicos gitanos y sus cócteles en Louis... Recordé, y mi corazón saltó con una alegría casi proustiana mientras el Tiempo sonaba a mi alrededor como una campana...Y, tal vez, esta era la causa de mis recuerdos, ya que pareció que dicha alegría se transmitía a mis movimientos, dándole información a mis percepciones, poder a mi voluntad...

Vi el siguiente paso y lo di... Ya había trazado una vuelta y creado el perímetro de mi Patrón. A mi espalda, sentía la tormenta. Debía llegar hasta el borde mismo de aquella superficie. El cielo se estaba

oscureciendo, y la tormenta ocultaba la cambiante coloración de la luz. Vi resplandores en su interior, pero no podía dedicarle la energía y atención necesarias para controlarla.

... Amapolas, amapolas y azulinas y altos álamos a los costados de los caminos del campo, el sabor de la sidra de Normandía... Y, de vuelta a la ciudad, el olor de los castaños en flor... El Sena lleno de estrellas... El olor de las viejas casas de ladrillo en la Place des Vosges después de una lluvia matinal... El bar bajo el Music Hall del Olimpia... Una pelea... Nudillos ensangrentados, la mano vendada por una muchacha que me llevó a casa... ¿Cuál era su nombre? Los castaños en flor... Una rosa blanca...

Entonces la olí. La fragancia no había desaparecido de los restos de la rosa que llevaba en el cuello de mi capa. Era sorprendente que hubiera perdurado tanto. Me levantó el ánimo. Me esforcé en continuar, girando suavemente a mi derecha. Con el rabillo del ojo, vi que el frente tormentoso se acercaba, cortante como el cristal, destruyendo todo lo que tocaba. El rugido del trueno era ensordecedor.

Derecha, izquierda...

El avance de los ejércitos de la noche... ¿Resistiría mi Patrón su embestida? Deseé poder apresurarme, pero, en realidad, avanzaba con una lentitud que crecía con cada paso. Noté una curiosa sensación de dualidad, casi como si estuviera dentro de la Joya trazando el Patrón yo mismo, allí, a la vez que me movía aquí fuera, contemplándolo e imitando su avance. Izquierda... Giro... Derecha... La tormenta ganaba terreno a gran velocidad. Pronto llegaría hasta los viejos huesos de Hugi. Olí la humedad y el ozono y me pregunté sobre aquel extraño pájaro que dijo que me había estado esperando desde el comienzo del Tiempo. ¿Me esperaba para discutir conmigo o para ser comido en este lugar sin historia? Fuera lo que fuere, y teniendo en cuenta la acostumbrada exageración de los moralistas, era apropiado que, ya que no consiguió que mi corazón se arrepintiera de la condición espiritual en la que me encontraba, fuera consumido con el acompañamiento de un trueno teatral... Ya se escuchaban los truenos a lo lejos y en la cercanía. Cuando giré en esa dirección una vez más, el resplandor de los relámpagos resultó casi cegador. Aferré la cadena y di otro paso...

La tormenta llegó hasta el mismo borde del Patrón, y entonces se abrió. Comenzó a deslizarse poco a poco a mi alrededor. Ninguna gota cayó encima mío o del Patrón. Pero, lenta y gradualmente, nos vimos totalmente atrapados en su interior.

Era como si me encontrara dentro de una burbuja en el fondo de un mar encrespado. Murallas de agua me rodeaban y formas oscuras se deslizaban entre ellas. Parecía como si el universo entero tratara de aplastarme. Me concentré en el mundo rojo de la Joya. Izquierda...

Los castaños en flor... Una taza de chocolate caliente en la terraza.de un café... El concierto de una orquesta en los Jardines de las Tullerías y los sonidos dispersándose a través del aire de la mañana...

Berlín en los años veinte, el Pacífico en los treinta: sentí placer entonces, pero diferente. Tal vez no fuera el verdadero pasado, sino las imágenes de un pasado que, más tarde, retorna para confortarnos o atormentarnos... a un hombre o a una nación. Poco importa. Cruzo el Pont Neuf y bajo por la Rué Rivoli, junto a los autobuses... Los pintores ante sus caballetes en los Jardines de Luxemburgo... Si todo acaba bien, tal vez algún día busque una sombra igual... Estaba a la altura de mi Avalón. Había olvidado... Los detalles...

Las pinceladas que conforman la vida... El olor de los castaños...

Camino... Finalicé otro circuito. El viento aullaba y la tormenta rugía, pero no me rozaron. Mientras no permita que me distraiga, mientras siga avanzando y mantenga mi concentración en la Joya...Tenía que resistir, tenía que seguir dando esos lentos y cuidadosos pasos, sin detenerme nunca, cada vez más despacio pero en constante movimiento.... Rostros... Parecía que filas interminables de caras me contemplaran desde más allá del borde del Patrón... Grandes, como La Cabeza, pero retorcidas: sonriendo, mofándose, burlándose de mí, esperando que me detuviera o diera un paso en falso... Aguardando que todo el proceso se desmoronara a mi alrededor... Estallaban relámpagos detrás de sus ojos y en sus bocas, su risa era el trueno... Las sombras se arrastraban entre ellos... Y me hablaban, con palabras surgidas del vendaval de un oscuro océano... Fracasaría, me decían, fracasaría y sería arrastrado, y este fragmento de Patrón acabaría convertido en pequeñas piezas a mi espalda mientras yo era consumido... Me maldijeron, escupieron y vomitaron en mi dirección, aunque no me rozaron... Quizá no estuvieran ahí de verdad... Tal vez mi mente cedió ante la presión... Entonces, ¿qué sentido tenían mis esfuerzos? ¿Un nuevo Patrón creado por un loco? Vacilé, y repitieron a coro: «¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!». Su voz era la de los elementos.

Respiré profundamente y percibí la fragancia que quedaba de la rosa; pensé en los castaños una vez más, y en los días alegres de la vida y el orden orgánico. Las voces parecieron perderse cuando mi mente recorrió los acontecimientos de aquel feliz año... Y di otro paso... Y otro... Las voces habían fustigado mi debilidad, sentían mis dudas, mi ansiedad, mi fatiga... Fueran lo que fueren, se aferraron a ello y trataron de usarlo en mi contra... Izquierda... Derecha... Que noten mi confianza y que desaparezcan, me dije a mí mismo. He llegado hasta aquí. Y continuaré hasta el fin. Izquierda...

Remolinearon a mi alrededor profiriendo palabras desalentadoras. Pero parte de su fuerza se había desvanecido. Me abrí camino a través de otra sección curva, viendo cómo crecía en el ojo rojo de mi mente.

Pensé de nuevo en mi fuga de Greenwood, en la información que le saqué a Flora con mis engaños, en mi encuentro con Random, nuestra lucha con sus perseguidores, nuestro viaje de regreso a Ámbar... Pensé en nuestra huida a Rabma y en el Patrón inverso que atravesé allí para recuperar casi toda mi memoria... En la boda obligada

de Random y en mi solitario viaje a Ámbar, donde me enfrenté a Eric para luego refugiarme con Bleys... En las batallas que siguieron, mi ceguera, mi recuperación, mi escape, mi viaje a Lorraine y, posteriormente, a Avalón...

Moviéndose a más velocidad, mi mente rozó la superficie de los eventos que siguieron... Canelón y Lorraine... Las criaturas del Círculo Negro... El brazo de Benedict... Dará.... El regreso de Brand y su herida... Mi herida... Bill Roth... los informes del hospital... Mi accidente...

... Ahora, desde el comienzo de mi historia en Greenwood, mi mente recorrió de nuevo los acontecimientos hasta llegar a ese momento en que me esforzaba por asegurar que cada movimiento fuese tan perfecto como yo creía que tenía que serlo, noté la creciente sensación de anticipación que yo había conocido -no importa que mis actos estuvieran dirigidos hacia el trono, la venganza, o el concepto que yo tenía del deber-, y fui consciente de su continua existencia a lo largo de aquellos años hasta ese instante, cuando por fin venía acompañada por una sensación más intensa... Me di cuenta de que la espera estaba a punto de concluir, que, fuera lo que fuere lo que había estado anticipando y esforzándome por conseguir, pronto ocurriría.

Izquierda... Muy, muy despacio... Esto era lo único que contaba. Toda mi voluntad estaba proyectada en los movimientos. Mi concentración era completa. No importaba lo que me esperara más allá del Patrón, mi mente no pensaba en ello. Truenos, rostros, vientos... No importaba. Sólo existía la Joya, el Patrón naciente y yo mismo... y apenas era consciente de mí. Quizá esto fuera lo más cerca que jamás llegaría a estar de la idea de unión con el Absoluto que tenía Hugi. Giro... Pie derecho... Giro otra vez...

El tiempo perdió todo significado. El espacio quedó restringido al diseño que estaba creando. Extraía fuerza de la Joya sin pedirla, como parte del proceso en el que me encontraba involucrado. Supongo que, en un sentido, fui destruido. Me convertí en un punto en movimiento, programado por la Joya, realizando una operación que me absorbía por completo, y que no me dejaba espacio para la consciencia de mi ser. Sin embargo, y en un nivel determinado, también comprendí que yo era parte del proceso. Comprendí que si fuera otra persona la que estuviera trazando el Patrón, éste sería totalmente diferente.

Vagamente, percibí que ya había recorrido la mitad del trayecto. El camino se hizo más difícil, mis movimientos, incluso, más lentos. A pesar de la cuestión de la velocidad, recordé mis experiencias cuando sintonicé con la Joya, en aquella matriz extraña y multidimensional que parecía ser la fuente de origen del Patrón mismo.

Derecha... Izquierda...

No había resistencia. Me sentí muy liviano, a pesar de la premeditación de los movimientos. Era como si una energía ilimitada me

bañara continuamente. Todos los sonidos a mi alrededor se habían fundido en un ruido blanco, desapareciendo.

Repentinamente, dejé de moverme despacio. La sensación no fue como si acabara de atravesar un Velo o una barrera, sino como si hubiera sufrido un reajuste interno.

Sentí que avanzaba a un paso más normal, trazando espirales cada vez más estrechas, acercándome a lo que pronto sería el fin del diseño. Aún me encontraba carente de emociones, aunque intelectualmente noté que un profundo sentido de gozo crecía en mi interior y explotaría pronto. Otro paso... Otro... Tal vez otros diez...

Súbitamente, el mundo se oscureció. Me pareció que me encontraba en medio de un gran vacío, con sólo la débil luz de la Joya ante mí y el resplandor del Patrón, parecido a la espiral de una nébula por la cual avanzaba. Vacilé, pero sólo un momento. Esta debía ser la última ordalía, el asalto final. Decidí buscar la concentración completa.

La Joya me mostró lo que tenía que hacer y el Patrón dónde tenía que hacerlo. Lo que faltaba era una visión de mi persona. Izquierda...

Continué, ejecutando cada movimiento con toda mi atención. Finalmente, una fuerza de resistencia comenzó a alzarse contra mí, como en el viejo Patrón. Mis años de experiencia me ayudaron. Luché por dar dos pasos más ante la presión cada vez más fuerte.

Entonces, en el interior de la Joya, vi el fin del Patrón. Habría perdido el aire ante la percepción de su belleza, pero en ese momento incluso mi aliento estaba regulado por mis esfuerzos. Concentré toda mi fuerza en el siguiente paso, y el vacío pareció resquebrajarse a mi alrededor. Lo completé, y el siguiente incluso fue más difícil. Era como si estuviera en el centro del universo, caminando sobre estrellas, luchando por proyectar un movimiento básico en lo que esencialmente era un acto de voluntad.

Mi pie avanzó con lentitud, aunque yo no pude verlo. El Patrón comenzó a brillar. Pronto el resplandor fue casi cegador.

Quedaba poco... Me esforcé como nunca lo había hecho en el viejo Patrón, ya que en ese momento la resistencia pareció absoluta. Tenía que enfrentarla con una firmeza y constancia de voluntad que no dejaba lugar para nada más, aunque parecía como si no me moviera, como si todas mis energías se encontraran concentradas en el fulgor del dibujo. Al fin, saldría con un espléndido telón de fondo...

Minutos, días, años... No sé el tiempo que transcurrió. Fue una eternidad, como si hubiera estado realizando este acto siempre...

Entonces avancé, y tampoco sé el tiempo que esto me tomó. Pero di el paso, e inicié otro. Luego otro...

El universo retrocedió a mi alrededor. Había acabado.

La presión desapareció. La oscuridad desapareció...

Por un momento, permanecí en el centro de mi Patrón. Sin siquiera mirarlo, caí de rodillas y me doblé, la sangre golpeaba mis oídos. La cabeza me daba vueltas, y jadeaba. Todo mi cuerpo empezó a temblar. De manera periférica, me di cuenta de que lo había hecho. Sin importar lo que ocurriera a partir de ese momento, existía un Patrón. Y resistiría…

Escuché un ruido donde sólo debía reinar el silencio, pero mis exhaustos músculos se negaron a responder, incluso por reflejo, hasta que fue demasiado tarde. Sólo cuando la Joya me fue arrebatada de mis fláccidos dedos alcé la cabeza, y me senté, apoyándome en las piernas. Nadie me había seguido a través del Patrón… Estoy seguro de que lo habría notado. Por lo tanto…

La luz era casi normal y, parpadeando, miré la sonriente cara de Brand. Llevaba un parche negro sobre un ojo y sostenía la Joya en su mano. Debió haberse teletransportado al interior del Patrón.

Cuando levanté la cabeza, me golpeó; caí sobre mi costado derecho. Entonces me pateó con fuerza en el estómago.

-Bien, veo que lo has conseguido -comentó-. No pensé que pudieras hacerlo. Otro Patrón que tendré que destruir antes de arreglarlo todo. Aunque primero me hace falta esto para desequilibrar la batalla que se libra en las Cortes -movió la Joya-. Debo despedirme de ti momentáneamente. Adiós.

Y desapareció.

Me quedé allí tumbado, jadeando y agarrándome el estómago. Olas de oscuridad se alzaron y cayeron, como la espuma, en mi interior, pero no sucumbí por completo a la inconsciencia. Una sensación enorme de desesperación cubrió mi cuerpo, cerré los ojos y lancé un gemido. Tampoco tenía una Joya de la que extraer fuerzas.

Los castaños…

X

Tumbado allí, dolorido, tuve la visión de que Brand aparecía en el campo de batalla donde los ejércitos de Ámbar y el Caos luchaban, con la Joya latiendo en torno a su cuello. Aparentemente, el control que ejercía sobre ella era suficiente, según su propia impresión, para hacer que la contienda se desequilibrara en nuestra contra. Le vi lanzando truenos a nuestras tropas. Le vi convocando huracanes y tormentas de granizo sobre nosotros. Casi lloré. Nos destruiría... cuando aún estaba a tiempo de redimirse ante nuestros ojos si nos ayudaba. Pero ganar no era lo único que deseaba. Tenía que vencer de acuerdo con sus propios términos y, además, quedando él como único triunfador. ¿Y yo? Yo había fracasado. Había levantado un Patrón contra el Caos, algo que nunca pensé que podría hacer. Sin embargo, no serviría para nada si se perdía la batalla y Brand volvía para borrar todo mi trabajo. Haber llegado tan cerca, después de todo lo que pasé, para fracasar aquí... Casi grito «¡Injusticia!», pero sabía que el universo no funcionaba de acuerdo con las nociones que yo tenía de la equidad. Rechiné los dientes y escupí un poco de tierra que me había entrado en la boca. Nuestro padre me había encomendado que llevara la Joya al campo de batalla. Casi lo logré.

Entonces me invadió una especie de alienación. Algo quería que le prestara atención. ¿Qué?

El silencio.

Los vientos huracanados y los truenos habían cesado. El aire estaba inmóvil. De hecho, era un aire frío pero agradable. Y, más allá de mis párpados, supe que había luz.

Abrí los ojos. Vi un cielo de un blanco brillante y uniforme. Parpadeé varias veces, volví la cabeza. Había algo a mi derecha...

Un árbol. Donde planté el bastón que cortara del viejo Ygg, se erguía un árbol. Era mucho más alto ya de lo que había sido el bastón. Casi pude ver cómo crecía. Estaba cubierto de hojas verdes y de blancos brotes; unos pocos se habían abierto. La brisa que venía de esa dirección me trajo un delicado aroma que me confortó un poco.

Me toqué los costados. No parecía que tuviera ninguna costilla rota, aunque mi estómago todavía estaba contraído por la patada recibida. Me froté los ojos con los nudillos y me pasé las manos por el pelo. Entonces suspiré y me incorporé sobre una rodilla.

Girando la cabeza, contemplé el panorama. La meseta seguía igual, pero, de alguna manera, era diferente. Estaba desnuda, mas ya no era áspera. Posiblemente, se debía a algún efecto de la luz. No, había algo más...

Di una vuelta entera, abarcando todo el horizonte. No era el mismo lugar en el que había comenzado mi creación. Había diferencias sutiles y manifiestas: formaciones rocosas cambiadas, una cavidad

donde antes hubo una elevación, una nueva textura en la piedra próxima a mí, y, en la distancia, el suelo parecía de tierra. Me puse de pie y, en ese momento y desde alguna parte, capté el aroma del mar. Este lugar irradiaba una sensación distinta al que yo había ascendido... tanto tiempo atrás, o eso me pareció. Era un cambio demasiado profundo para achacárselo a la tormenta. Me recordó otro sitio.

Suspiré de nuevo, allí, en el centro del Patrón, y seguí analizando mi entorno. A pesar mío, la desesperación daba lugar a una sensación de «refresco» -parece la palabra más adecuada- que surgía dentro de mí. El aire era tan limpio y dulce, y el lugar tenía una cualidad nueva; yo...

Claro. Era igual que el emplazamiento del Patrón original. Me volví hacia el árbol y lo contemplé otra vez, viendo que de nuevo parecía más alto. Igual; sin embargo, distinto... Algo nuevo flotaba en el aire y en la tierra, en el cielo. Era un lugar nuevo. Un nuevo Patrón original. Todo lo que me rodeaba era el resultado del Patrón en el que me encontraba.

Repentinamente, me di cuenta de que sentía algo más intenso que una sensación de refresco. Era un profundo gozo, una alegría que recorría todo mi cuerpo. Este era un lugar limpio y puro, y yo era el responsable de su creación.

Transcurrió el tiempo. Yo estaba allí, contemplando los árboles, mis alrededores, disfrutando con la euforia que se había apoderado de mí. Esta era una especie de victoria... hasta que volviera Brand y lo destruyera.

Inmediatamente, recobré la calma. Tenía que detener a Brand y proteger esté emplazamiento. Me encontraba en el centro del Patrón. Si éste funcionaba como el otro, podía utilizar su poder para proyectarme a cualquier lugar que deseara. Podría ir a reunirme con mis hermanos.

Me quité el polvo de la ropa. Liberé el seguro de la funda de mi espada. Comprendí que tal vez no todo estuviera perdido como antes me pareció. Se me ordenó que llevara la Joya al campo de batalla. Brand lo hizo por mí; y aún estaría allí. Sólo tenía que ir y, de alguna manera, arrebatársela, haciendo que los acontecimientos se inclinaran a nuestro favor.

Miré en derredor mío. Si sobrevivía, sabía que volvería para investigar mejor la nueva situación que había creado. Había un misterio aquí. Flotaba en el aire y se mecía con la brisa. Quizá tardara edades enteras en desentrañar lo que había ocurrido en el trazado del nuevo Patrón.

Saludé al árbol. Me pareció que se movió cuando lo hice. Ajusté la rosa y la coloqué en su sitio. Era hora de que me pusiera en marcha. Pero aún me quedaba algo por hacer.

Bajé la cabeza y cerré los ojos. Traté de recordar la composición de la tierra que se extendía ante el último abismo de las Cortes del Caos. Entonces lo vi, bajo aquel frenético cielo, y lo habité con mi familia, con las tropas. Creí escuchar el ruido de una batalla lejana. La escena se enfocó,

haciéndose más clara. Mantuve la visión un instante más, luego le ordené al Patrón que me transportara hasta allí.

... Un momento después, o eso me pareció, me encontraba en la cima de una colina al lado de una llanura; el viento azotó mi capa a mi alrededor. El cielo era aquella misma superficie errática y cambiante, cruzada por rayas, que recordaba de la última vez: un arcoiris dividido, a un lado la negrura y al otro el movimiento psicodélico. Vapores desagradables flotaban en el aire. El camino negro se encontraba lejos, a la derecha ahora, y atravesaba la llanura, para internarse más allá del abismo hacia la oscura ciudadela, iluminado por intermitentes y diminutos resplandores de luciérnagas. Nebulosos puentes que surgían de aquella oscuridad vagaban por el aire, y extrañas formas los recorrían, igual que al camino negro. Debajo mío, en el campo, se veía lo que parecía la concentración principal de tropas. A mi espalda, escuché algo que no era el alado carro del Tiempo.

Volviéndome hacia lo que debía ser el norte, contemplé el avance de aquella demoníaca tormenta a través de las distantes montañas, bajo el rugido de los truenos, acercándose como un glaciar que llegaba hasta el cielo.

Así que no la había detenido con la creación del nuevo Patrón. Era como si simplemente hubiera pasado de largo ante mi zona protegida, continuando hasta que llegara a su determinado destino. Tuve la esperanza de que los impulsos constructivos, fueran los que fueren, que emanaban de mi Patrón, lograrían imponerse a la devastadora desolación que dejaba tras de sí la tormenta, devolviendo, de esa manera, de nuevo un orden a través de la Sombra. Me pregunté cuánto tardaría la tormenta en llegar hasta donde yo me encontraba.

Escuché un sonido de cascos y me volví, desenvainando mi espada...

Un jinete con cuernos, montado sobre un gran caballo negro, se abalanzaba sobre mí, algo parecido al fuego brillaba en sus ojos.

Afirmé mi posición y esperé. Creo que descendió de uno de los caminos gaseosos que flotaban en mi dirección. Los dos estábamos bastante alejados del fragor general. Observé mientras subía la colina. Montaba un caballo extraño, de poderoso pecho. ¿Dónde demonios se encontraba Brand? No había acudido para luchar con el primero que surgiera.

Vigilé al jinete a medida que se acercaba, y también la espada curva que empuñaba. Cambié de posición cuando se aproximó para darme un corte lateral. En el momento en que bajó la espada, la bloqueé con un movimiento que puso a mi alcance su brazo. Lo cogí, tirándolo de la montura.

-Esa rosa... -dijo al caer al suelo.

Desconozco qué más pudo haber dicho, ya que le corté el cuello, y sus palabras, junto con todo lo demás que le concerniera, se perdieron con el llameante tajo.

Entonces di media vuelta, llevándome a Grayswandir, y corrí unos metros, hasta que cogí las riendas del caballo negro. Hablé con él, calmándolo, y lo alejé de las llamas. Pasados unos minutos, cuando ya nos entendimos mejor, monté.

Al principio se mostró nervioso, pero le hice dar unas vueltas por la cima de la colina para tranquilizarlo mientras yo observaba la batalla. Los ejércitos de Ámbar parecían llevar la ofensiva. El campo estaba cubierto de humeantes cadáveres. El grueso principal de nuestros enemigos se vio obligado a retroceder a una parte del terreno más elevada, cerca del borde mismo del abismo. Muchas de sus líneas, que todavía no estaban rotas, pero sí fuertemente presionadas, caían mientras retrocedían lentamente hacia él. Pero, por otro lado, tropas de refresco atravesaban el abismo y se unían a los que defendían las alturas. Calculando rápidamente su creciente número y la posición que ocupaban, pensé que tal vez preparaban una ofensiva por su propia cuenta. No se veía a Brand por ningún sitio.

Incluso si me hubiera encontrado descansado y llevara armadura, me lo habría pensado dos veces antes de bajar a mezclarme en la lucha. Mi objetivo en ese momento era localizar a Brand. Dudaba que estuviera metido directamente en la batalla. Escudriñé en los costados del campo, buscando una figura solitaria. No... Tal vez en el extremo más alejado del terreno, Decidí dar una vuelta y dirigirme al norte. Había demasiada extensión hacia el oeste que yo no podía ver.

Giré al caballo y bajé la colina. Pensé una vez más que sería muy agradable poder descansar. Simplemente tumbarme y dormir. Suspiré. ¿Dónde demonios estaba Brand?

Llegué hasta el pie de la colina y doblé para cortar camino a través de una alcantarilla. Necesitaba una perspectiva mejor...

-¡Lord Corwin de Ámbar!

Me estaba esperando cuando giré por una curva de la depresión. Era un tipo grande y del color de un cadáver, su pelo era rojo, al igual que su caballo. Llevaba una armadura cobriza surcada con líneas de color verde; estaba inmóvil, contemplándome.

-Os vi en la cima de la colina -comentó-. No lleváis cota de malla, ¿verdad?

Me di un golpe en el pecho.

Asintió con un movimiento brusco. Entonces alzó las manos, primero a su hombro izquierdo, luego al derecho, después a los costados, abriendo los cierres de su pechera. Cuando acabó, se quitó la cota de malla y la bajó por su lado izquierdo, dejándola caer al suelo. También se desprendió de la protección de las piernas.

-He esperado mucho para encontrarme con vos -dijo-. Me llamo Borel. No quiero que nadie diga que aproveché injustamente mi ventaja cuando os maté.

Borel... El nombre me resultaba familiar. Entonces lo recordé. Tenía el afecto y el respeto de Dará. Había sido su maestro de esgrima, un experto con la espada. Pero vi que era estúpido. Al quitarse la armadura perdió mi respeto. La guerra no es un juego, y yo no tenía ninguna intención de batirme con un imbécil presumido porque pensara de otra manera. Y menos si era un imbécil diestro, cuando yo estaba físicamente exhausto. Aunque no fuera mejor que yo, si resistía un poco podría agotarme.

-Al fin resolveremos una cuestión que durante mucho tiempo me ha preocupado -observó.

Repliqué con una vulgaridad típica, giré sobre mis pasos y me lancé a toda carrera por el camino que acababa de recorrer. Me persiguió inmediatamente.

Cuando llegué de nuevo a la alcantarilla, me di cuenta de que no había conseguido la distancia suficiente para obtener ventaja. Era cuestión de segundos hasta que alcanzara mi expuesta espalda y me partiera en dos o me obligara a luchar. Sin embargo, aunque estaba limitado, mis opciones incluían algo más.

-¡Cobarde! -gritó-. ¡Huís de un combate! ¿Es este el gran guerrero del que tanto oí hablar?

Alcé la mano y desabroché la capa. A ambos lados, el borde de la alcantarilla quedó al mismo nivel de mis hombros, luego de mi cintura.

Salté de la montura hacia mi izquierda, me tambaleé una vez y asenté los pies. El caballo negro continuó su galope. Me moví hacia mi derecha y esperé.

Cogiendo la capa con las dos manos, realicé una verónica invertida uno o dos segundos antes de que los hombros y la cabeza de Borel aparecieran de frente. Le cubrió por entero, incluida la espada, tapándole la cabeza y estorbándole los brazos.

Entonces, lancé una dura patada. Apunté a la cabeza, pero le di en el hombro izquierdo. Cayó de la silla y su caballo también pasó de largo.

Desenvainando a Grayswandir, salté encima suyo. Caí sobre él en el momento en que se desembarazaba de la capa y trataba de incorporarse. Lo atravesé donde estaba sentado y vi la expresión de asombro en su rostro cuando la herida ardió

-¡Oh, qué acto tan infame! -exclamó-. ¡Esperaba algo mejor de vos!

-Estos no son exactamente los Juegos Olímpicos -le dije, apartando algunas chispas de la capa.

Luego busqué a mi caballo y monté. Esto me insumió varios minutos. Cuando continué mi camino hacia el norte, vislumbré a Benedict dirigiendo la batalla, y en un punto dé la retaguardia, vi a Julián al

frente de las tropas de Arden. Aparentemente, Benedict las guardaba de reserva.

Continué mi marcha hacia la tormenta que se acercaba, bajo el cielo medio oscuro, medio coloreado. Pronto llegué a mi destino, la colina más alta que había a la vista, y comencé a subirla. Me detuve varias veces en la ascensión para mirar hacia atrás.

Vi a Deirdre, que blandía un hacha negra y llevaba una armadura del mismo color; Llewella y Flora estaban entre los arqueros; a Piona no la localicé por ninguna parte. Tampoco encontré a Gérard. Entonces distinguí a Random montado a caballo, empuñaba una pesada espada y dirigía un asalto hacia la posición más alta del enemigo. A su lado había un caballero vestido de verde a quien no reconocí. El hombre blandía una maza con mortal eficiencia. Llevaba un arco a la espalda, y de la cadera le colgaba un carcaj con brillantes flechas.

Los sonidos de la tormenta aumentaron de volumen cuando llegué a la cima de la colina. El relámpago parpadeaba con la regularidad de una lámpara fluorescente y la lluvia caía: una cortina de fibra de vidrio que ya había dejado atrás las montañas.

Debajo de donde yo me encontraba, tanto las bestias como los hombres -y había unos cuantos hombres-bestia- estaban entrelazados con los nudos y tiras que formaban la batalla. Una nube de polvo flotaba sobre el campo. Sin embargo, analizando la distribución de los ejércitos, no me pareció que las crecientes tropas del enemigo pudieran ser empujadas mucho más lejos. De hecho, casi pareció el momento oportuno para una contraofensiva. Estaban preparados en sus escarpados emplazamientos y sólo esperaban la orden.

Yo me encontraba a un minuto y medio de distancia. Avanzaron, barriendo la pendiente por la que bajaban, reforzando sus líneas, obligando a retroceder a nuestras tropas con su empuje. Y a cada momento llegaban más refuerzos desde el oscuro abismo. Nuestras propias fuerzas comenzaron una ordenada retirada. El enemigo presionó más fuerte, y cuando todo indicaba que convertirían ese. momento en una derrota nuestra, alguien debió dar una orden.

Escuché el sonido del cuerno de Julián, y poco después le vi sobre Morgenstern, conduciendo a sus hombres de Arden al campo. Esto casi equilibró las fuerzas del enemigo, y el nivel del ruido se elevó, imparable, mientras el cielo rotaba encima nuestro.

Contemplé el enfrentamiento durante casi un cuarto de hora, mientras nuestro propio ejército retrocedía a través del campo. Entonces, vi a un hombre manco montado sobre un llameante caballo cubierto de rayas aparecer repentinamente sobre una colina distante. La espada que sostenía en la mano estaba alzada y miraba al oeste, dándome la espalda. Permaneció quieto durante varios segundos largos. Luego bajó la espada.

Desde el oeste escuché trompetas, y al principio no distinguí nada. Luego, una línea de caballería apareció a la vista. Me sobresalté. Por un

momento pensé que Brand estaba ahí. En seguida me di cuenta de que era Bleys que conducía a sus tropas contra el desguarnecido flanco del enemigo.

Y, súbitamente, nuestras tropas del campo dejaron de retroceder. Mantuvieron el terreno. Luego comenzaron a empujar.

Bleys y sus jinetes cargaron, y supe que Benedict ganaría el día otra vez. El enemigo estaba a punto de ser despedazado.

Entonces, un viento frío proveniente del norte me azotó con fuerza y nuevamente miré en esa dirección.

La tormenta había avanzado considerablemente. Debió ganar velocidad durante los últimos minutos. El día parecía más oscuro que antes, los fogonazos eran más brillantes y el rugido de los truenos más alto. Y ese frío y húmedo viento aumentaba en intensidad.

En ese momento me pregunté... ¿se limitará simplemente a barrer el campo como una ola de aniquilación y ahí terminará todo? ¿Qué ocurrirá con los efectos del nuevo Patrón? ¿Se expandirán, reparando el daño? Dudaba. Si esa tormenta llegaba hasta nosotros, algo me decía que no podríamos hacer nada. Haría falta el poder de la Joya para mantenerla apartada hasta que se restaurara el orden. ¿Y qué quedaría si la sobrevivíamos? No podía adivinarlo.

Por lo tanto, ¿cuál era el plan de Brand? ¿Por qué esperaba? ¿Qué iba a hacer?

Una vez más dirigí mi vista hacia el campo de batalla.

Algo.

En un lugar bañado por las sombras, en las alturas donde el enemigo se había reagrupado, reforzándose para atacar a continuación... había algo.

Un diminuto resplandor rojo... Estaba seguro de que lo había visto.

Seguí observando aquel lugar, permanecí a la espera. Tenía que verlo otra vez, localizarlo...

Transcurrió un minuto. Quizá dos...

¡Allí! De nuevo.

Hice que mi caballo diera la vuelta. Tal vez fuera posible bordear el flanco más cercano del enemigo y subir a aquella elevación supuestamente vacía. Me lancé colina abajo con ese plan en mente.

Tenía que ser Brand con la Joya. Había elegido un lugar bueno y seguro desde el cual dominaba todo el campo de batalla a la vez que vigilaba la tormenta. Desde allí podría dirigir los truenos contra nuestras tropas, golpearnos con las extrañas furias del huracán, haciendo que éste se apartase de su escondite. Parecía la utilización más simple y efectiva de la Joya bajo tales circunstancias.

Debía aproximarme deprisa. Mi control sobre la piedra era mayor que el suyo, pero disminuía con la distancia... además, él llevaba la Joya en contacto directo. Pensé que la mejor posibilidad que tenía consistía en cargar directamente sobre él y entrar en el campo de control de la Joya a toda costa, apoderándome mentalmente de ella para usarla en su contra. Tal vez tuviera un guardaespaldas a su lado. Ese pensamiento me inquietó, ya que la acción podría resultar de una lentitud desastrosa. Y, si estaba solo, ¿qué le impediría teletransportarse si la situación se ponía difícil? En ese caso, ¿qué podría hacer yo? Comenzar de nuevo y cazarlo otra vez. Me pregunté si con la Joya podría impedirle la huida. No lo sabía. Decidí intentarlo.

Quizá no fuera el mejor de los planes, pero era el único que tenía. No quedaba más tiempo para pensar en otro.

Mientras cabalgaba, vi que más gente se dirigía hacia aquella elevación. Random, Deirdre y Piona, montados y acompañados de ocho jinetes, se habían abierto paso entre las líneas enemigas, y unos cuantos soldados -no sabía si eran amigos o enemigos... posiblemente hubiera de ambos- cabalgaban a toda velocidad tras ellos. El caballero vestido de verde parecía el más rápido y acortaba la distancia que los separaba. No lo reconocí. Sin embargo, no tuve ninguna duda de la intención de la vanguardia... no, si Piona iba con ellos. Debió detectar la presencia de Brand y conducía a los demás hasta él. Unas pocas gotas de esperanza se depositaron en mi corazón. Tal vez fuera capaz de neutralizar los poderes de Brand, o, al menos, minimizarlos. Me incliné sobre el lomo de mi caballo, manteniendo el rumbo hacia la izquierda, e incrementé la velocidad. El cielo seguía rotando. El viento silbaba a mi alrededor. Oí un trueno terrible. No miré hacia atrás.

Trataba de darles alcance. No quería que llegaran antes que yo, pero temí que lo hicieran. La distancia era demasiado grande.

Si tan sólo giraran la cabeza y me vieran, probablemente me esperarían. Lamenté no haber tenido la oportunidad de hacerles notar mi presencia antes. Maldije la inoperancia de los Triunfos.

Comencé a gritar, pero el viento dispersó mis palabras y el trueno las aplastó.

-¡Esperadme! ¡Maldición! ¡Soy yo, Corwin!

Ni siquiera me miraron.

Pasé al lado de la batalla más próxima y cabalgué a lo largo del flanco enemigo, lejos del alcance de los misiles y las flechas. Parecían retroceder rápidamente, mientras nuestras tropas se desplegaban en abanico, abarcando una zona cada vez más grande. Brand se preparaba para golpear. Parte del cielo giratorio se encontraba cubierto por una oscura nube que no estaba sobre el campo unos minutos antes.

Me dirigí a mi derecha, por detrás de las fuerzas enemigas que retrocedían, y cabalgué hacia las colinas que los otros ya ascendían.

El cielo continuó oscureciéndose cuando yo llegué hasta el pie de la colina, y tuve miedo por mis hermanos. Se acercaban demasiado a él. Brand atacaría pronto, a menos que Piona fuese lo suficientemente fuerte como para detenerlo...

El caballo se encabritó, arrojándome al suelo, cuando surgió ese cegador destello delante mío. El trueno cayó antes de que yo golpeara la tierra.

Durante unos segundos permanecí atontado. El caballo había huido y se encontraba a unos cincuenta metros, entonces se detuvo y dio vueltas, desconcertado. Me apoyé sobre mi estómago y alcé la vista para escudriñar la pendiente. Los otros jinetes también estaban en tierra. El grupo, aparentemente, había sido golpeado por la descarga. Varios se movían, los demás permanecían quietos. Ninguno se había incorporado aún. Por encima de ellos, vi el resplandor rojo de la Joya, más brillante y regular, y la silueta sombría de quien la llevaba.

Comencé a arrastrarme hacia mi izquierda mientras subía. Quería salir del campo de visión de la figura antes de arriesgarme a ponerme de pie. Me llevaría demasiado tiempo alcanzarlo en esa posición, y tendría que apartarme de los otros, ya que su atención estaría centrada en ellos.

Avancé cuidadosamente, despacio, ocultándome detrás de cada piedra, preguntándome si el trueno caería otra vez en el mismo sitio... y, si no era así, cuándo comenzaría su ataque sobre nuestras tropas. Pensé que en cualquier momento. Una mirada hacia atrás me mostró que nuestro ejército estaba desplegado por el extremo más alejado del campo, empujando al enemigo hacia este lado. Estaba claro que en poco tiempo tendría que preocuparme también de ellos.

Llegué hasta una zanja estrecha y me arrastré hacia el sur unos diez metros. Luego me alejé, aprovechando una oclusión, y, más adelante, unas rocas.

Cuando levanté la cabeza para calibrar la situación, ya no vi el fulgor de la Joya. La grieta desde la que había emitido su brillo estaba cubierta por un promontorio.

Seguí arrastrándome cerca del borde del mismo abismo, antes de dirigirme otra vez hacia mi derecha. Llegué a un punto donde me pareció seguro incorporarme. Continuamente esperaba otro destello, otro trueno -próximo o en el campo-, pero no surgió ninguno. Me pregunté... ¿por qué no? Lancé mi mente, tratando de sentir la presencia de la Joya, pero no pude. Me apresuré en llegar al sitio donde había visto el brillo.

Miré hacia el abismo para asegurarme de que no surgiría ninguna amenaza de aquella dirección. Saqué mi espada. Cuando llegué a mi objetivo, me quedé cerca de la escarpa y con cuidado avancé hacia el norte. Me agaché cuando llegué al borde, y eché un vistazo.

No vi ningún resplandor. Tampoco ninguna figura bañada por la sombra. La grieta rocosa parecía vacía. No había nada sospechoso en las cercanías. ¿Se habrá teletransportado de nuevo? En ese caso, ¿por qué?

Me incorporé y rodeé el promontorio. Seguí avanzando en la misma dirección. Nuevamente, traté de sentir la presencia de la Joya, y esta vez establecí un ligero contacto... en algún lugar a mi derecha y arriba, eso me pareció.

En silencio y con cuidado, me dirigí hacia allí. ¿Por qué había abandonado su refugio? Era ideal para lo que se proponía. A menos que...

Escuché un grito y una maldición. Eran dos voces diferentes. Corrí.

XI

Dejé el nicho atrás y continué subiendo. Detrás suyo comenzaba un sendero natural que ascendía por la cara de la colina. Lo seguí.

Todavía no pude ver a nadie, pero la presencia de la Joya se hizo más fuerte al avanzar. Creí escuchar una pisada a mi derecha y giré la cabeza en esa dirección, pero no vi a nadie. Tampoco la Joya parecía tan cercana, así que proseguí.

Cuando me acerqué a la cima, mientras la negra cortina del Caos pendía detrás, escuché voces. No distinguí el significado, pero las palabras parecían agitadas.

Me aproximé despacio a la cima y, agachándome, eché un vistazo por encima de una roca.

Random se encontraba a poca distancia delante de mí y Piona estaba con él, al igual que Lord Chantris y Feldane. Todos, excepto Piona, tenían sus armas listas para combatir, pero permanecían totalmente inmóviles. Contemplaban el centro de nuestra atención -una plataforma rocosa situada ligeramente por encima de su nivel y a unos quince metros-, el lugar donde empezaba el abismo.

Brand estaba allí, y tenía sujeta a Deirdre delante suyo. Había perdido el yelmo, y su cabello castaño oscuro flotaba al viento, mientras él apoyaba una daga contra su cuello. Parecía que ya le había infligido un corte. Me oculté.

Escuché que Random decía en voz baja:

-¿No hay nada más que puedas hacer, Fi?

-Puedo mantenerlo ahí -replicó ella- y, a esta distancia, ralentizar sus esfuerzos para controlar el clima. Pero eso es todo. El está bastante sintonizado con la Joya y yo no. Además, la proximidad le favorece. Cualquier otro intento de mi parte, lo podrá contrarrestar.

Random se mordió el labio inferior.

-Soltad vuestras armas -gritó Brand-. Hacedlo inmediatamente o mato a Deirdre.

-Mátala -dijo Random-, y perderás lo único que te mantiene vivo. Hazlo, y te mostraré qué haré con mi arma.

Brand masculló algo ininteligible. Luego añadió:

-Muy bien. Comenzaré a mutilarla.

Random escupió.

-¡No digas tonterías! -exclamó-. Puede regenerarse tan bien como el resto de la familia. ¡Amenázanos con algo que tenga importancia, de lo contrario cierra la boca y pelea!

Brand permaneció inmóvil. Me pareció mejor no revelar mi presencia. Tenía que haber algo que yo pudiera hacer. Con cuidado, me asomé otra

vez, fotografiando mentalmente el terreno antes de volver a ocultarme. Había unas rocas a la izquierda, pero eran pocas. No veía ninguna manera de que pudiera arrastrarme hasta él por sorpresa.

-Creo que tendremos que lanzarnos sobre él y arriesgarnos -escuché que decía Random-. No veo otra salida. ¿Vosotros?

Antes de que alguien le contestara, ocurrió algo extraño. El día comenzó a brillar con mucha intensidad.

Miré a mi alrededor, buscando de dónde provenía la iluminación... luego alcé la cabeza.

Las nubes todavía estaban allí, y el desconcertante cielo seguía con sus movimientos detrás de ellas. Sin embargo, el resplandor surgía de las nubes. Se habían vuelto opacas y refulgían, como si estuvieran ocultando un sol. Mientras las contemplaba, discerní un aumento perceptible en el brillo.

-¿Qué está tramando? -preguntó Chantris.

-Que yo sepa, nada -contestó Piona-. Me parece que no es obra suya.

-¿De quién, entonces?

No oí ninguna respuesta.

Vi cómo las nubes intensificaban el destello. Las más grandes y resplandecientes parecieron girar, como si se hubieran despertado de pronto. En su interior surgieron formas que fueron cobrando cuerpo. El contorno comenzó a ganar nitidez.

Debajo mío, en el campo de batalla, el fragor del combate disminuyó. La misma tormenta se silenció a medida que crecía la imagen. Definitivamente, algo se formaba sobre nosotros... eran las líneas de una cabeza enorme.

-Os digo que no lo sé -escuché la respuesta de Piona.

Antes de que se estableciera su forma definitiva, me di cuenta de que era el rostro de mi padre lo que se veía en el cielo. Un buen truco. Pero tampoco tenía idea de lo que representaba.

La cara se movió, como si nos contemplara a todos. Había líneas tensas en ella, y una expresión como de preocupación. El resplandor creció un poco más. Sus labios se abrieron.

Cuando me llegó su voz, fue en un nivel normal de conversación y no el vasto retumbar que yo había esperado.

-Os envío este mensaje -dijo- antes de comenzar la reparación del Patrón. Para cuando lo recibáis, mi ordalía habrá acabado con éxito o habrá fracasado. Precederá a la ola de Caos que mi acción desencadenará. Tengo razones para creer que este esfuerzo resultará fatal para mí.

Sus ojos parecieron barrer todo el campo.

«Gozad o lamentaos, lo que elijáis -continuó-, ya que este será el comienzo o el final. Le enviaré la Joya del Juicio a Corwin tan pronto como haya acabado de usarla. Le ordené que la llevara al lugar del conflicto. Todos vuestros esfuerzos serán en vano si la ola de Caos no es desviada. Pero, con la Joya en el lugar adecuado, Corwin podrá protegeros hasta que pase.»

Escuché la risa de Brand. Tenía un toque demencial.

«Con mi muerte -prosiguió la voz-, el problema de la sucesión recaerá sobre vosotros. Albergué algunos deseos al respecto, pero veo que han sido fútiles. Por lo tanto, no me queda más elección que confiar en el cuerno del Unicornio.

«Hijos míos, no puedo decir que me sienta totalmente satisfecho de vosotros, pero supongo que el sentimiento es mutuo. Olvidémoslo. Os otorgo mi bendición, que representa mucho más que una mera formalidad. Voy a recorrer el Patrón. Adiós.»

Entonces su rostro comenzó a desvanecerse y el resplandor abandonó el banco de nubes. Poco después, no quedaba ningún rastro. Los soldados en el campo de batalla permanecían inmóviles.

-... Y, como podéis ver -escuché que Brand decía-, Corwin no tiene la Joya. Arrojad vuestras armas y largaos de aquí. O guardadlas y largaos. No me importa. Dejadme solo. Tengo cosas que hacer.

-Brand -preguntó Piona-, ¿puedes hacer tú lo que Papá quería que hiciera Corwin? ¿Puedes usarla para que la tormenta no nos toque?

-Podría, si quisiera -contestó-. Sí, podría desviarla.

-Te consideraríamos un héroe si lo haces -observó suavemente-. Tendrías nuestra gratitud. Todos los males pasados se olvidarían. Y se perdonarían. Nosotros...

Se rió de forma salvaje.

-¿Tú me perdonarías a mil -preguntó-. ¿Tú, que me encerraste en aquella torre, que me apuñalaste? Gracias, hermana. Es muy bondadoso por tu parte ofrecerme perdón, pero discúlpame si no acepto.

-Muy bien -intervino Random-. ¿Qué quieres? ¿Una disculpa? ¿Riquezas? ¿Un cargo importante? ¿Todo a la vez? Son tuyos. Pero este juego es estúpido. Terminémoslo y regresemos a casa; finjamos que ha sido una pesadilla.

-Sí, acabémoslo -replicó Brand-. Primero soltad las armas. Luego Piona me libera del hechizo, dais media vuelta y os dirigís al norte. Hacedlo o mataré a Deirdre.

-Creo que lo mejor será que sigas adelante y la mates, luego enfréntate conmigo -dijo-, ya que, de todas formas, si te dejamos salirte con la tuya, pronto estará muerta. Todos lo estaremos.

Escuché la risa seca de Brand.

-¿Crees de verdad que os dejaré morir? Os necesito... y cuantos más seáis, mejor. Espero que también esté Deirdre. Sois los únicos que podéis apreciar mi triunfo. Os protegeré del holocausto que pronto va a comenzar.

-No te creo -dijo Random.

-Piénsalo un momento. Me conoces lo suficiente para saber que os querré restregar las narices en mi gloria. Os quiero como testigos de mi acto. En este sentido, me hace falta vuestra presencia en mi nuevo mundo. Ya basta, largaos.

-Tendrás todo lo que desees más nuestra gratitud -comenzó Piona-, si sólo...

-¡Fuera!

Supe que no podría retrasarlo más tiempo. Tenía que moverme. También me di cuenta de que no lo alcanzaría a tiempo. No me quedaba otra opción que usar la Joya en su contra.

Proyecté mi mente y sentí su presencia. Cerré los ojos e invoqué mis poderes.

Calor. Calor, pensé. Te está quemando, Brand. Hace que cada molécula de tu cuerpo vibre a más velocidad con cada segundo que pasa. Estás a punto de convertirte en una antorcha humana...

Le escuché gritar.

-¡Corwin! -aulló-. ¡Detenlo! ¡Sal de tu escondite! ¡La mataré! ¡Mira!

Sin cortar la acción de la Joya, me puse de pie. Lo miré con furia a través de la distancia que nos separaba. Su ropa había comenzado a arder.

-¡Para! -rugió, y alzó el cuchillo y le cortó la cara a Deirdre.

Lancé un grito y mis ojos se nublaron. Perdí el control de la Joya. Pero Deirdre, de cuya mejilla fluía la sangre, hundió los dientes en su mano cuando intentó cortarla de nuevo. Entonces, el brazo de ella quedó libre, momento en que clavó el codo en sus costillas y trató de soltarse.

Tan pronto como ella se movió, tan pronto como su cabeza se apartó, hubo un destello plateado. Brand abrió la boca y soltó la daga. Una flecha había atravesado su garganta. Un instante después, la siguió otra que se clavó en su pecho, a la derecha de la Joya.

Dio un paso atrás y de su garganta salió un grito ahogado. Pero no había ningún sitio donde pudiera hacer pie, sólo el abismo.

Su ojo se abrió a medida que caía. Entonces su mano derecha salió disparada y cogió el cabello de Deirdre. Por entonces, yo ya corría y gritaba, pero supe que no llegaría a tiempo.

Deirdre aulló, el terror inundaba su ensangrentado rostro cuando extendió sus brazos hacia mí...

Entonces Brand, Deirdre y la Joya cayeron por el borde y desaparecieron de nuestra vista, perdiéndose...

Creo que intenté arrojarme detrás de ellos, pero Random me sujetó. Al final, tuvo que golpearme, y todo se desvaneció.

Cuando recobré la consciencia, yacía sobre la pedregosa tierra apartado del lugar donde caí. Alguien había hecho una almohada con mi capa. Lo primero que vi fue el cielo cambiante, que me recordó, extrañamente, el sueño del molino que tuve el día que conocí a Dará. Sentía la presencia de los otros a mi alrededor, oía sus voces, pero no giré la cabeza inmediatamente. Permanecí allí y contemplé el mándala en los cielos y pensé en mi pérdida. Deirdre... ella había significado más para mí que el resto de la familia junta. No puedo evitarlo. Así era. Cuántas veces quise que no fuera mi hermana. Sin embargo, me había reconciliado con la realidad de nuestra situación. Mis sentimientos nunca cambiarían, pero... había desaparecido, y este pensamiento tenía más importancia que la cercana destrucción del mundo.

Pero tenía que ver qué ocurría. Con la Joya perdida, todo había acabado. Aunque... proyecté mi mente, buscando su presencia, tratando de descubrir dónde estaba, pero no sentí nada. Entonces quise incorporarme para ver el avance de la tormenta, mas un brazo me empujó hacia atrás.

-Descansa, Corwin -era la voz de Random-. Estás exhausto. Tu aspecto es el de alguien que cruzó el infierno arrastrándose. Ya no hay nada que puedas hacer. Relájate.

-¿Qué diferencia puede provocar el estado de mi salud? -repliqué-. En poco tiempo, ya no importará más.

Intenté incorporarme de nuevo, y esta vez el brazo me ayudó.

-Muy bien -comentó-. Pero no hay mucho que ver.

Supongo que tenía razón. La lucha parecía acabada, salvo por unos pocos puntos aislados donde el enemigo resistía, pero pronto también éstos cayeron, y los soldados fueron muertos o capturados; todo el mundo venía en nuestra dirección, retrocediendo ante la ola que había alcanzado el extremo más alejado del campo de batalla. En poco tiempo nuestra posición estaría atestada con los supervivientes de los dos bandos. Miré detrás nuestro. Ningún ejército de refresco salía de la oscura ciudadela. ¿Podríamos retroceder hasta allí cuando la ola nos alcanzara? ¿Y luego, qué? El abismo parecía la última respuesta.

-Pronto -murmuré, pensando en Deirdre-. Pronto...

¿Por qué no?

Contemplé el frente tormentoso, con sus cegadores destellos y sus transformaciones. Sí, pronto. Con la Joya perdida en la caída con Brand...

-Brand... -susurré-. ¿Quién lo mató?

-Reclamo esa distinción -dijo una voz conocida que no pude precisar.

Giré la cabeza y abrí los ojos. El hombre vestido de verde estaba sentado sobre una roca. Su arco y su carcaj descansaban en el suelo a su lado. Lanzó una maligna sonrisa en mi dirección.

Era Caine.

-Demonios -dije, acariciándome la barbilla-. Algo gracioso me ocurrió camino de tu funeral.

-Sí. Me lo contaron -se rió-. ¿Alguna vez te has matado a ti mismo, Corwin?

-No recientemente. ¿Cómo lo conseguiste?

-Me dirigí a la sombra adecuada -comentó-, y le tendí una emboscada a mi propia sombra. Así conseguí el cadáver -tembló-. Una sensación muy desagradable. No quisiera repetirla.

-¿Pero por qué? -pregunté-. ¿Por qué fingir tu muerte y echarme a mí la culpa?

-Quería llegar a la raíz del problema de Ámbar -observó- y destruirla. Creí que sería más efectivo si lo hacía desde la oscuridad. ¿Y qué mejor manera que convencer a todo el mundo de que estaba muerto? Y al final tuve éxito, como acabas de ver -se detuvo-. Pero siento lo de Deirdre. No tuve otra opción. Era nuestra última oportunidad. No pensé que la arrastraría con él.

Aparté la vista.

-No tuve otra opción -repitió-. Espero que te des cuenta.

Asentí.

-¿Por qué quisiste que la culpa de tu muerte recayera sobre mí? -pregunté.

Entonces se acercó Piona acompañada de Bleys. Los saludé a los dos y miré de nuevo a Caine, esperando su respuesta. También deseaba hacerle algunas preguntas a Bleys, pero podían esperar.

-¿Bien? -insistí.

-Te quería fuera del camino -dijo-. Aún pensaba que tú podías estar detrás de todo. Tú o Brand. Erais los más sospechosos. Incluso pensé que quizá estuvierais juntos... especialmente por la insistencia que demostraba Brand en traerte de regreso.

-Te equivocaste -intervino Bleys-. Brand quería mantenerlo alejado. Descubrió que estaba recuperando su memoria poco a poco...

-Eso me han contado -replicó Caine-, aunque, por aquel entonces, parecía todo lo contrario. Así que quería que Corwin fuera encerrado de nuevo mientras yo buscaba a Brand. Me oculté y escuché, a través de los Triunfos, todo lo que se hablaba, con la esperanza de descubrir alguna pista del paradero de Brand.

-Eso es lo que Papá me dio a entender -dije.

-¿Qué? -preguntó Caine.

-Creía que había alguien escuchando los Triunfos.

-No sé cómo pudo notarlo. Aprendí a permanecer totalmente pasivo. Me enseñé a mí mismo a recorrerlos todos, tocándolos levemente al mismo tiempo, hasta que surgía un contacto. Entonces centraba mi atención en esa conversación. Pronto descubrí que, al vigilaros de uno en uno y si no estabais concentrados en los Triunfos, podía leeros la mente... siempre que os encontrarais distraídos y yo inmóvil.

-Aún así, él lo descubrió -observé.

-Es muy posible. Incluso probable -comentó Piona, y Bleys asintió.

Random se acercó.

-¿Qué querías dar a entender cuando nos preguntaste por el costado de Corwin? -inquirió-. Cómo podías saberlo a menos que...

Caine simplemente asintió. Vi a Benedict y a Julián juntos en la distancia, dirigiéndose a nuestras tropas. Con el silencioso gesto de Caine, me olvidé de ellos.

-¿Tú? -grazné-. ¿Tú me apuñalaste?

-Bebe, Corwin -me dijo Random, pasándome su cantimplora. Era un vino suave. Lo tragué. Mi sed era inmensa, pero me detuve después de unos buenos tragos.

-Cuéntamelo -le dije.

-Muy bien. Te debo una explicación -aceptó-. Cuando me enteré, por medio de la mente de Julián, que habías sido tú quien trajo a Brand de regreso a Ámbar, llegué a la conclusión de que mi primera conjetura había sido correcta... me refiero a que tú y Brand estabais unidos. De acuerdo con ello, tenía que destruiros. Usé el Patrón para proyectarme a tus habitaciones aquella noche. Una vez allí, intenté matarte, pero tú respondiste demasiado deprisa y, de una manera que aún no me explico, lograste teletransportarte antes de que pudiera rematarte.

-Malditos sean tus ojos -corté-, si podías leernos las mentes, ¿acaso no viste que yo no era la persona que buscabas?

Sacudió la cabeza.

-Sólo podía leer pensamientos que estuvieran en la superficie y reacciones a vuestro entorno inmediato. Y no siempre lo conseguía. Yo escuché tu maldición, Corwin. Y se estaba realizando. La veía en derredor nuestro. Presentí que todos estaríamos más seguros si tú y Brand desaparecíais. Estaba al tanto de lo que él era capaz, por todo lo que hizo antes de tu retorno. Pero en ese momento no pude acercarme a él debido a Gérard. Luego, recuperó las fuerzas. Lo intenté posteriormente, sin embargo, fallé.

-¿Cuándo? -le preguntó Random.

-Fue cuando culparon a Corwin. Oculté mi rostro para el caso de que lograra escapárseme como lo había hecho Corwin. No quería que supiera que estaba vivo. Por medio del Patrón, me proyecté a sus

habitaciones y traté de acabar con él. Los dos resultamos heridos -quedó un charco de sangre-, pero él también logró teletransportarse. Hace poco me puse en contacto con Julián y me uní a él para esta batalla, ya que era el único lugar en el que Brand podía aparecer. Fabriqué unas cuantas flechas con puntas de plata porque estaba más que convencido de que ya no era como el resto de nosotros. Quería matarlo rápidamente y desde lejos. Practiqué mi arquería y vine en su busca. Finalmente, lo encontré. Y ahora todo el mundo me dice que estaba equivocado con respecto a ti... supongo que tendré que olvidarme de tu flecha.

-Muchas gracias.

-Incluso tal vez te deba una disculpa.

-Sería agradable oírla.

-Por otro lado, pensé que yo tenía razón. Lo hice para salvar a los demás...

Nunca recibí la disculpa de Caine, porque en ese momento un tronar de trompeta pareció sacudir los cimientos del mundo: alto y prolongado, sin dirección fija. Miramos a nuestro alrededor, buscando su procedencia.

Caine se incorporó y señaló.

-¡Allí! -exclamó.

Mis ojos siguieron su gesto. La cortina del frente tormentoso se había partido hacia el noroeste, en la parte donde surgía el camino negro. Allí apareció un jinete fantasmal sobre un caballo negro, que hizo sonar su cuerno. Pasó un rato antes de que nos llegaran el resto de las notas. Momentos después, dos trompeteros más -también pálidos y montados en corceles negros- se le unieron. Alzaron sus cuernos y se acoplaron al sonido.

-¿Qué será? -preguntó Random.

-Creo que lo sé -indicó Bleys, y Piona asintió.

-¿Qué es, entonces? -pregunté.

Pero no me respondieron. Los jinetes comenzaron a moverse, atravesando el camino negro, y una multitud ingente emergió detrás de ellos.

XII

Observé. Había un enorme silencio a mi alrededor. Todas las tropas se habían detenido y contemplaban la procesión. Incluso los prisioneros de las Cortes, rodeados por el acero, se volvieron en esa dirección. Conducidos por los pálidos trompeteros, avanzaba una masa de jinetes montados en corceles blancos que sostenían estandartes, algunos de los cuales no pude reconocer, detrás de un hombre-cosa que portaba el emblema del Unicornio que representa a Ámbar. Iban seguidos por músicos que tocaban instrumentos de una clase que yo nunca había visto.

Detrás de los músicos marchaban cosas con cuernos y forma de hombre, vestidos con armadura ligera. Formaban largas columnas, y a cada tres metros avanzaba uno que llevaba una antorcha por encima de su cabeza. Entonces nos llegó un ruido profundo -lento, rítmico y ondulante, por debajo de las notas de las trompetas y los sonidos de los músicos - , y me di cuenta de que los soldados de infantería estaban cantando. Pareció transcurrir un largo período de tiempo mientras este cuerpo de ejército avanzaba a lo largo del camino negro allí abajo, sin embargo, ninguno de nosotros se movió o habló. Pasaron, con las antorchas y los estandartes, la música y el canto, hasta que, finalmente, llegaron al borde del abismo y prosiguieron por encima de la casi invisible extensión de aquel camino oscuro, con sus antorchas resplandeciendo contra la oscuridad, iluminando su camino. La música aumentó de volumen, a pesar de la distancia, y más y más voces se unieron al coro a medida que la guardia seguía emergiendo de aquella parpadeante cortina tormentosa. Se escuchó un ocasional trueno, pero no pudo tapar ese sonido; ni los vientos que sacudieron las antorchas pudieron apagarlas. El movimiento tenía un efecto hipnótico. Era como si hubiera estado contemplando la procesión durante días, quizá años, escuchando la melodía que al fin reconocí.

Repentinamente, un dragón apareció a través del frente tormentoso, y otro, y luego otro. Verdes y dorados, negros como el hierro viejo, los vi elevarse en los vientos, girando las cabezas para trazar pendones de fuego. El relámpago resplandeció a su espalda y los mostró imponentes y magníficos, de tamaño incalculable. Debajo suyo surgió un pequeño rebaño de ganado blanco, sacudiendo las cabezas y resoplando, golpeando el suelo con sus patas. Los jinetes se mezclaron entre los animales, restallando largos látigos negros.

Luego apareció una procesión de tropas verdaderamente bestiales, que provenían de una sombra con la que Ámbar a veces comerció -pesados, con escamas y garras-; las notas de sus gaitas nos llegaron vibrantes y llenas de pathos.

Estos continuaron la marcha, seguidos de más seres que portaban antorchas y tropas que exhibían en alto sus colores... de sombras lejanas y próximas. Contemplamos su paso y el camino que tomaban en el distante cielo, como una migración de luciérnagas, en pos de su destino: la ciudadela negra llamada las Cortes del Caos.

Parecía que nunca acabaría. Yo había perdido toda noción del tiempo. Además, y de manera peculiar, el frente tormentoso permaneció inmóvil mientras todo esto ocurría, incluso perdí parte de mi sentido de la individualidad, atrapado en la procesión que pasaba debajo nuestro. Supe que este era un acontecimiento que nunca podría repetirse. Resplandecientes cosas volantes zumbaban por encima de las columnas y otras, oscuras, flotaban más alto aún.

Seres fantasmales tocaban tambores, criaturas constituidas de pura luz y una bandada de máquinas que flotaban; vi jinetes, todos vestidos de negro, montados sobre una gran variedad de bestias; un wyvern pareció flotar en el cielo durante un momento, como parte de una muestra de fuegos de artificio. Y los sonidos -de cascos y pies, de cantos y danzas, de tambores y trompetas- aumentaron, convirtiéndose en una poderosa ola que rompió contra nosotros. Y así sucesivamente, continuamente, hasta llegar al puente de oscuridad, prosiguió la procesión, sus luces iluminando el paisaje desde una gran distancia ya.

Y, en el momento en que mis ojos recorrían esas líneas, otra forma surgió de la titilante cortina. Se trataba de un carro tapizado todo de negro y empujado por un grupo de caballos del mismo color. En cada extremo se alzaba un bastón que refulgía con fuego azul y encima suyo reposaba lo que sólo podía ser un ataúd, cubierto con nuestra bandera del Unicornio. Lo conducía un jorobado con ropas púrpuras y anaranjadas y, a pesar de la distancia, lo reconocí. Era Dworkin.

Es así, entonces, pensé. No sé por qué, pero, en cierto modo, es lógico que en este momento regreses al Viejo País. Hubo muchas cosas que pude decirte cuando vivías. Algunas te las dije, pero pocas de las palabras adecuadas fueron pronunciadas jamás. Ahora, todo ha terminado, porque estás muerto. Tan muerto como todos aquellos que antes que tú entraron en ese lugar y al que el resto de nosotros quizá pronto te siga. Lo siento. Sólo después de todos estos años, cuando asumiste otra cara y otro cuerpo, llegué a conocerte, a respetarte, incluso me caíste bien... aunque también con esa forma te conformaste como un taimado bastardo. ¿Vi tu verdadero «yo» cuando adoptaste el aspecto de Canelón o fue otro de tantos que utilizaste por conveniencia, Viejo Manipulador de formas? Nunca lo sabré, pero desearía pensar que finalmente te vi tal como eras, que conocí a alguien que me gustó, en quien podía confiar, y que fuiste tú. Me gustaría haberte conocido mejor aún, pero agradezco lo que tuve...

-¿Papá...? -preguntó Caine en voz baja.

-Quería que lo llevaran más allá de las Cortes del Caos y hacia la oscuridad final cuando llegara su hora -comentó Bleys-. O, por lo menos, es lo que me contó Dworkin una vez. Más allá del Caos y Ámbar, donde ninguna reinara.

-Y eso es lo que vemos -observó Piona-. ¿Acaso hay orden detrás de la cortina por la que han salido? ¿O la tormenta se extiende por todos lados? Si tuvo éxito, es sólo una cuestión pasajera y no corremos serio peligro. Pero si no lo tuvo...

-No importa -intervine- el resultado de su esfuerzo, porque yo sí tuve éxito.

-¿Qué quieres decir? -preguntó ella.

-Creo que él fracasó -dije-, que fue destruido antes de que pudiera reparar el Patrón. Cuando vi que esta tormenta se aproximaba -de hecho, sentí parte de su furia-, descubrí que no llegaría a tiempo hasta aquí con la Joya que él me envió cuando acabó su ordalía. Brand intentó durante todo el camino arrebatármela... según dijo, para crear un nuevo Patrón. Después, eso me dio la idea. Una vez que todo falló, usé la Joya y tracé uno nuevo. Resultó lo más difícil que jamás he hecho, pero tuve éxito. Sobrevivamos o no, el mundo no se desmoronará cuando esta ola pase. Brand me la robó justo cuando lo acabé. Al recobrarme de su ataque, usé el nuevo Patrón para teletransportarme hasta aquí. Como veis, todavía hay uno, y ya no importa lo que pueda ocurrir.

-Pero, Corwin -arguyó ella-, ¿y si Papá lo consiguió?

-No lo sé.

-Tengo entendido -repuso Bleys-, por algunos comentarios que me hizo Dworkin, que dos Patrones diferentes no pueden existir en el mismo universo. Los de Rabma y Tir-na Nog'th no cuentan, ya que sólo son reflejos del nuestro...

-¿Qué ocurriría? -pregunté.

-Creo que se produciría una separación, la creación de una nueva existencia... en algún lugar.

-¿Y qué efecto tendría sobre la nuestra?

-O una catástrofe total o ninguno en absoluto -contestó Piona-. Cualquiera que sea, es importante.

-Entonces, estamos de nuevo donde comenzamos -dije-. Todo se desmoronará en poco tiempo, o resistirá al paso de la tormenta.

-Eso parece -intervino Bleys.

-Poca trascendencia tiene si no sobrevivimos después que esa ola nos alcance -comenté-. Y lo hará.

Dediqué otra vez mi atención al cortejo fúnebre. Más jinetes habían aparecido detrás del carro, seguidos de tamborileros a pie. Luego surgieron pendones y antorchas, y una larga línea de soldados de infantería. Todavía nos llegaba el canto, y lejos, muy lejos, más allá del abismo, tal vez la procesión finalmente hubiera llegado hasta aquella oscura ciudadela.

... Te odié durante tanto tiempo, te culpé de tantas cosas. Ahora que todo ha acabado, ninguno de estos sentimientos perdura. Y, a cambio de ello, incluso quisiste que fuera rey, un trabajo para el cual -lo veo ahora- no estoy capacitado. Descubrí, después de todo, que debí significar algo para ti. Nunca se lo diré a los demás. Con que lo sepa yo es suficiente. Pero jamás podré pensar de la misma manera en ti. Tu imagen

ya ha comenzado a hacerse borrosa. Veo el rostro de Canelón donde debería estar el tuyo. El ocupa tu lugar, aunque de modo diferente... ya que es una persona a la que nunca conocí. ¿A cuántas esposas y enemigos sobreviviste? ¿Tuviste muchos amigos? No lo creo. Pero había tantas facetas tuyas que nosotros no conocíamos. Nunca pensé que vería tu funeral. Canelón... Padre... viejo amigo y enemigo, te deseo un buen viaje. Únete a Deirdre, a quien amé. Has guardado tu misterio. Descansa en paz, si esa es tu voluntad. Te ofrezco esta rosa marchita que me ha acompañado a través del infierno, lanzándola al abismo. Te dejo la rosa y los retorcidos colores en el cielo. Te echaré de menos...

Finalmente, la larga fila se acabó. Los últimos marchadores emergieron de la cortina y se alejaron. El relámpago todavía fulguraba, la lluvia aún caía y el trueno rugía. Sin embargo, no recordaba que ningún miembro de la procesión estuviera mojado. Yo me había acercado hasta el borde del abismo a contemplar su paso. Una mano se posó en mi brazo. No sabría decir durante cuánto tiempo tuve ese contacto. Ahora que la marcha había acabado, me di cuenta de que el frente tormentoso avanzaba de nuevo.

La rotación del cielo pareció traer más oscuridad sobre nosotros. Escuché voces a cierta distancia a mi izquierda. Llevaban hablando un buen rato, pero yo no había prestado atención a sus palabras. Noté que temblaba, que me dolía todo el cuerpo, que apenas podía tenerme de pie.

-Ven y túmbate -dijo Piona-. La familia ya se ha encogido lo suficiente este día.

Dejé que me apartara del borde del abismo.

-¿Crees que importa mucho? -pregunté-. ¿Cuánto tiempo más piensas que nos queda?

-No tenemos que permanecer aquí esperando que caiga encima nuestro -comentó-. Cruzaremos el puente oscuro hacia las Cortes. Ya hemos roto su defensa. Tal vez la tormenta no llegue tan lejos. Puede que se detenga aquí, ante el abismo. Nos quedamos para ver la partida de Papá.

Asentí.

-Es como si no tuviéramos más elección que ser obedientes hasta el final.

Me recosté lentamente, con un suspiro. Incluso me sentía más débil.

-Tus botas... -murmuró.

-Sí.

Me las quitó. Mis pies palpitaron.

-Gracias.

-Te traeré algo de comer.

Cerré los ojos. Dormité. Demasiadas imágenes danzaron en mi cerebro como para llamarlas un sueño coherente. No sé cuánto tiempo estuve así, pero un viejo reflejo me despertó ante el sonido de un caballo que se aproximaba. Una sombra se posó sobre mis párpados.

Alcé la vista y contemplé a un jinete embozado, silencioso, inmóvil. Me observó.

Le miré a los ojos. No distinguí ningún gesto amenazador, pero en esa fría mirada había un sentimiento de antipatía.

-Ahí yace el héroe -dijo una voz suave.

Permanecí callado.

-Podría matarte fácilmente ahora.

Entonces reconocí la voz, aunque no tenía ni idea de los motivos que había detrás del sentimiento.

-Encontré a Borel antes de morir -comentó ella-. Me contó de qué manera tan ignominiosa le venciste.

No pude evitarlo ni contenerme. Una risa seca salió de mi garganta. De todas las cosas estúpidas... Pude haberle dicho que Borel estaba mejor pertrechado que yo y mucho más descansado, y que había venido en mi busca para que lucháramos. Pude haberle dicho que no reconozco ninguna regla cuando mi vida está en peligro, o que no considero la guerra como un juego. Pude contarle muchas cosas, pero si ella no las sabía ya, o prefería no entenderlas, poca importancia tenía que yo las mencionara. Además, su sentimiento saltaba a la vista.

Así que, simplemente, dije una de esas grandes verdades:

-Generalmente hay más de una versión para una historia.

-Me quedo con la que tengo -replicó.

Pensé en encogerme de hombros, pero me dolían demasiado.

-Me has costado dos de las personas más importantes de mi vida -añadió entonces.

-¿Oh? -murmuré-. Lo siento, por ti.

-No eres lo que me hicieron creer que eras. Te veía como una figura verdaderamente noble... fuerte, pero comprensivo, y a veces gentil. Honorable...

La tormenta, mucho más cerca ya, lanzaba llamaradas a su espalda. Pensé algo vulgar, y se lo dije. Lo dejó pasar como si no lo hubiera escuchado.

-Me marcho ahora -continuó-, regreso con mi gente. Hasta aquí habéis ganado el día... pero en aquella dirección estaba Ámbar -señaló hacia la tormenta. Yo mantuve la mirada, no en los furiosos elementos, sino en ella-. Dudo que me quede algo a lo que renunciar en mi nueva alianza.

-¿Y Benedict? -pregunté en voz baja.

-No... -comenzó, y apartó la cara. Hubo silencio. Luego continuó-: No creo que volvamos a vernos nunca más -y su caballo se dirigió hacia mi izquierda, en la dirección del camino negro.

Un cínico podría pensar que simplemente había elegido retornar con su gente porque creía que era el lado que ganaría, ya que, muy posiblemente, las Cortes del Caos lograrían sobrevivir. Yo no lo sabía. Sólo pensé en lo que vi cuando hizo aquel gesto. El embozo que cubría su rostro cayó y capté levemente en lo que se había convertido. No fue un rostro humano lo que vi entre las sombras. Pero la seguí con la vista hasta que desapareció. Con la pérdida de Deirdre, Brand y Papá, y mi separación de Dará en esos términos, el mundo quedaba mucho más vacío... de lo poco que ya tenía.

Me recliné exhalando un suspiro. ¿Por qué no quedarme aquí aunque los demás se marcharan, esperar que la tormenta pasara encima mío, y dormir...disolverme? Pensé en Hugi. ¿Había digerido su vuelo de la vida de la misma manera que su carne? Me encontraba tan cansado que parecía el camino más fácil...

-Toma, Corwin.

Me había quedado dormido otra vez, aunque sólo durante un momento. Era Piona de nuevo, con comida y una cantimplora. La acompañaba alguien.

-No quise interrumpir tu conversación -explicó-. Así que esperé.

-¿Escuchaste? -pregunté.

-No, pero me lo imagino -replicó-, ya que se ha marchado. Yoma.

Bebí algo de vino y me concentré en la comida. A pesar de mi estado mental, me supo buena.

-Nos marcharemos pronto -indicó Piona, mirando el llameante frente tormentoso-. ¿Podrás cabalgar?

-Creo que sí -repuse.

Bebí otro trago de vino.

-Pero han ocurrido tantas cosas, Fi -le dije-. He quedado emocionalmente insensible. Me escapé de un asilo mental en un mundo de sombra. He engañado y matado a gente. He manipulado y luchado. Recuperé mi memoria y he tratado de enderezar mi vida. Encontré a mi familia, y comprendí que la amaba. Me reconcilié con Papá. He luchado por el reino. He hecho todo lo que estaba a mi alcance para que nuestro mundo no se derrumbara. Y ahora parece que todo ha sido en vano... ya no me queda ninguna reserva emocional para lamentarme. Estoy insensibilizado. Perdóname.

Me besó.

-Aún no estamos derrotados. Te recuperarás -aseguró.

Sacudí la cabeza.

-Es como el último capítulo de Alicia -señalé-. Si grito, «¡Sólo sois un mazo de cartas!», seguro que salimos volando por el aire como un puñado de cartulinas pintadas. No iré con vosotros. Déjame aquí. De todas formas, sólo soy el Joker.

-En este momento, soy más fuerte que tú -observó-. Vendrás.

-No es justo -susurré.

-Termina de comer -dijo-. Todavía nos queda algo de tiempo.

Mientras comía, ella continuó:

-Tu hijo, Merlín, quiere verte. Me gustaría que se acercara ahora.

-¿Es un prisionero?

-No exactamente. No participó en la batalla. Llegó hace un rato, preguntando por ti.

Asentí y ella se alejó. Dejé a un lado la comida y tomé otro trago de vino. Me había puesto nervioso. ¿Qué le dices a un hijo adulto cuya existencia descubriste hace poco tiempo? Me pregunté cuáles serían sus sentimientos con respecto a mí, y si conocía la decisión de Dará. ¿Cómo debería actuar con él?

Le vi aproximarse desde un lugar a la izquierda en el que mis hermanos estaban reunidos. Me había preguntado por qué me dejaban solo. Cuantos más visitantes recibía, más obvia se hizo la respuesta. ¿Estarían retrasando la retirada por mi causa?

Los húmedos vientos de la tormenta eran cada vez más fuertes. Me contempló al acercarse, sin ninguna expresión en particular en ese rostro tan parecido al mío. Pensé qué sentiría Dará ahora que su profecía sobre la destrucción parecía haberse hecho realidad. Traté de imaginarme qué relación mantendría con el muchacho. Me pregunté... muchas cosas.

Se inclinó hacia adelante y me estrechó la mano.

-Padre... -dijo.

-Merlín -le miré a los ojos. Me puse de pie con su mano todavía en la mía.

-No te incorpores.

-Está bien -le abracé un momento y luego le solté-. Estoy contento -dije. Y añadí-: Bebe conmigo -al tiempo que le ofrecía el vino, en parte para ocultar mi carencia de palabras.

-Gracias.

Lo aceptó, bebió un poco y me lo devolvió.

-A tu salud -brindé y bebí un trago-. Lamento no poder ofrecerte una silla.

Me senté en el suelo. El hizo lo mismo.

-Nadie está muy seguro de lo que has estado haciendo -comentó-, exceptuando a Piona, quien me dijo que pretendías una empresa muy ardua.

-No importa -repuse-. Me alegro de haber llegado hasta aquí, aunque no sea más que por este encuentro. Habíame de ti, hijo. ¿Cómo eres? ¿Cómo te ha tratado la vida?

Apartó la vista.

-No he vivido lo suficiente para acumular muchas experiencias -replicó.

Sentía curiosidad por saber si poseía la habilidad de cambiar de forma, pero me contuve para no preguntárselo en ese momento. No tenía ningún sentido marcar nuestras diferencias en nuestro primer encuentro familiar.

-Desconozco cómo fue -dije- tu educación en las Cortes.

Por primera vez sonrió.

-Y yo no sé cómo habría sido en cualquier otro lugar -respondió-. Siempre fui bastante diferente a los demás, por lo que pasé mucho tiempo solo. Aprendí todo lo que debe saber un caballero: magia, armas, venenos, equitación y danza. Se me dijo que un día reinaría en Ámbar. Pero esto es imposible, ¿verdad?

-No parece muy factible en el futuro cercano -observé.

-Me alegro -replicó-. Nunca lo quise.

-¿Qué quieres hacer?

-Deseo atravesar el Patrón de Ámbar, igual que Mamá, y obtener poder sobre la Sombra; quiero recorrerla y ver paisajes diferentes. ¿Crees que podré?

Bebí otro trago y le pasé el vino.

-Es muy posible -le indiqué- que Ámbar ya no exista. Todo depende de si tu abuelo tuvo éxito en una empresa que acometió... pero él no está aquí para contarnos lo ocurrido. Sin embargo, sin importar el resultado, hay un Patrón. Si sobrevivimos a esta tormenta diabólica, te prometo que te encontraré un Patrón y te instruiré para que lo atravieses.

-Gracias -comentó-. ¿Me contarás tu viaje hasta aquí?

-Más tarde. ¿Qué te dijeron de mí?

Apartó la vista.

-Me enseñaron a estar en contra de muchas cosas concernientes a Ámbar -habló finalmente. Después de una pausa, prosiguió-: Con respecto a ti, me enseñaron a respetarte como mi padre. Pero se me recordaba que pertenecías al bando del enemigo -otra pausa-. Recuerdo aquella vez, estando de patrulla, cuando viniste a este lugar y yo te encontré, después de tu pelea con Kwan. Mis sentimientos eran contradictorios. Acababas de

matar a alguien que yo conocía, sin embargo... admiré tu postura. Vi mi rostro reflejado en el tuyo. Fue muy extraño. Quise conocerte mejor.

El cielo había dado una vuelta completa y la oscuridad se cernió sobre nosotros... los colores se habían trasladado a las Cortes. El continuo avance del relampagueante frente tormentoso se vio enfatizado. Extendí los brazos y cogí mis botas para ponérmelas. Pronto tendríamos que retroceder.

-Continuaremos nuestra conversación en tu hogar -le expuse-. Es hora de que nos alejemos de la tormenta.

Se volvió y escrutó los elementos, luego miró hacia el abismo.

-Si lo deseas, puedo llamar un transparente.

-¿Uno de esos puentes errantes como el que atravesaste cuando nos conocimos?

-Sí -respondió-. Son bastante cómodos. Yo...

Escuché un grito que provenía de la dirección en la que estaban reunidos mis hermanos. Miré hacia allí, pero no vi nada amenazador. Me puse de pie y di unos cuantos pasos hacia ellos, Merlín me siguió.

Entonces lo vi. Una forma blanca, que parecía golpear el aire con sus patas delanteras, emergía del abismo. Sus cascos, finalmente, tocaron el borde rocoso. Avanzó un poco y permaneció inmóvil, contemplándonos a todos: era nuestro Unicornio.

XIII

Durante un momento, desapareció todo el dolor y la fatiga que sentía. Cuando observé la hermosa forma blanca que teníamos delante, en mi interior nació un leve destello de esperanza. Una parte de mí quiso correr a su encuentro, pero una voluntad mucho más fuerte me mantuvo quieto en mi lugar, a la espera.

No estoy seguro del tiempo que permanecimos así. Abajo, sobre las pendientes, las tropas se preparaban para continuar la marcha. Los prisioneros fueron atados, los caballos cargados y el equipo asegurado. Pero este vasto ejército que ya estaba listo, repentinamente, se había detenido. No era natural que se hubieran percatado tan rápidamente, mas cada cabeza que vi estaba vuelta en esta dirección, contemplando al Unicornio perfilado contra aquel salvaje cielo.

Súbitamente, me di cuenta de que el viento a mi espalda se había paralizado, aunque escuchaba las rugientes explosiones del trueno y los fogonazos del relámpago lanzaban sombras danzantes delante mío.

Recordé la otra ocasión en la que había visto al Unicornio... el día que recuperamos el cuerpo del doble de Caine, aquel día que perdí la pelea con Gérard. Pensé en las historias que había oído... ¿Nos podría ayudar realmente?

El Unicornio avanzó un paso y se detuvo.

Era una visión tan bella, que su sola presencia me levantó el ánimo. Aunque despertaba una sensación de dolor; era un tipo de belleza que era necesario tomar en pequeñas dosis. Percibí la inteligencia antinatural que había en aquella cabeza nevada. Anhelaba tocarlo, pero supe que no podría hacerlo.

Miró a su alrededor. Sus ojos me iluminaron y, si hubiera podido, habría apartado mi vista. Sin embargo, no fue posible, y le devolví esa mirada en la que leí una comprensión que estaba más allá de la mía. Era como si conociera todo sobre mí, y en ese instante hubiera comprendido todas mis recientes ordalías... posiblemente simpatizando con ellas. Durante un momento, creí ver algo parecido a la piedad y un fuerte amor reflejados en sus ojos... y quizá también un toque de humor.

Entonces continuó su escrutinio y el contacto se rompió. Lancé un suspiro involuntario. En ese instante, bajo el fogonazo del relámpago, me pareció ver un destello brillante a un lado de su cuello.

Avanzó otro paso y observó al grupo que formaban mis hermanos. Bajó la cabeza y dio unos golpes a la tierra con la pezuña frontal de su pata derecha.

Sentí la presencia de Merlín a mi lado. Pensé en lo que perdería sí todo acababa aquí.

Inició unos gráciles pasos. Sacudió la cabeza. Parecía que no le agradaba la idea de acercarse a un grupo tan grande de gente.

Con su siguiente paso, vi de nuevo el resplandor. Un diminuto destello rojo traspasó la piel de su cuello y brilló. Llevaba la Joya del Juicio. No podía imaginar cómo la había recuperado. Tampoco importaba. Si nos la entregaba, sabía que sería capaz de romper la tormenta... o, al menos, protegernos en este lugar hasta que pasara por completo.

Pero esa única mirada había sido todo. No me prestó más atención. Lenta y cuidadosamente, como si estuviera dispuesto a marcharse a la menor perturbación, se acercó hasta el lugar donde Julián, Random, Bleys, Piona, Llewella, Benedict y varios nobles permanecían.

Debí percatarme de lo que ocurriría, pero no lo hice. Simplemente, observé los lustrosos movimientos del animal a medida que avanzaba, recorriendo la periferia del grupo.

Se detuvo una vez más y bajó la cabeza. Entonces sacudió la crin y dobló las rodillas delanteras. La Joya del Juicio quedó suspendida de su cuerno dorado. Su extremo casi rozaba a la persona ante la cual se había arrodillado.

Súbitamente, con el ojo de mi mente, vi la cara de mi padre en el cielo, y sus palabras sonaron otra vez: «Con mi muerte, el problema de la sucesión recaerá sobre vosotros... no me queda más elección que confiar en e! cuerno del Unicornio.»

Un murmullo recorrió el grupo cuando noté que el mismo pensamiento cruzaba por la cabeza de los demás. El Unicornio no se inmutó ante esta perturbación, sino que continuó como una estatua suave y blanca, parecía que no respiraba.

Lentamente, Random estiró el brazo y cogió la Joya del cuerno. Su susurro me llegó hasta donde yo estaba.

-Gracias -dijo.

Julián desenfundó la espada y la colocó a los pies de Random cuando se arrodilló. Luego le siguieron Bleys, Benedict y Caine, Piona y Llewella. Yo me uní a ellos. Lo mismo hizo mi hijo.

Random permaneció en silencio un buen rato. Luego dijo:

-Acepto vuestra fidelidad. Ahora poneos de pie, todos.

Mientras lo hacíamos, el Unicornio dio media vuelta y se lanzó como una exhalación hacia la pendiente. En unos segundos había desaparecido.

-Nunca esperé que algo así ocurriera -repuso Random, que mantenía la Joya a la altura de sus ojos-. Corwin, ¿puedes detener la tormenta con esta piedra?

-Ahora es tuya -le dije-, además, desconozco hasta dónde llega. Me parece que en la condición en la que me encuentro, no seré capaz de resistir el

tiempo suficiente para salvar nuestras vidas. Creo que este será tu primer acto real.

-Tendrás que enseñarme a usarla. Pensé que necesitábamos un Patrón para sintonizar con ella.

-No lo creo. Brand me indicó que una persona que ya lo estuviera podía sintonizar a otra. He pensado en ello y me parece que sé cómo hacerlo. Vayamos a algún lugar apartado.

-De acuerdo.

Algo nuevo se había apoderado ya de su voz y su postura. Era como si el súbito papel le hubiera cambiado inmediatamente. Me pregunté qué tipo de rey y reina serían él y Vialle. Era demasiado. Mi mente se sentía disociada. Demasiados acontecimientos en muy poco tiempo. No podía contener los últimos acontecimientos en un sólo proceso mental. Únicamente quería arrástrame a algún lugar apartado y dormir veinticuatro horas. En vez de eso, le seguí hasta un sitio donde ardía un pequeño fuego.

Removió las brasas y arrojó un poco de leña al fuego. Entonces se sentó cerca de él y me hizo un gesto para que lo imitara. Me aproximé y me senté a su lado.

-Corwin, con respecto a este asunto de ser rey -observó-, ¿qué voy a hacer? Me cogió totalmente desprevenido.

-¿Hacer? Probablemente un muy buen trabajo -repliqué.

-¿Crees que provoqué muchos resentimientos?

-Si los hubo, nadie los mostró -comenté-. Fuiste una buena elección, Random. Han pasado tantas cosas últimamente... De hecho, Papá nos protegió demasiado, tal vez más de lo que nos convenía. El trono, obviamente, no es ninguna tarea fácil. Te-espera mucho trabajo duro. Creo que los demás también se han dado cuenta de esto.

-¿Y tú?

-Lo quise sólo porque Eric lo deseaba. Entonces no me di cuenta de ello, pero es la verdad. Era el premio del juego que practicamos a lo largo de los años. En realidad, el fin de una venganza. Y lo hubiera matado por conseguirlo. Me agrada que haya encontrado otra manera de morir. Nuestras similitudes era mayores que nuestras diferencias. Tampoco me di cuenta de ello hasta mucho después. Pero, una vez que murió, descubrí demasiadas razones para no tomar el trono; hasta que, finalmente, me percaté de que no era lo que realmente quería. No. Es tuyo. Gobierna bien, hermano. Estoy seguro de que así será.

-Si Ámbar todavía existe -dijo después de un rato-, lo intentaré. Vamos, comencemos con la Joya. La tormenta está desagradablemente cerca.

Asentí y cogí la piedra de sus dedos. La sostuve de la cadena con el fuego como telón de fondo. La luz la atravesó; su interior pareció claro.

-Acércate y mira dentro de la Joya conmigo -le indiqué.

Lo hizo, y mientras los dos contemplábamos la gema, le pedí que pensara en el Patrón, al tiempo que yo mismo lo hacía, tratando de invocar en la mente sus giros y curvas, sus líneas de brillo pálido.

Me pareció detectar una leve imperfección en el corazón de la piedra. La analicé mientras pensaba en las vueltas, en los circuitos, los Velos... Imaginé la corriente que me recorría cada vez que atravesaba aquel complejo camino.

La imperfección en la piedra se hizo más ciara.

Proyecté mi voluntad sobre ella, ordenándole que creciera en su totalidad. Cuando esto ocurrió, me invadió un sentimiento familiar. Era el mismo que se apoderó de mí el día que sintonicé con la Joya. Sólo esperaba tener la suficiente fuerza para vivir la experiencia una vez más.

Extendí el brazo y lo apoyé en el hombro de Random.

-¿Qué ves? -le pregunté.

-Algo parecido al Patrón -respondió-, aunque parece tridimensional. Yace en el fondo de un mar rojo…

-Ven conmigo, entonces -dije-. Debemos ir hacia él.

De nuevo esa sensación de movimiento, al principio como a la deriva para luego caer con creciente velocidad hacia las sinuosidades nunca vistas por completo del Patrón dentro de la Joya. Con el deseo de mi voluntad, nos proyecté hacia adelante, a la vez que sentía la presencia de mi hermano a mi lado, y el resplandor de rubí que nos rodeaba se oscureció, convirtiéndose en la negrura de una noche con cielo claro. Este Patrón especial creció con cada latido del corazón. El proceso pareció más fácil que la primera vez... quizá se debiera a que yo estaba sintonizado ya.

Notando a Random junto a mí, lo arrastré conmigo al mismo tiempo que esa forma conocida crecía y su punto de partida fue visible. Mientras nos movíamos en esa dirección, una vez más intenté abarcar la totalidad del Patrón y me perdí de nuevo en lo que parecían sus circunvoluciones dimensionales. Grandes espirales y curvas y líneas aparentemente anudadas giraron a nuestro alrededor. El sentido de perplejidad que sentí antes se apoderó de mí, y, en algún lugar muy cerca, lo noté también en Random.

Nos aproximamos a su inicio hasta que fuimos arrastrados. Había un brillo parpadeante en derredor nuestro que relampagueó emitiendo chispas cuando quedamos entrelazados en la matriz de luz. Esta vez, mi mente estaba totalmente absorta en el proceso y París pareció muy distante...

Una memoria subconsciente me recordó las zonas más difíciles, y ahí utilicé mi deseo -mi voluntad, si lo prefieres- para ganar velocidad a lo largo de esa ruta deslumbrante, extrayendo de manera temeraria fuerza de Random para acelerar el proceso.

Era como si avanzáramos por el elaborado interior luminoso de una enorme y circular concha marina. Sólo que nuestro paso era silencioso, siendo nosotros mismos puntos incorpóreos de consciencia.

Nuestra velocidad parecía aumentar constantemente, al igual que un dolor mental que no recordaba de mi anterior recorrido por el diseño. Tal vez estuviera relacionado con mi fatiga, o con mis esfuerzos por acelerar el proceso. Atravesamos las barreras; fuimos rodeados por unas continuas y ondulantes murallas de brillo. Sentí que me mareaba, que mi vista se hacía borrosa. Pero no podía permitirme el lujo de la inconsciencia, como tampoco perder velocidad con la tormenta tan próxima como la recordaba. De nuevo, y lamentándolo, extraje fuerza de Random... esta vez para continuar en el juego. Proseguimos a toda velocidad.

En ese momento no sentí el hormigueo y la sensación ardiente de ser modelado. Habrá sido un efecto de mi sintonización. Mi paso previo a través de la Joya seguramente me dio una especie de inmunidad en este aspecto.

Después de un intervalo atemporal, percibí que Random titubeaba. Quizá supuse una pérdida demasiado grande de sus energías. Me pregunté si le dejaría con la suficiente fuerza para manipular la tormenta si me apoyaba nuevamente en él. Decidí no hacerlo más. Habíamos avanzado bastante ya. Siempre que fuera necesario, podría proseguir sin mí. Yo tendría que resistir lo más posible. En todo caso, era mejor que me perdiera yo allí, y no los dos.

Continuamos. Mis sentidos se rebelaban; el mareo regresó. Centré mi voluntad en nuestra marcha y aparté todo lo demás de mi mente. Me pareció que nos acercábamos al término, cuando comenzó un oscurecimiento que supe que no pertenecía a la experiencia. Ahogué el pánico.

No sirvió de nada. Sentí que me deslizaba. ¡Tan cerca! Tenía la certeza de que casi habíamos acabado. Sería tan fácil...

Todo se desvaneció. Lo último que noté fue la preocupación de Random.

Un parpadeo anaranjado y rojo entre mis pies. ¿Es taba atrapado en algún infierno astral? Seguí mirando a medida que mi mente se aclaraba. La luz estaba rodeada de oscuridad y...

Había voces conocidas...

El panorama se hizo claro. Yacía de espaldas con los pies hacia el fuego.

-Todo está en orden, Corwin. Está bien.

Era la voz de Piona. Giré la cabeza. Estaba sentada en el suelo encima mío.

-¿Random...? -pregunté.

-Está bien... padre.

Merlín se encontraba sentado a la derecha.

-¿Qué sucedió?

-Random te trajo de vuelta -replicó Piona.

-¿Funcionó la sintonización?

-El cree que sí.

Me esforcé por sentarme. Ella trató de que siguiera tumbado, pero igualmente me senté.

-¿Dónde está?

Me hizo un gesto con los ojos.

Miré, y vi a Random. Se hallaba de pie, a unos treinta metros de distancia, y nos daba la espalda; se enfrentaba a la tormenta. Se había aproximado mucho, y los vientos sacudían su ropa. Senderos luminosos relampagueaban ante él.

El trueno rugía casi constantemente.

-¿Cuánto tiempo... ha estado allí? -pregunté.

-Sólo unos minutos -replicó Piona.

-¿Eso es lo único que ha transcurrido... desde nuestro regreso?

-No -contestó-. Has permanecido inconsciente bastante tiempo. Random primero habló con los demás, y luego ordenó una retirada de tropas. Benedict se los ha llevado a todos al camino negro para cruzarlo.

Giré la cabeza.

Se veía movimiento a lo largo del camino negro, una oscura columna que se dirigía hacia la ciudadela. Finos filamentos flotaban en el aire; y unas chispas saltaban en el extremo más alejado, alrededor de la anochecida masa. Encima de nuestras cabezas, el cielo había rotado completamente hasta que la zona sombría nos cubrió. Nuevamente tuve la extraña sensación de que había estado aquí hace mucho, mucho tiempo, y que éste, y no Ámbar, era el verdadero centro de la creación. Busqué el fantasma de un recuerdo. Se desvaneció.

Escudriñé en la penumbra que me rodeaba, iluminada por el relámpago.

-¿Se han ido... todos? -le pregunté-. Tú, yo, Merlín, Random... ¿somos los últimos que quedamos aquí?

-Sí -replicó Piona-. ¿Quieres que nos marchemos ya?

Sacudí la cabeza.

-Me quedo con Random.

-Sabía que dirías eso.

Me puse de pie al mismo tiempo que ella. Merlín nos imitó. Piona dio una palmada y un caballo blanco se acercó al trote.

-Ya no necesitas mis cuidados -comentó-. Así que me marcho a reunirme con los otros en las Cortes del Caos. Tenéis caballos amarrados cerca de aquellas rocas -me indicó con un gesto-. ¿Vienes, Merlín?

-Permaneceré con mi padre, y con el rey.

-Que así sea. Espero veros pronto allí.

-Gracias, Fi -dije.

La ayudé a montar y vi cómo se alejó.

Me arrimé al fuego y me senté otra vez. Contemplé a Random, que permanecía inmóvil ante la tormenta.

-Tenemos mucha comida y vino -observó Merlín-. ¿Te traigo algo?

-Buena idea.

La tormenta estaba tan próxima que si caminaba unos minutos la podría haber tocado. No sabía aún si los esfuerzos de Random surtían algún efecto. Suspiré cansinamente y dejé que mi mente vagara.

Todo concluía. De una u otra forma, todas mis luchas desde Greenwood habían finalizado. La necesidad de la venganza se evaporaba. Sí. Teníamos un Patrón intacto, tal vez dos. La causa de todos nuestros problemas, Brand, estaba muerto. Cualquier residuo que quedara de mi maldición, seguramente sería borrado con las convulsiones masivas que recorrían la Sombra. Y yo había entregado lo mejor de mí para redimirme. Encontré un amigo en mi padre y nuestra relación mejoró antes de su muerte. Teníamos un nuevo rey, con la aparente bendición del Unicornio, y todos le juramos lealtad. Este juramento me pareció sincero. Me había reconciliado con toda mi familia. Sentí que mi deber estaba cumplido. Ahora ya nada me impulsaba. Me había quedado sin motivaciones y estaba más cerca que nunca de mi concepto de paz interior. Con estos sentimientos, supe que si tenía que morir en ese momento, lo haría tranquilamente. No protestaría tan estentóreamente como lo hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

-Te encuentras muy lejos de aquí, padre.

Asentí, y luego sonreí. Acepté algo de comida y me enfrasqué en ella. Mientras comía, contemplé la tormenta. Era demasiado pronto para estar seguro, pero creí que ya no avanzaba.

Estaba demasiado cansado para dormir. O algo parecido. Todos mis dolores habían desaparecido y una insensibilidad maravillosa se apoderó de mí. Me sentía como si estuviera empotrado en un cálido algodón. Los acontecimientos pasados y sus reminiscencias hacían que mi reloj mental girara sin control en mi interior. Era, en muchos sentidos, un sentimiento delicioso.

Terminé de comer y eché un poco de leña al fuego. Bebí el vino y observé la tormenta, como a través de una ventana cubierta de escarcha que mostraba una exhibición de fuegos artificiales. La vida era maravillosa. Si Random tenía éxito en frenar a la tormenta, mañana cabalgaría hacia las Cortes del Caos. No imaginaba lo que podía esperarme allí. Tal vez fuera una

trampa enorme. Una emboscada. Un truco. Desterré ese pensamiento. En aquel momento no parecía tener importancia.

-Habías empezado a hablarme de ti, padre.

-¿De verdad? No recuerdo lo que te dije.

-Me gustaría llegar a conocerte mejor. Cuéntame más cosas.

Llené los pulmones de aire y lo solté lentamente por la boca, encogiéndome de hombros.

-Entonces habíame de todo esto -hizo un gesto-. De este conflicto. ¿Cómo empezó? ¿Qué parte tuviste tú en él? Piona me comentó que tú viviste en la Sombra durante mucho años sin recordar quién eras. ¿Cómo recuperaste la memoria y localizaste a los demás, cómo retornaste a Ámbar?

Me reí entre dientes. Miré una vez más a Random y a la tormenta. Tomé un sorbo de vino y me arrebujé en la capa.

-¿Por qué no? -dije-. Si te gustan las historias largas… Supongo que el mejor lugar para empezar es el Hospital Privado Greenwood, en la Tierra de sombra de mi exilio. Sí…

XIV

El cielo giró, y volvió a girar, mientras hablaba. De pie ante la tormenta, Random prevaleció. Esta se partió ante nosotros, abriéndose como si hubiera sido hendida por el hacha de un gigante. Se rompió en dos frentes y se dirigió finalmente hacia el norte y el sur, desapareciendo, disminuyendo, hasta que la perdimos de vista. El paisaje que había ocultado permaneció inalterado, y con él proseguía el camino negro. Merlín me aseguró que esto no representaría ningún problema, ya que él invocaría una lámina gaseosa cuando tuviéramos que cruzarlo.

Random se marchó enseguida. La tensión que había soportado era inmensa. En reposo, ya no ofrecía el aspecto que una vez tuvo -el impetuoso hermano menor a quien nos gustaba atormentar-, su cara aparecía surcada por arrugas que antes no estaban allí, señales profundas a las que yo no le había prestado suficiente atención. Tal vez mi visión estuviera condicionada por los acontecimientos recientes, pero su apariencia era, en un sentido, más noble y más fuerte. ¿Su nuevo papel en la historia habría generado en él cierta alquimia? Designado por el Unicornio, bautizado por la tormenta, todo indicaba que de verdad había asumido un porte real, incluso en el sueño.

He conseguido dormir un poco -Merlín duerme aún- y me agradó ser, durante aquellos breves momentos, el único ente consciente de aquel lugar al borde del Caos, contemplando un mundo que sobrevivió, un mundo que ha sido purgado, un mundo que aún perdura...

Tal vez no debiéramos habernos perdido el funeral de Papá, su partida hacia algún lugar innombrable más allá de las Cortes. Era una pena, pero no tenía fuerzas para seguir. Y aún así, he visto su desfile fúnebre, y llevo parte de su vida en mi interior. Ya he desgranado mis adioses. El lo entendería. Adiós también para ti, Eric. Después de tanto tiempo, lo digo así, de esta manera. Si no hubieras muerto, todas nuestras diferencias se habrían desvanecido. Tal vez algún día incluso hubiéramos sido amigos. De toda la familia, tú y yo éramos los más parecidos. Salvo, en algunos sentidos, Deirdre y yo... Pero esas lágrimas ya han sido derramadas hace tiempo. Aun así, adiós de nuevo, queridísima hermana, siempre permanecerás viva en un lugar de mi corazón.

Y tú, Brand... Con amargura contemplo tu recuerdo, demente hermano. Estuviste a punto de aniquilarnos. Casi derribaste a Ámbar de su grandiosa cima en el corazón de Kolvir. Hubieras despedazado toda la Sombra. Poco faltó para que destruyeras el Patrón y rediseñaras el universo a tu propia imagen. Estabas loco y podrido, y estuviste tan cerca de realizar tus deseos que incluso ahora tiemblo. Me alegra que hayas muerto, que la flecha y el abismo te reclamaran, que no manches más los lugares del hombre con tu presencia ni que camines bajo el dulce aire de Ámbar. Desearía que nunca hubieras nacido o, en su caso, que hubieras muerto antes. ¡Basta! Me deprime pensar así. Permanece muerto y no perturbes más mis pensamientos.

Os distribuyo como una mano de cartas, hermanos y hermanas. Es doloroso y excesivo generalizar de esta manera, pero vosotros-yo-nosotros hemos cambiado, y antes de entrar de nuevo en la vida necesito echar un último vistazo.

Caine, nunca me gustaste y aún no confío en ti. Me has insultado, me has traicionado e incluso me apuñalaste. No me gustan tus métodos, aunque esta vez no puedo cuestionar tu lealtad. Que haya paz, entonces. Que el nuevo reinado comience con nuestras cuentas saldadas.

Llewella, posees una profundidad de carácter que ni siquiera esta situación reciente te obligó a usar. Doy gracias por ello. A veces es agradable salir de un conflicto intacto.

Bleys, todavía apareces como una figura bañada en luz para mí... valiente, exuberante e impetuoso. Ante lo primero, mis respetos, para lo segundo, mi sonrisa. Aunque lo último parece haber sido aplacado en los últimos tiempos. Eso es bueno. Apártate de las conspiraciones en el futuro. No te sientan bien.

Piona, eres la que más ha cambiado. Debo reemplazar el nuevo sentimiento por el antiguo, princesa, ya que por primera vez nos hemos hecho amigos. Todo mi cariño para ti, hechicera. Quedo en deuda contigo.

Gérard, lento y fiel hermano, quizá no todos hemos cambiado. Tú te mantuviste firme como una roca y te aferraste a tus creencias. Espero que en el futuro no te engañen con tanta facilidad. Espero no tener que luchar contigo nunca más. Baja a tu mar en tus barcos y respira el limpio aire salado.

Julián, Julián, Julián... ¿Acaso jamás te conocí de verdad? No. La magia verde de Arden debe haber suavizado aquella vieja vanidad tuya durante mi larga ausencia, dejándote con una dosis de orgullo más justa y algo a lo que apenas me atrevo a llamar justicia... muy diferente de la piedad, seguro, pero una incorporación positiva a tus múltiples facetas que no despreciaré.

Y, Benedict, los dioses saben que te vuelves más sabio a medida que el tiempo arde en su camino hacia la entropía, y, aún así, todavía rechazas los ejemplos aislados que la especie proporciona a tu conocimiento de la gente. Tal vez te vea sonreír ahora que esta batalla ha acabado. Descansa, guerrero.

Flora... Dicen que la caridad empieza en casa. No pareces peor que cuando te conocí hace tanto tiempo. No es más que un sueño sentimental contemplaros a ti y a los demás de esta manera, sumando los saldos de las cuentas, buscando crédito. No somos enemigos, ninguno de nosotros, y eso debería bastar.

¿Y el hombre vestido de negro y plata, con una rosa de plata en su cuello? Le gustaría creer que ha aprendido algo de confianza, que ha lavado sus ojos en algún manantial claro, que ha desempolvado uno o dos ideales. No importa. Quizá todavía sea un bocazas entrometido, preparado

únicamente en el arte menor de la supervivencia, ciego como nunca lo vieron las mazmorras a las sutilezas de la ironía. No importa, que así sea, dejémoslo. Quizá nunca me caiga bien.

¿Carmen, *voulez-vous venir avec moi*? ¿No? Entonces, adiós también a ti, Princesa del Caos. Pudo haber sido divertido.

El cielo gira una vez más, y ¿quién puede decir sobre qué hazañas se posará su luz parecida a un cristal turbio? Ya he jugado el solitario. Donde antes hubo nueve de nosotros, ahora sólo quedan siete, y uno es rey. Pero se han incorporado Merlín y Martin, nuevos adeptos para el juego interminable.

Recupero mi fuerza, contemplo las cenizas y analizo el sendero recorrido. El camino que se extiende por delante me intriga, desde el infierno al aleluya. He recobrado mis ojos, mis recuerdos, a mi familia. Y Corwin siempre será Corwin, incluso en el Día del Juicio Final.

Merlín despierta, y eso está bien. Es hora de que nos pongamos en marcha. Hay mucho que hacer.

El último acto de Random, después de vencer a la tormenta, fue reunirse conmigo para extraer poder de la Joya y contactar con Gérard a través de su Triunfo. Una vez más las cartas están frías, y las sombras son las de antes. Ámbar permanece. Han transcurrido años desde que la abandonamos, y muchos más pueden pasar antes de que yo regrese. Tal vez los otros hayan vuelto con los Triunfos, de la misma manera que lo hizo Random, para hacerse cargo de sus deberes. Pero yo visitaré las Cortes del Caos ahora, porque dije que lo haría, porque tal vez alguien me necesite allí.

Merlín y yo preparamos nuestras cosas, pues pronto él invocará la presencia de un camino nebuloso.

Cuando dejemos aquel lugar, y Merlín haya recorrido su Patrón, marchándose para reclamar sus mundos, hay un viaje que debo emprender. Cabalgaré hasta el lugar donde planté el apéndice del viejo Ygg y visitaré el árbol en el que se ha convertido. Tengo que analizar también en qué se ha transformado el Patrón que trazara entre el sonido de los gorriones en los Campos Elíseos. Si me lleva a otro universo, como creo que ocurrirá, iré allí para ver mi creación. El camino se acerca hasta nosotros, elevándose hacia las Cortes en la distancia. Ha llegado el momento. Montamos y nos ponemos en marcha.

Ahora cabalgamos a través de la oscuridad sobre un camino que se parece a una estopilla. Ciudadela enemiga, nación conquistada, trampa, hogar ancestral... Ya veremos. Observo un ligero destello en las almenas y en los balcones. Incluso, tal vez lleguemos a tiempo para un funeral. Me enderezo y suelto el seguro de mi espada. Ya casi hemos arribado.

Adiós y hola, como siempre.